

Tigre

El reloj despertador

Tigre

El reloj despertador

Héctor Aún



Primera edición: 2025

© Derechos de edición reservados.

Letrame Editorial.

www.Letrame.com

info@Letrame.com

© Héctor Aún

Diseño de edición: Letrame Editorial.

Maquetación: Juan Muñoz Céspedes

Diseño de cubierta: Rubén García

Ilustración de portada: Paola Paolucci Alcaraz

Supervisión de corrección: Celia Jiménez

ISBN: 979-13-7029-045-0

DEPÓSITO LEGAL: AL 6332-2025

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

IMPRESO EN ESPAÑA – UNIÓN EUROPEA

A Isabella y Valentina, mis gemelas favoritas.
Y, una vez más, a Juan, por tanto.

Carta de agradecimiento

A todas las personas que habéis comprado este libro, saludos.

Mi nombre es Raquel, y soy la actual presidenta de la asociación social L@s Fuertes. Somos un grupo de personas radicadas en cuatro localidades de la provincia de Segovia: El Espinar, San Rafael, Los Ángeles de San Rafael y La Estación de El Espinar, todas las cuales hemos pasado, o estamos pasando, por esta enfermedad tan dolosa que es el cáncer. Es por esta experiencia nuestra que nos comprometemos a llevar a cabo acciones que nos permitan recaudar fondos para la lucha y prevención de la misma. Todos los años hacemos significativas aportaciones al CNIO (Centro Nacional de Investigaciones Oncológicas), vendiendo nuestros productos artesanales, que con todo cariño realizamos nosotras mismas, o participando en eventos, como actuaciones de artistas o comidas solidarias, que nos ceden amablemente parte de su percepción. Por ello, queremos agradecer a Héctor Aún que se haya sumado a nuestra tarea, y a vosotros y vosotras, como parte ineludible de su compromiso, para permitirnos contribuir, con un granito de más, a la investigación que nos ocupa.

Tenemos un espacio en Internet (<https://www.facebook.com/asociacionsocial.losfuertes>) donde podéis seguir nuestros

progresos, lugar desde el que os atenderemos gustosamente, si es que queréis colaborar de algún otro modo con nosotras y nosotros.

Y nada más, eso es cuanto quería compartir con vosotras. Mi felicidad es encontrar a gente comprometida que lucha día a día por causas tan nobles como la nuestra. Sois, por tanto, una bendición para nuestra lucha. Gracias nuevamente.

Atentamente.

Raquel María Bartolomé

(Presidenta de la Asociación Social L@s Fuertes, de El Espinar).

En el cuarto de Juan había un despertador, al que, por su aspecto, todos los demás objetos de la casa llamaban Tigre. Era redondo y grande, con dos enormes campanas en su parte superior, y tres patas diminutas en la inferior, sobre las que se sostenía de manera algo inclinada hacia atrás. Pero lo que más llamaba la atención, aquello por lo cual recibía este nombre tan exótico, era su color. Estaba pintado todo él de naranja, con pequeñas franjas negras que lo recorrían de un lado a otro. Era digno de ver. Sobre todo cuando entraba en acción, pues timbraba con tal violencia que el reloj se sacudía sobre las tres patitas, pareciendo que, en cualquier momento, fuera a saltar sobre su presa.

A Juan le encantaba ese despertador. De niño solía hablar con todos los cachivaches, sin excepción. Conversaba con la radio, con el ordenador, ¡incluso con los lápices! Pero ahora sólo lo hacía con Tigre. En especial por las mañanas, cuando éste entraba en funcionamiento y Juan le pedía cinco minutos más.

—¡Oh, no, Tigre! ¡Dame cinco minutos de descanso!

A lo que Tigre respondía, siempre con la misma aparente indiferencia:

—De eso nada. Si no te levantas ya mismo llegarás tarde a la universidad. ¿Y es eso lo que quieres?

Claro que no. A Juan le encantaba acudir, día sí y día también, a su amada universidad. Allí tenía muchos amigos. Pero sobre todo tenía a Clarita, una joven estudiante que había conocido recientemente y por la cual bebía los vientos.

—Clara, encantada —le dijo el día que se conocieron.

Y le dio dos besos, uno en cada mejilla. Besos que a Juan le parecieron caricias del mismísimo cielo. ¡Una semana estuvo sin lavarse la cara para mejor conservar aquel recuerdo! Después de aquello, nada fue lo mismo. En clase de mates él pensaba en Clarita, y en las de tecnología. Pero si, por algún casual, iba a distraerse a la cafetería, allí tampoco se la sacaba de la cabeza.

Él estudiaba una Ingeniería. Ella, Derecho. Ambos compartían el campus, y poco más. Cuando Juan llegaba a casa, cansado de estudiar, triste por no haberse topado con la niña de sus ojos, le preguntaba a Tigre:

—Tigre, ¿qué puedo hacer para verla más a menudo? —Se le había pasado por la cabeza el hecho de cambiar de carrera—. ¿Qué tal si me paso a Derecho?

Aunque nada entendía de leyes, ni le atraía lo más mínimo el Código Penal.

—¡No seas lelo! —le respondía Tigre—. Lo que tienes que hacer es traerla un día a casa, para presumir de despertador. El resto déjalo de mi cuenta.

La idea parecía desesperada, pero es que desesperada era su situación. Si no volvía a verla...

—¿Qué pasará si no vuelvo a verla? —se alarmaba—. Puede que ya se haya olvidado de mí.

Sus preocupaciones, sin embargo, eran baldías, pues a ella le ocurría exactamente lo mismo que a él, que pasaban las jornadas y se desesperaba por no encontrarlo en alguna parte.

«¿Y si me cambio de carrera?», pensaba ella.

Si bien a Clara nada le interesaba la carrera aeroespacial. Desde luego, podría decirse, sin miedo a equivocarse, que ambos deambulaban por el campus como pollos sin cabeza. Ni sabían cómo hacerse los encontradizos, ni por fortuna lo conseguían. Todo su tiempo era pensar en el corazón amado sin poder acercarse a él.

Así las cosas, un día Juan se armó de valor. Fue a la Facultad de Derecho, sabía que la encontraría en la biblioteca, y allí se presentó, con la excusa de estudiar más cómodamente que en aquélla que por estudios le correspondía.

—Aquí se estudia mejor —le confió.

Después de eso los dos quedaron en silencio. Él quería invitarla a salir. Ella que la invitaran. El uno por el otro, los dos callaban. Entonces Juan se acordó del consejo de Tigre.

—¿Quieres venir a mi casa? —la interrogó.

—¿Y qué haremos allí?

—¡Podemos ver una peli!

No era para eso la invitación, sino para presentarle a su despertador. Pero, claro, alguna excusa tenía que inventarse. Porque, ¿qué hubiera pensado el amor de su vida si le hubiera dicho que tenía un reloj parlante? A buen seguro lo hubiera tomado por un loco, y se hubiera alejado de su compañía. No, desde luego que no, eso era mejor comprobarlo en persona, no se podía explicar en la distancia.

—Está bien —se congratuló Clarita—, veremos esa peli.

La idea de verse a solas en casa de Juan les puso el corazón a mil, a los dos, por lo que Juan se disculpó y salió huyendo de la biblioteca.

—¡Uy! ¡Qué tarde se me ha hecho! Tengo que irme.

Clara lo lamentó, pero no opuso ninguna objeción.

—¿A dónde vas?

—Tengo que volver a casa. ¡Mañana nos vemos!

Y le tiró un beso.

Corriendo a todo correr llegó al hogar que compartía con su madre y con Pedro, su hermano pequeño. Entró en su cuarto, arrojó la mochila sobre la cama, se sentó frente al escritorio y, en la cara de su despertador mágico, vomitó su intranquilidad.

—Ay, Tigre, que mañana viene Clarita a casa, ¡qué voy a hacer!

Tigre parecía confiado.

—Nada. Tú tranquilo. Invéntate cualquier excusa para traerla a tu cuarto. El resto es cosa mía.

—El resto es cosa mía, el resto es cosa mía —se burlaba Juan, hecho un manojito de nervios—. ¡Pero qué piensas hacer!

—Deslumbrarla con mis encantos.

Pues vaya plan. Juan quería que Clara se enamorara de él, no que se enamorara de su despertador. El pobre no sabía que ella ya estaba coladita por sus huesos.

—Está bien —se convenció al fin—, la traeré. ¡Pero nada de escandalizarla a las primeras de cambio! —le advirtió.

Tigre se limitó a sonreír.

—Claro, claro. No te preocupes.

Al día siguiente, ya en la tarde, apenas terminaron las clases cuando Juan se encaminó hacia la Facultad de Derecho. Buscaba a Clara. Recién había comenzado el curso y la carrera, por lo que estaría en las aulas de primero. Hacia allí se dirigió el enamorado. Llegó a la planta segunda, y se asomó, aula por aula, esperando encontrarla.

—¡Ah! ¿Estás aquí?

—Pues claro, ¿dónde voy a estar si no?

—¿Vamos a mi casa? Mi madre iba a hacer unos ricos espaguetis con carne, si los quieres probar.

—¡Genial! Me apetecen mucho.

Nada más llegar a casa, se toparon con Pedro, que ya hacía dos horas había terminado su jornada lectiva en el colegio.

—Tú debes de ser Clara —la sorprendió, de improviso—. ¡Mi hermano no deja de hablar de ti! Que si Clara esto, que si Clara lo otro...

Juan se puso colorado como un tomate.

—Calla ya, pequeñín.

—No, si no me molesta. Al contrario, me alegra saber que siempre me tienes en la boca.

El rojo de sus mejillas se puso morado. No sabía dónde esconderse. Entonces apareció Amelia, su madre.

—Hola, Clarita. Te quedarás a comer, ¿no?

—Hola, señora Amelia. Si a usted no le importa, sí, me quedo a comer.

—¡Cómo me va a importar, mujer! Eres más que bienvenida.

Y después de un segundo de incómodo silencio, en el que todos se miraban a la cara y al suelo, Amelia sentenció:

—Pues nada, nada, sentaos a la mesa que enseguida os sirvo.

Clara no conocía la casa, y no sabía por dónde dirigirse. De modo que Juan hizo de anfitrión, y la guio.

—Deja aquí la mochila.

Apoyaron ambas sobre un baúl que tenían en la entrada, para después pasar al interior de la cocina.

—Ah, no, no, no, no. ¡Coméis en el salón!

—Que no, madre, que estaremos más a gusto aquí.

Clara se dejaba hacer.

La cocina era amplia. Tenía un gran ventanal a la derecha, con una enorme mesa de madera maciza al fondo, rodeada por sendos bancos alargados, también de madera, y un par de sillas en los extremos.

—¿Quieres agua? También tenemos refresco de cola, o zumo.

—No, agua está bien.

Juan acomodó a su invitada, y preparó la mesa: servilletas, cubiertos, vasos...

—Te vas a chupar los dedos.

Y efectivamente se los chupó. Estaban deliciosos esos espaguetis. Tras de los cuales se sirvieron un par de generosas natillas caseras, que a Amelia le quedaban de rechupete.

—A lo mejor tomas café.

—No, gracias, estoy más que satisfecha.

Clara estaba cohibida. Sentía un poco de vergüenza, motivo por el cual, a todo lo que le ofrecían, ella negaba con cierto pesar.

—Está bien —dijo Juan, tras haber recogido todo—, ven, quiero mostrarte algo.

Clara, extrañada, preguntó:

—¿No vamos a ver una película?

—Sí, sí, ahora. Pero antes quiero que veas una cosa.

Su madre también se puso nerviosa.

—¿A dónde vais?

—Tranquila, mamá, subiremos un momento a mi cuarto y rápido bajamos.

—¿A tu cuarto? ¡Pero qué vais a hacer en tu cuarto!

Ya sabéis, preocupaciones de madre indiscreta.

—Nada, mamá, ¡no te alteres!

—Está bien, pero dejad la puerta entreabierta.

—Como quieras —se lamentó Juan, que ya arrastraba a Clara, tirándola del brazo.

Subieron al piso de arriba, donde estaban los dormitorios, y pasaron al del mayor de los hermanos, dejando la puerta a medio cerrar, tal y como habían acordado con su madre, mientras ésta se asomaba a la escalera, para escuchar cuanto pasara en la planta de arriba.

—¿Qué hacemos aquí? —se alarmó Clarita.

—Ahora lo verás.

Justo enfrente estaba la cama. A los pies, un pequeño banco. Y en la cabecera un cajón donde guardar la almohada, cubierto con una tapa de pino, sobre la que descansaban algunas cosas: una carpeta con apuntes de la universidad, libros varios, un retrato de Juan junto a su hermano menor, y un reloj despertador. Juan cogió la mano de Clara y la acercó a la cama.

—Ven.

La joven se puso nerviosa.

—No temas nada, sólo quiero presentarte a alguien —la tranquilizó.

Si es que eso no era mucho decir. Porque Juan había dicho que le iba a presentar a alguien, pero, allí, en esa habitación, no había más nadie, estaban solos Juan y ella. Pensaba que todo era una treta, una estúpida artimaña para quedarse a solas con ella y, quién sabe, quizá decirle que la amaba. Todo lo cual aceleraba el pulso de Clara como si estuviera corriendo una maratón. Sus dudas, no obstante, se disiparon rápidamente, justo cuando Juan, su compañero, volvió a abrir la boca.

—Hola, Tigre —dijo—. ¿Cómo estás?

La inquietud y la preocupación de Clara iban en aumento. Parecía que Juan le estaba hablando al aire. ¿Se trataría a fin de cuentas de un pobre loco? No lo hubiera jurado, pero es que apenas lo conocía. Quizá su primer juicio, ése que le había hecho pensar que Juan era un buen chico, inteligente, simpático y atractivo, era equivocado. Pronto salió de su asombro, sin embargo. O para mejor expresarlo, pronto su asombro alcanzó mayores cotas. En efecto, en cuanto Juan lanzó aquella pregunta al cielo de su habitación, Tigre respondió, sumiendo a la buena de Clara en un laberinto de confusión.

—¡Buenas tardes, chicos! —dijo el despertador.

Juan sonrió amplia y asertivamente, como queriéndole confirmar a su invitada que aquello había sido real, a pesar de que ella no lo había puesto en duda, todavía.

—Un, un —tartamudeó—, ¡un despertador que habla!

Juan ni se inmutó.

—Uy, eso no es nada. ¡Aquí todos los trastos hablan!

—Hombre, Juan —lo interrumpió Tigre—, no nos llames trastos. Aparatos, artefactos, utensilios, ¡incluso cosas! Pero ¿trastos? No, trastos no.

—Perdona, Tigre, no quería ofenderte.

—¿Cómo, que los demás aparatos de tu habitación también hablan?

—¡Pues claro! El ordenador, la radio, y hasta los lápices de colores. Pero Tigre es, sin duda, el más sabio e ingenioso de todos.

—Muchas gracias —se ruborizó el reloj.

—No hay de qué —le explicó Juan—. Es la verdad.

Y volviéndose de nuevo hacia su amada la interrogó.

—Bueno, ¿qué?, ¿qué te parece?

Clara no sabía qué decir. Estaba bloqueada. Desde luego, si cinco minutos antes le hubieran jurado que tendría semejante sorpresa, no lo hubiera creído. Pero así era, ahora se hallaba hablándole a un reloj que incluso tenía nombre, ¡Tigre!

—¿Y desde cuando hablas, Ti, Tigre?

El despertador contestó de la forma más desenfadada que pudo.

—Pues, que yo sepa, desde que me pusieron la primera pila, hace ya mucho de eso. Ahora bien, entablar conversación con humanos, no lo he hecho hasta que no he llegado a manos de Juan, porque nunca antes había encontrado sentido a la charla. La verdad, hay pocas personas interesantes en el mundo, y, las que lo son, no suelen ser grandes conversadoras. Pero ya ves, Juan reúne todos esos requisitos. Es listo, intrépido, y no le teme a nada. ¡Además de guapo! ¿No te lo parece?

Clara no sabía qué responder, y Juan no sabía dónde esconderse. La conversación entre Tigre y los dos jóvenes había adquirido un cariz intimista que incomodaba bastante a todos, a todos menos a Tigre.

—A mí me consta que el muchacho te aprecia. ¿Yo? Si fuera tú, no lo dejaba escapar.

Juan estaba abrumado. No imaginaba que su buen amigo el reloj iba a prepararle el camino. Y por eso mismo se moría de la vergüenza.

—Si no te callas pronto, te cubriré con un paño.

—Vamos, Juan, ¿no me digas que a ti la chica no te parece mona? ¡Y estudia Derecho! Debe de tener una memoria de elefante, a la par que ser muy cabal. Las abogadas tienen eso, que llevan la lógica por bandera y la sacan a relucir en todos los ámbitos de su vida. ¿No es cierto, Clarita? —le preguntó a la muchacha.

Clara, en cambio, no respondió. Fue como si, de repente, hubiera caído en la cuenta de cuanto estaba pasando, y explotó a reír. Juan miró a Tigre, y luego a Clara, para volver a mirar al reloj, y de nuevo a su amada.

—¿Te hace gracia? —preguntó al fin.

—Pues sí —se explicó ella—. La verdad es que todo esto es muy chistoso, tan delirante como extraño. ¡Jamás había hablado con un reloj! Ya sé que hay trastos de estos inteligentes —y dirigiéndose a Tigre se disculpó—, perdón por lo de trastos. Pero, ¡hablar!, así como con una persona, en fin, eso nunca lo había hecho. ¡Resulta increíble que Tigre sea un reloj! ¡Si parece un ser humano!

Tigre aceptó el comentario como un cumplido, y le devolvió la milonga.

—Muchas gracias. Tú también eres muy ingeniosa.

Entretanto, Amelia, la madre de Juan, se revolvía en su asiento, desde el sofá del salón, incómoda por no saber qué andarían haciendo allí arriba los dos jovenzuelos.

—¡Juan! —gritó—. ¿Qué hacéis ahí, que oigo risas?

Motivo por el cual, Juan pidió prudencia a sus amigos, y después silencio.

—Sh —murmuró, poniéndose el dedo índice sobre los labios—. Nos van a oír. —Asomó la cabeza por la puerta y respondió—. Nada, mamá, ya bajamos.

Clara estaba encantada, hechizada más bien, y no quería abandonar el cuarto de Juan tan temprano.

—Quedémonos un rato más —le suplicó—. Quiero conocer mejor a tu amigo.

—Vamos, vamos —se impacientó el chico—. Ya tendremos tiempo de intimar en otro momento. Ahora tenemos que irnos, o mi madre sospechará algo.

—¿Pero es que tu madre no conoce a Tigre?

—¡No! Nunca, ¡imposible! Y así debe seguir. Si alguien descubriera que tengo un reloj parlanchín, quién sabe lo que sucedería. ¡Quizá me lo arrebatarían! Y Tigre es muy importante para mí.

—Lo entiendo —fue su lacónica sentencia.

—Entonces, vámonos.

—Adiós, Tigre —se despidió Clarita del despertador, girándose por completo hacia donde éste estaba.

—Adiós, jovencita, ¡vuelve cuando quieras!

¡Y tanto que volvería! Desde aquel primer encuentro con Tigre, Clara no pensaba en otra cosa. Se despertaba con cierta tristeza, por no tener ella un reloj como el de su amigo, diciéndose que era una verdadera lástima no tirarse de la cama como lo haría Juan, lleno de vitalidad por su feliz despertar. Por las mañanas, durante todo el tiempo que duraban sus clases, se despistaba con cualquier ruido, imaginando cómo sería el sonido de la alarma de Tigre, porque, todo hay que decirlo, jamás le había escuchado sonar como se escucha a un despertador, así que fantaseaba con la musiquita de una melodía que había escuchado en la radio, o con el timbre de un teléfono que le parecía de lo más particular.

—No, Tigre tiene que sonar mucho más cinematográfico —se decía, víctima de la pasión que sentía por las estrellas del celuloide.

Las tardes eran su mejor momento. Cuando llegaba la hora de la merienda, corría al encuentro de Juan, por ver si éste la invitaba a casa y, excusa perfecta la de la merienda, así poder ver a su preciado artilugio. Juan lo sabía, y se dejaba convencer. Nada le gustaba más que pasar horas enteras encerrado en

su cuarto con la compañía de Clara. ¡A él qué, que ella sólo se fijara en el despertador!

—Algún día me mirará a la cara, aunque sea por descuido, y entonces yo le declararé mi amor —soñaba despierto.

Amelia se acostumbró a recibir en su casa a Clara, todos los días a eso de las cinco de la tarde. ¡Hasta Pedro se familiarizó con la muchacha!

—¿Ya sois novios? —les preguntó una vez, sorpresivamente, recién salidos de la cocina, cuando estaban a punto de retirarse a su cuarto.

—Anda, Pedrito —le censuró su hermano—, ¡no digas tonterías! —Ella se ruborizó, pero no añadió nada, simplemente se limitó a sonreír, con esa sonrisa que volvía locos a todos los chicos del barrio, especialmente a Juan—. ¿Y qué haremos hoy? —interrogó a Clara cuando se hubieron deshecho del pequeño.

—Me encantaría charlar con Tigre, pero es que tengo una cantidad enorme de tareas. No sé si habrá tiempo.

Juan, temiendo que su amada decidiera irse a su casa a estudiar, se adelantó, y le propuso hacerlo en su cuarto.

—Está bien, pues las hacemos aquí. Además, Tigre es un gran maestro. ¡Seguro que él nos puede echar una mano!

—¿Lo dices en serio?

—¡Pues claro! —Y aprovechando que Tigre no los escuchaba—: Ese trasto es una joya, lo mismo te recita un poema que te resuelve un complicado acertijo.

Clarita no lo dudó.

—Si es así, entonces me quedo.

Y sonrió de nuevo, satisfecha por el resultado de sus pesquisas.

Subieron las escaleras, y pasaron al interior. Ya se habían acostumbrado a dejar la puerta entreabierta, tal y como su madre les había puesto como condición. Y no les parecía que aquélla fuera una metomentodo, no señor, ni siquiera se preocupaban por ello. A los dos les bastaba con sentarse en la cama, o frente al escritorio, y escuchar los relatos de Tigre.

—Bien —les dijo al verlos entrar—, ¿y qué será hoy? ¿Os narro un cuento? ¿O mejor hablamos de política?

—Nada de política —le confió su dueño—. Hoy necesitamos tu ayuda.

—¿Y eso? ¿Qué puedo hacer por vosotros?

Clara se adelantó.

—Verás, Tigre, un maestro muy pesado que tengo en la Facultad nos ha puesto un problema que no soy capaz de resolver. Si tú pudieras ayudarme... —Distrajo la mirada y cogió su mochila. Dentro tenía cuadernos y libros. Metió la mano y sacó una de sus libretas, en la cual estaba formulado el acertijo. Hizo lo propio con un bolígrafo y, dispuesta a escribir la respuesta, le compartió la duda—. Dice así: si tengo tres clientes, y cada cliente me presenta tres pleitos, ¿cuántos pleitos tengo?

Tigre no le dejó continuar.

—¡Eso está chupado!

Clara se sorprendió por la agilidad del reloj, y se maravilló al pensar que sería la única en llegar a clase con el problema resuelto. Dejó, por un momento, la libreta de notas sobre la mesa del escritorio, miró a Juan, y le confió.

—¡No me lo puedo creer!

—Pues créetelo —le certificó su amigo—. Ya te dije que Tigre nos sería de gran ayuda para fuera lo que fuese que trajeras en tu mochila.

Entretanto, Tigre se vanagloriaba, ufano, mirando hacia un lado y hacia otro, por no poder caminar. Y es que a él le encantaba ver andar por toda la habitación a su dueño, como solía hacer cuando estudiaba algún tema complicado. Tigre, en cambio, imposibilitado para hacerlo, se conformaba con dirigir la vista a derecha e izquierda, como si con ello se desplazara en esas mismas direcciones.

—Bien —comenzó su disertación, mientras Juan y Clara se miraban complacidos, para después observar atentamente a Tigre—, tenemos tres clientes y cada uno presenta tres pleitos... Si queremos saber cuántos pleitos tenemos en total, bastará con multiplicar el número de clientes por el número de pleitos que presenta cada uno.

Hizo una pausa, para dar mayor crédito a su veredicto. Momento que aprovechó Clarita para manifestar su incredulidad.

—¿Ya está? ¿Así de fácil?

—¡Pues claro! —le respondió el reloj.

—No lo puedo creer, ¡lo tenía delante de mis ojos y no lo veía! Qué bruta soy.

—No te mortifiques —trató de tranquilizarla—. Eso nos pasa a todos. A veces las cosas más sencillas son las más complicadas, precisamente porque estamos acostumbrados a grandes dramas y, un asunto simple, escapa a nuestra comprensión.

Juan, atendiendo a la conversación que mantenían Tigre y Clara, comenzó a contarse los dedos, mientras murmuraba.

—Tres clientes, por tres pleitos... Son tres por tres... —Al tiempo que levantaba los dígitos de su puño cerrado.

—No te esfuerces —lo interrumpió Tigre—. Tres por tres son nueve.

¡Menuda sorpresa la que se llevó Clarita! Era increíble, pero Tigre podía multiplicar y razonar como el mejor de los científicos.

—¿No habrás sido matemático en otra vida? —se interesó por la cuestión la buena de Clarita.

—Nada que ver —satisfizo Tigre su demanda—. En otra vida fui un tostador. Pero me aburría eso de calentarme para nada. Bueno, para nada no, que en mis manos se ponían morenos todos los panes. ¡Anda que no habré tostado yo rebanadas! —Clara contemplaba emocionada el relato del reloj, el cual era bien consciente de la curiosidad despertada en su interlocutora—. Ahora bien, si te soy sincero, prefiero una y mil veces la vida que llevo ahora. De hecho, cuando vi la oportunidad de convertirme en un despertador, no lo dudé.

Juan entonces rompió a aplaudir. No porque le pareciera brillante el discurso de su amigo, sino porque estaba celoso y quería concluir con el protagonismo de Tigre.

—Bravo, bravo —se justificó—. Yo de mayor también quiero ser como tú. —Conquistando la atención de Clara, que por fin lo miraba con ojos divertidos.

—¡Qué cosas dices! ¿Cómo vas a ser un despertador de mayor? Tú, como máximo, te convertirás en un viejo. ¡Pero no en un reloj!

Comentario tras el cual rieron todos, Tigre, Juan y Clarita. Tigre, resulta obvio, porque se sabía dueño de un carácter y una condición inimitables. Clara porque realmente lo dicho por Juan le resultaba chistoso. Y Juan porque, aunque no fuera la mejor manera de concluir con una cita, al menos había logrado cierto protagonismo.

—Tenemos que irnos —apuntó, para añadir un final ajustado a su comentario.

Clara miró a Tigre, sin ninguna curiosidad, tan sólo para saber la hora. Y se alarmó.

—¡Uy! ¡Qué tarde se nos ha hecho! Mis padres se van a preocupar si no llego pronto a casa.

—No te apures —la tranquilizó Juan—. Te acompaño.

El despertador asumió la despedida, y agachó la mirada.

—No te preocupes, Tigre —le dijo Clara—, mañana seguiremos con nuestra conversación.

El reloj sonrió de oreja a oreja, si orejas hubiera tenido. Tendremos que decir de campana a campana, satisfecho. Lo cual no escapó a la atenta mirada de su dueño.

—Vamos, vamos —los interrumpió éste—. No deberíamos venir todos los días, Tigre tiene cosas que hacer.

Tigre se malhumoró. ¿Qué se supone que tenía que hacer, aparte de dar la hora y despertar a Juan por las mañanas? Nada más. Motivo por el cual observó a su dueño con recelo, para darse cuenta, entonces, de que el propio Juan lo miraba a él con igual intensidad. Una mirada que bastaba para hacerle entender que se había metido donde no lo llamaban.

Ajena a ese juego de espías, Clara recogió sus cosas y salió del cuarto. Juan la siguió. Pero, justo antes de abandonar la habitación, se volvió hacia Tigre, y le espetó.

—Y tú y yo ya hablaremos.

Abandonaron la habitación, y bajaron al primer piso. Dispuestos a salir de casa, Amelia se adelantó a su encuentro.

—¿Ya te vas, Clarita?

—Sí, señora Amelia, ya me voy. Es tarde y mis padres se van a preocupar si no llego a casa.

Juan las interrumpió.

—La acompaño y regreso, ¿de acuerdo?

—Me parece bien, hijo, me parece bien.

—Pues nada, ¿nos vamos?

Clara asintió con la cabeza, se puso el abrigo, que descansaba colgado de una percha, en el vestíbulo, y se despidió. Juan hizo lo propio con su cazadora, y la siguió. En un periquete se hallaban sentados junto a la marquesina, esperando al autobús de regreso. Siempre habían sido grandes conversadores, ambos, pero, en esta ocasión, nadie sabía el porqué, guardaban silencio. Se miraban a los ojos, para después rehuir la vista del otro. Si Clara dirigía la mirada a la derecha, Juan lo hacía a la izquierda. Y si éste miraba al cielo, la otra lo hacía al suelo. Justo antes de que llegara el tan ansiado autobús, Juan rompió el hielo.

—Bueno, y ¿qué te ha parecido Tigre?

Clara no sabía qué responder. Por un lado estaba abrumada, entusiasmada con su nuevo amigo. Había demostrado ser inteligente, como pocos en su Facultad lo eran. Por otro notaba a Juan molesto, no entendía muy bien la causa, pero molesto al fin y al cabo, y no quería importunarlo más de lo que ya lo estaba.

—Pues parece simpático —dijo, después de una larga meditación.

Juan clavó sus ojos en los ojos de Clara, tomó su mano y, con la voz aterciopelada por la emoción, le suplicó.

—¿Más simpático que yo?

Clara entendió entonces por qué Juan estaba molesto. En realidad no era enfado lo que tenía, sino celos.

—¿Estás celoso de un reloj? —lo interrogó, pero, al ver su reacción, claramente de incomodidad, retomó la conversación—. No, más simpático que tú, no.

A Juan se le iluminaron los ojos con aquella respuesta. Sonrió, como un bobo enamorado, y, de nuevo sin soltar las manos de su amada, añadió:

—Clara, Clarita, tú me gustas, me gustas mucho, y no quiero perderte como amiga.

Clara imitó a Juan, y sonrió. Por su parte no había nada que temer. Ella se hallaba igualmente enamorada, y así se lo confesó.

—Tú a mí también me gustas. A decir verdad, creo que eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

¡Lo mejor que le había pasado en la vida! Juan no podía creerlo. Esas palabras las escucharía en su cabeza de chorlito durante meses. Pero ahora la situación le requería concentra-

ción. ¿Qué debía hacer ante semejante declaración de amor? Miró a Clara a los ojos, acercó sus labios a los de ella, y, así, con la lentitud parsimoniosa de un caracol, la besó. Ella también devolvió el gesto, y apretó los labios a los de Juan. Momento de emoción tras el cual los dos se asustaron, retirando sus cabezas de su incómodo apoyo.

—¡Uy! Perdón, perdón. No debí haberlo hecho.

Juan nunca antes había besado a una chica. Clara tampoco antes había besado a un chico, si exceptuamos a su primo Damián. Pero a éste lo besaba frecuentemente en la mejilla, no como ahora había hecho con Juan.

—No —se apresuró a corregirlo—, no pidas perdón. A mí me ha gustado.

¡Le había gustado! Ya eran dos afirmaciones que su mente no podía procesar, de la alegría. Podría haberla besado de nuevo, pero entonces decidió abrazarla. Gesto que Clara apreció, por estar lleno de cariño. Reclinó su cabeza sobre el hombro de Juan, y se adormeció. Justo en el instante preciso en que llegaba el autobús.

«¡Demonios! —pensó Juan—. Ahora que estábamos tan bien...».

Ambos despertaron a la realidad, y subieron al coche, sin soltarse las manos, eso sí. Todo el trayecto que duró el camino a casa de Clarita, uno y otro se lo pasaron agarrados de la mano, como si al soltarse de ella fueran a caer por un terrible precipicio. Aferrados al amor, se mantenían a salvo de ello.

—No quiero separarme de ti nunca —fue lo único que ella pronunció.

—Nunca lo haremos —le certificó Juan.

Después de eso, volvió el silencio. Llegaron a su destino, y se separaron. Clara debía entrar en casa, Juan regresar a la suya.

—¿Mañana nos veremos?

—Eso seguro. Sólo la muerte puede evitar que te vea de nuevo.

—No digas pavadas, ni tú ni yo vamos a morir.

—Entonces nos veremos.

—Nos veremos.

Se acercaron nuevamente, se volvieron a besar, dulce pero apasionadamente, y se fundieron en un largo y prolongado abrazo, para, momento después, distanciarse lentamente, primero sus cuerpos y luego sus manos. Éstas aún permanecieron en contacto durante un par de segundos, antes de separarse definitivamente.

—Adiós, Clarita.

—Adiós, Juan.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Cuando Juan parpadeó, Clara atravesó el umbral de su casa. Ya no estaba a su lado. Pero su recuerdo permanecía imborrable en su costado. Era como si Clara lo siguiera tomando de la mano, como si aún lo siguiera besando. Parecía que no se hubieran separado. Y esa sensación lo acompañó a Juan durante todo el camino de regreso. Estaba tan emocionado que ni de Tigre se acordaba. No supo cómo llegó a casa, ni qué hizo después. Debió de cenar, eso seguro. Y después se acostó. No lo dudaba. Pero no lo recordaba. En su memoria sólo había espacio para el beso de Clara, y para aquéllas sus amorosas palabras. Lo próximo de lo que fue consciente, fue del timbre imperturbable de su querido amigo.

—Ring, ring, ring... ¡Vamos, despierta, dormilón!

Juan se desperezó a duras penas, frotándose afanosamente los ojos. Miró por la ventana y descubrió que ya era de día. La luz entraba, tibia, por los resquicios de la persiana.

—¿Ya es la hora? —preguntó.

—¡Ya es la hora! —respondió el reloj.

Otro día se hubiera levantado malhumorado, pero éste era distinto. Se trataba del primero y recién estrenado de su nueva vida, ésa en la que Clara lo amaba y él la amaba a ella. Sonrió, apartó la ropa de sobre su cuerpo, y se incorporó.

—¡Qué buen día hace! —compartió con su despertador—. Presiento que hoy será el mejor día de mi vida.

Bajó a desayunar. Allí estaba su madre, inigualable con el paso de los años.

—Qué guapa te ves, mamá —dijo Juan, que en verdad la veía bonita.

—Muchas gracias, hijo.

Amelia notó que su hijo estaba raro, más raro de lo habitual.

—¿Y Pedro, no desayuna?

—Ahora se levanta. Él empieza media hora más tarde que tú. Y su colegio está aquí al lado, prácticamente a la vuelta de la esquina, de modo que puede apurar un poco más. Pero sí, enseguida voy a despertarlo.

Amelia le había preparado su leche templada con cereales. A Pedro le gustaba meterse al estómago algo de fruta, una naranja y medio paquete de galletas.

—Con lo que come ese niño —musitó su hermano—, no sé cómo no está el doble de gordo.

Pues no engordaba, y eso que comía como si no hubiera un mañana.

—Si quieres, mamá, hoy lo llevo yo al colegio. Me da tiempo antes de ir a la universidad.

Tanta amabilidad por parte de Juan no era normal. Sin duda, algo extraño le ocurría. Su madre quiso saber.

—¿Te has peleado con Clarita?

Juan sonrió, malicioso.

—Qué va, mamá, todo lo contrario.

—¡No!

—Sí.

—¡No me digas que le has pedido salir!

—Mejor... Somos novios.

Amelia cayó sobre su hijo. Por poco no lo come a besos.

—Cuánto me alegro. Clara es una buena muchacha. Tienes que prometerme que la cuidarás.

—Lo haré, madre, lo haré.

En éstas apareció Pedrito.

—¿Qué voces son éstas? ¿Es que ha ocurrido algo?

Amelia y Juan se miraron, confidentes, pero no dijeron nada.

—Nada, pequeñajo —se adelantó su hermano—. Anda, desayuna que nos vamos.

—Ah, que me llevas tú.

—Pues sí, yo te llevo.

Se tomaron su tazón de leche, el uno con cereales, el otro con galletas, y salieron disparados. De camino a la Facultad quedaba la casa de Clara. Aprovecharía para pasarla a recoger. Si ella quería, irían juntos a la universidad, bien que cada uno iba a un lado del campus, Derecho estaba junto a Filología, y la Ingeniería de Juan se hallaba al lado de Matemáticas y Física. No importaba, fueran dos metros o doscientos, ninguna distancia los podía separar.

—Hola —le dijo Juan a su amada—. ¿Te acompaño?

Clara estaba encantada. Nunca antes había ido a clases con tanta alegría. Su novio, y esta palabra la decía bebiéndose cada

sílaba, su novio, había venido a buscarla. Tenía que acostumbrarse a esta nueva situación.

—¿Qué tal has dormido? —le preguntó.

—Como un lirón. Creo que he soñado con la mujer de mi vida.

Clara se mostró esquiva.

—¿Quién es la mujer de tu vida?

—Pues tú, tonta, quién si no va a ser.

Con esas palabras recuperó el buen ánimo.

—Yo no he pegado ojo. No podía quitarte de mi cabeza.

—En tu cabeza vivo, y tú en mi corazón. Ahí estaremos juntos los dos, para siempre.

—¿Para siempre? —quiso cerciorarse ella.

—Para siempre —le confirmó.

Y así, sin darse cuenta, como quien no quiere la cosa, llegaron a su destino.

—Ésta es mi Facultad, aquí me quedo.

—¿Te veo a la salida?

—Sin duda.

—Muy bien, pues hasta dentro de un rato.

—Hasta luego.

Se separaron como si una goma elástica los uniese. Ambos cuerpos estaban impelidos el uno hacia el otro. En puridad debe decirse que no asistieron a clase, pues cada cual se hallaba inmerso en una lucha, la que les suponía enfrentarse a sus respectivos profesores cuando en realidad pensaban en su amor. Juan, desde luego, no pudo concentrarse ni para dar los buenos días. Y lo mismo le ocurría a Clara. Derecho laboral era la clase que le tocaba. En el beso de Juan era en lo que ella pensaba.

Pasaron la mañana, con cierta lentitud por ambas partes, a ninguno le corría debidamente el reloj de pulsera, hasta que al fin sonó la hora que daba por finalizada la jornada.

—Juan —le preguntaron sus compañeros—, ¿te vienes a la cafetería?

Éste recogía sus cosas con prisa.

—No, he quedado.

Corrió veloz como el rayo, atravesando pasillos y puertas hasta salir de su Facultad. Luego de todo se dirigió, campus abajo, hacia la Facultad de Derecho.

—Aquí estás —se sorprendió al ver a Clara, a pesar de que previamente había quedado con ella—. No te has ido.

—¿Cómo me iba a ir sin ti, bobo?

Se acercaron nuevamente y volvieron a juntar sus labios. La sensación era agradable, pero extraña. Tenían que acostumbrarse a eso de estar todo el día pegados. Actividad que no les costó demasiado, a decir verdad.

La universidad quedaba a cierta distancia de sus casas, si bien podían recorrer aquel trecho a pie sin ningún problema. Juntos pasearon como si no hubiera nadie más en el mundo. Y cuando llegaron a casa de Clara se despidieron.

—¿Vendrás hoy a verme? —quiso saber Juan.

—Pues claro, no me lo perdería. Además, me gustaría ver a Tigre.

—Tigre, ah, claro, quieres verlo a él.

—No, lelo, quiero verte a ti. Pero Tigre también me cae simpático.

Estaba bien la cosa. Él sabía que su despertador llamaba la atención. No había motivo por el que ponerse celoso. Y sin embargo lo estaba. ¡Ese maldito despertador...! En cuanto llegara a casa le cantaría las cuarenta.

Anduvo el trecho que lo separaba de la casa de Clarita a su casa, y se presentó en la puerta. Para entonces Amelia ya había llegado con Pedro. Tenía dos horas para comer, luego debía regresar a su puesto de trabajo. Era publicista en una agencia de marketing. Y, a decir por el salario, no se le daba mal.

—Hoy vendré tarde —le confió a su primogénito—. ¿Te quedarás con Pedrito?

—Claro, mamá, cuenta con ello.

—Muy bien, entonces me voy tranquila.

Sus padres hacía tiempo que se habían separado. Desde entonces los dos hijos vivían con su madre. Su papá se había mudado a otra ciudad. Por lo visto, en esa ciudad se había echado novia. Juan nunca lo comprendió, eso de que su padre se anduviera ennoviando con una mujer que no fuera su madre. Pero ahora lo veía claro. Cuando el amor llega, es como un torbellino que lo arrasa todo, no deja pelo sobre pelo, sino que vuelve toda la cabeza alborotada.

—Hace tiempo que no habláis con papá. Podíais aprovechar y llamarlo por teléfono.

—Quizá lo haga, sí.

—Está bien, no insisto. —Y le dio un beso—. Me tengo que ir —le gritó al pequeño, que andaba enfrascado en un juego de la Play, después de haber comido—. ¡Pórtate bien y no le des mucho trabajo a tu hermano!

—Descuida, mamá —respondió, sin quitar un ápice la vista de la pantalla del televisor—, me echaré una siesta.

La idea convenció a su madre, que abandonó el hogar sin ninguna preocupación. Ella estaba acostumbrada a dejar a los dos hermanos solos. No había ningún peligro.

Juan comió los restos que Pedro y Amelia le habían dejado, y se dirigió hacia su hermano.

—Ya es suficiente, pequeñín. Llevas dos horas enganchado a ese trasto. Por hoy es bastante.

Pedro sabía que su hermano tenía razón, y no protestó. Colgó el mando de la Play sobre la repisa de la mesa en la que descansaba la tele, y él mismo se fue a descansar.

—Creo que voy a dormir un rato.

—Me parece buena idea —le confió Juan—. Yo estaré en mi cuarto, voy a estudiar. Cualquier cosa me llamas.

Pedro se encogió de hombros y marchó para la habitación. Cerró la puerta tras de sí, y Juan le oyó meterse en la cama.

—Está bien, aprovecharé para hablar con este maleducado.

Con gesto serio, y rostro aún más grave, pasó a su cuarto.

—¡Buenas tardes! —lo saludó Tigre. Juan no respondió de inmediato. Motivo por el cual, su despertador se extrañó—. ¿Ocurre algo?

Entonces habló, con voz imperturbable.

—¿Qué quieres decir con eso de que si ocurre algo? ¡Suficientemente bien sabes tú lo que ocurre!

Tigre no sabía de qué le hablaba.

—Como no seas más explícito...

—Pues lo seré, vaya si lo seré. ¿Qué tienes tú con mi novia?
—le espetó.

—¿Con tu novia? —buscó aclaración—. ¿Quieres decir con Clarita?

—Pues claro, ¡con quién si no!

Tigre saltó de alegría y sorpresa.

—¿Me estás diciendo que Clara y tú sois novios formales?
¡Qué alegría! Sabía que estabais hechos el uno para el otro.

—No cambies de tema que sabes de qué te hablo. Tú has estado coqueteando con ella, ¿qué pretendes?

Tigre se indignó.

—Por el amor de Dios, Juanito, ¡soy un despertador! ¿Qué iba a hacer yo con tu novia? ¿Cantarle las horas como un reloj de cuco? —Juan cayó en la cuenta de lo que decía su amigo. Tenía razón. Sin embargo mantenía sus niveles de desconcierto—. ¿No me digas que estás celoso de mí? —le interrogó al ver que éste guardaba silencio.

—No, celoso no. —En realidad no sabía dónde meterse. Por primera vez había visto con claridad cuán absurdo había sido su planteamiento—. Pero no está bien que seas tan cariñoso con ella. ¡No se te olvide que yo soy tu dueño!

—No se me olvida —lo interrumpió Tigre—. Y, descuida, que, de ahora en adelante, sabré guardar la compostura.

—Era todo cuanto quería escuchar —zanjó la conversación el amo.

Pero no pasó ni un segundo, antes de que Tigre volviera a desquiciarse al bueno de Juan.

—Entonces, ¿Clarita viene hoy o no?

—¿Es que no has entendido nada de lo que te he dicho?

Juan se desesperaba.

—Tranquilo, Juanito, tranquilo —se mofó el despertador—. Sólo me intereso por una amiga.

La conversación parecía haber entrado en un bucle. Ninguno de los dos sabía cómo salir de semejante atolladero. Pero entonces algo erizó los pelos de Juan y sacudió las campanas de Tigre. Un grito, hondo y seco, vino del otro lado del pasillo.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Que me lleven!

Juan salió corriendo. Era su hermano, algo pasaba con su hermano pequeño. Abrió la puerta de su habitación y entró a toda prisa. La persiana estaba echada, y la luz apagada, condiciones éstas bajo las que, la habitación, se mantenía en penumbra. A duras penas Juan se acercó a la cama del menor, lo tomó del hombro y lo sacudió, como a un pelele.

—Pedrito, Pedrito, es sólo una pesadilla, nada más. —Pedro se despertó alterado. Había soñado que una panda de maleantes lo llevaba detenido, quién sabe a dónde. Y se había asustado—. No hay nada de qué temer —lo tranquilizó Juan, su hermano—. Todo está bien.

Y para demostrarle que todo había sido un mal presagio, infundado sin duda, tiró de la correa de la persiana para levantarla. La luz de la tarde era clara. Volvía a hacerse la vida.

—Algunos sueños son muy reales —le dijo Pedro a su protector.

—Sí, pero son sólo eso, sueños. Luego te despiertas y todo vuelve a ser normal.

La sangre corría de nuevo por las venas de Pedrito. Su corazón se templaba.

—¿Tienes tareas que hacer? —le preguntó Juan, rescatándolo para la vida.

—No, pero leeré algo.

Estaba enfrascado en la lectura de un libro nuevo, *Daniel el Mago* se titulaba, obra de un autor no muy conocido, pero que a Pedro le encantaba.

—Está bien, te dejo que leas entonces. Yo marchó a mi habitación. Ahora vendrá Clarita, vamos a estudiar juntos. Pero si te vuelve a ocurrir cualquier cosa me llamas, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, hermano.

Le dio un beso sobre su poblada melena y salió del cuarto. En apenas diez pasos se hallaba de nuevo frente a frente con su despertador.

—Bien, y nosotros, ¿por dónde íbamos? —Tigre no tenía cuerpo para seguir con la discusión. Pelear no estaba en la esencia de sus engranajes. Por fortuna lo salvó la campana. Y no la suya, sino la del timbre de la puerta. Ding, dong, sonó—. Ésa debe de ser Clarita —se aceleró Juan, y dirigiéndose de nuevo a su despertador, antes de correr escaleras abajo, le aclaró—: Y tú, compórtate.

Abrió la puerta, y su alegría salió a la calle como un torrente de agua cristalina. Por un momento, al ver a Clara, se había olvidado de Tigre y de la estúpida discusión que había mantenido con él.

—Buenas tardes, amor.

—Buenas tardes —respondió ella.

Clara venía entusiasmada, como cada jornada cuando llegaba la hora de ver al despertador. Pero Juan frenó en seco su arrebato, al comprobar que ella llegaba dispuesta a subir a su cuarto.

—Hoy no veremos a Tigre —le vomitó, como cubo de hielo.

—¿Y eso?

Juan no sabía cómo seguir.

—He peleado con él.

Clara se sorprendió. Por lo poco que conocía a ambos, a Juan y al reloj, parecía imposible imaginar una discusión entre los dos. Ellos se apreciaban, y tenían un carácter similar, siempre joviales y dispuestos a pasarlo bien. Nunca, a decir verdad, Clara había visto enfadado a su novio, ni ahora, desde que lo eran, ni antes de ennoviar. Y con Tigre le ocurría lo mismo.

—¿Por qué? —se incomodó al fin—. ¿Qué ha pasado?

Juan no quería dar más explicaciones. A Clara no le iba a mentir. Pero una cosa era decirle la verdad, y otra muy distinta confesar que estaba celoso. A todas luces, ella pensaría que Juan se había vuelto loco. ¿Celoso de un despertador? Eso no podía ser cierto. De modo que calló y se buscó una excusa.

—¿Por qué no salimos hoy a dar una vuelta?

Clara lo miró extrañada.

—Luce el sol —siguió—, hace buena tarde, y mi hermanito está arriba. Podíamos llevarlo al parque a jugar un rato con sus amigos. Y así nosotros nos despejamos. ¿Qué te parece?

Ella, que tenía el mismo buen ánimo que Juan, siempre estaba dispuesta a complacerlo. Por lo que sonrió, le dio un beso en la mejilla, y lo tranquilizó.

—Está bien, vayamos.

Perfecto, Juan se había librado de ponerse cara a cara de nuevo con Tigre. Y además era cierto que le apetecía salir a dar una vuelta, porque la tarde era espléndida.

—Llamo a mi hermano y nos vamos. —Subió a la habitación de Pedro, y le compartió su parecer—. Pedrito, ¿te vienes al parque? Clara y yo vamos a dar un paseo.

Pedro saltó de su silla. Estaba enfrascado en la lectura de *Daniel el Mago*, el libro de aquel autor que tanto le gustaba. Pero nada era comparable a la visita del parque. Allí había niños con los que jugar a todas horas. Y no siempre los mismos. Sin embargo, nunca encontró desconocido alguno que no estuviera dispuesto a echar un buen partido de fútbol.

—¿Puedo llevarme el balón? —le preguntó a su hermano.

—Claro que puedes.

—¡Estupendo!

Cogió la pelota de cuero que guardaba con celo bajo su cama, rara vez la sacaba si no era para ir, como ahora, al parque, y huyó de su cuarto a toda velocidad. Juan lo siguió. Abajo esperaba Clara.

—Hola, pequeñín —lo saludó ella—. Me alegro de verte.

Pedro ni se inmutó. Y no porque no sintiera la misma jovial alegría de verla, no señor, sino porque estaba deseoso de llegar a la cancha de juegos. Salieron los tres por la puerta y la cerraron tras de sí.

Pedro caminaba unos pasos adelante, haciendo malabares con el esférico, mientras que Juan y Clara se cogían de la mano. Hasta que, en una de éstas, Pedro se giró, y los vio de esa guisa. No pudo evitarlo, y preguntó.

—¿Por qué vais de la mano? ¿Es que os vais a casar?

Clara se echó a reír, y Juan la imitó. Ambos se sonrojaron ante la sencilla espontaneidad del pequeño, pero no le negaron la mayor, a saber, que se querían mucho, y que sí, que estaban dispuestos a casarse, cuando les llegase la hora, lejana aún. Primero tenían que acabar sus estudios, encontrar trabajo, y, quién sabe si, sólo después de ese largo noviazgo, buscar un hogar en el que compartir la vida.

—No, Pedrito, no nos vamos a casar.

—¿Quieres que nos separemos? Si te incomoda vernos cogidos de la mano, lo hacemos.

Pedro frenó el balón bajo uno de sus pies, miró al suelo un segundo, para meditarlo, y, cuando volvió a levantar la vista, volviendo a mirar a los enamorados, negó con la cabeza.

—No —dijo al fin, con cierto aire de pasividad—. Estáis bien así.

Golpeó el cuero de nuevo y salió corriendo, como si escapase de un defensor corpulento y estuviera a punto de marcar un gol en la final de la Liga de Campeones. Juan bromeó con Clara, a la que miró con más candor si cabe de lo que lo hacía habitualmente.

—¡Qué hermano tengo! No te habrá incomodado...

—Nada de eso —lo corrigió su amada—. Es muy tierno comprobar que Pedro es ingenuo y atrevido a la par. Ya crecerá. Pero, de momento, es un placer verlo corretear.

Llegaron al parque, y, como era costumbre, estaba repleto de niños y niñas. Las niñas solían jugar a la comba, o montar en patines. Si bien, últimamente, las había que se unían al juego con la pelota. ¡Eran realmente buenas! Algunas soñaban con ser como Alexia Putellas, y jugar en el Fútbol Club Barcelona. Pero otras simplemente disfrutaban con una tarde de partido en el parque. Y Pedro era como éstas. A él no le llamaba la atención llegar a ser profesional del balón. Al contrario, quería ser escritor, o diseñador gráfico, para crear historias nuevas con las que entretener a otros niños, o videojuegos superdinámicos y divertidos que llegasen a cada hogar del planeta. Si iba al patio del colegio a echar un partidillo era por pura costumbre. Todos los niños de su clase jugaban a eso. Él no iba a ser menos. Y como no podía llevarse la Play al parque, pues se llevaba la pelota.

—¡Pedrito! —le gritó un grupo de zagalas al verlo llegar.

Pedro miró a su hermano y, con la mirada, le pidió permiso para acercarse a ellos. Permiso que Juan le concedió.

—Anda, ve.

Era una gozada para todos encontrar a un nuevo integrante que llegase con un balón. No importaba cuántos se sumaran

al partido. Había veces que eran grupos de cinco en cada bando, y otras que se juntaban equipos de más de veinte. Aquello parecía un correcales, todos detrás de la bola, como si fuera un juguetepreciado que no se pudiera compartir. Quien la conseguía para sí, huía del resto, igual que alma llevada por el diablo, hacia la portería contraria.

Juan lo veía desde la distancia y se acordaba de cuando era él el que llegaba con su padre a jugar al parque. Lo echaba de menos. A su madre no se lo decía, por no herirla. Pero se acordaba de Emilio todos los días.

—¿En qué piensas? —lo interrogó ella, al verlo todo ensimismado.

Él calló un segundo. Se giró a mirarle los ojos, y respondió.

—En mi padre. Se llama Emilio. Nunca te he hablado de él porque apenas nos vemos, y porque me pongo triste cada vez que lo recuerdo. Pero sí, lo echo de menos.

Clara entendió que no debía ahondar en ese tema, y cambió el curso de la conversación.

—Bueno, no te preocupes, hablamos de lo que quieras, cuando quieras, incluso de tu padre. Pero comprendo que no quieras tratar ese asunto ahora.

Le acarició el rostro, y dirigió su mirada a Pedro, de nuevo. Juan hizo lo propio. Ambos contemplaban el ir y venir del pequeño, correteando por el parque, detrás del balón de cuero de la familia.

—Qué feliz parece.

Lo semejava, sin duda. Ninguna preocupación rondaba su cabeza. Ni en la de Pedro, ni en la de Juan. Éste se había olvidado por completo de Tigre, y de la discusión que había mantenido con él. Desde luego había sido buena idea ésa de salir

a dar un paseo. Gracias a este momento de asueto, hasta los celos habían desaparecido. Lo cual era una gran noticia. En verdad no había motivos para tenerlos. Tigre, simplemente, se había mostrado amable con su novia, ¿qué mal había en ello? Si Juan hubiera conocido a una tostadora que hubiera ennoviado con Tigre, él hubiera hecho lo mismo, se habría comportado con urbanidad. Nada, pues, podía reprocharle. Lo pensó un instante y se rio de sí mismo. ¡Qué tonto había sido! Mira que ponerse celoso de un despertador, ¡que por ende era su amigo! Tenía que volver y pedirle disculpas.

«En cuanto regresemos hablo con él», pensó, sin abrir la boca.

Pero acababan de llegar. No podían pedirle a Pedro que abandonara a sus compañeros tan pronto. De modo que dejó su obligación para momento más oportuno, y se centró en merodear a Clara con las manos. Le agarraba las suyas con cariño, y las besaba, como si de una reina se tratara. Clara reía.

—¡Qué tonto! Parece que me estés adorando.

—Es que te adoro. Eres mi altar y mi todo —le dijo, lleno de pompa.

Volvieron a callar. No hacía falta decirse nada. Bastaba con permanecer así, cogidos de la mano, mirando a la chavalería corretear por el jardín.

Pasaron dos largas horas. Pedro no se cansaba de jugar. Pero Amelia estaría a punto de llegar a casa.

—Será mejor que volvamos —le confió Juan a Clara, la cual asintió con la cabeza.

Soltó la mano de su amada, por vez primera en toda la tarde, y puso las suyas a ambos lados de la boca, como si de un altavoz se tratara.

—¡Pedro! —gritó, y tuvo que insistir, porque, su hermano, afanado en llevar el gol en las venas, no se daba por aludido—. ¡Pedro! ¡Pedro! —Tras de lo cual, Pedrito se giró—. ¡A casa! —volvió a alzar la voz, al tiempo que le hacía un gesto con los brazos.

Pedro no chistó. Se limitó a pedir el balón, y se despidió de todos.

—Me tengo que ir.

—¡Jo, qué pena! —le dijo uno.

—¿Ya te vas? —se lamentó otro.

—¡Si acabamos de empezar! —A pesar de que llevaban dos largas horas de partido.

En esos encuentros no importaba la hora. Lo verdaderamente trascendente era meter el último gol. Quien marcaba el último marcaba el definitivo. Por suerte para Pedro, éste lo había logrado él. ¡Su equipo se retiraba victorioso! Cogió el balón y corrió hacia donde Clara y Juan estaban.

—Hemos ganado —los abrumó con su alegría—. Y yo he marcado el gol definitivo.

—Muy bien, Pedrito, muy bien —lo felicitó su hermano.

Clara puso su mano sobre la cabeza del pequeño, y le revolvió el pelo.

—¿Nos vamos? —preguntó.

—Nos vamos —certificó Juan.

De camino a casa, todo transcurría con aparente normalidad. Pedro se adelantaba y regresaba, para volverse a adelantar, con el balón a caballo entre sus pies y sus dos manos. De cuando en cuando lo dejaba caer, y avanzaba con él dándole suaves golpes con los empeines, para, al momento en que se cansaba de hacerlo, recogerlo con las manos y sentarse a esperar sobre el esférico, hasta que Clara y Juan lo terminaban por alcanzar. Los cuales caminaban sin ninguna preocupación. Al contrario, podría decirse que se dirigían hacia delante envueltos en la tibia brisa del paraíso. Nada perturbaba su ánimo. Confiados, pensaban que el mundo estaba ahí para ser disfrutado por los dos. Hasta que ocurrió algo que les devolvió la preocupación.

En una de éstas en las que Juan, Clara y el pequeño se re-encontraban en su camino de regreso, de pronto un policía les dio el alto. Se trataba, en realidad, de una pareja. Detuvieron su coche oficial a la altura de los jóvenes y descendieron del mismo con aire de preocupación, a la vez que aliviados.

—¿Qué ocurre? —les preguntó el mayor de los hermanos.

—¿Sois Juan y Pedro González? ¿Vivís en la calle Flamen-co, número 8?

—Sí, esa es nuestra dirección. Y somos nosotros. Ella es una amiga.

—Tenéis que acompañarnos. —Sonó como amenaza.

—¿A dónde? ¿Por qué? —quiso saber.

—Os lo explicaremos por el camino.

Resulta que, cuando ellos se fueron de casa, unos ladrones aprovecharon para entrar en la misma. Nadie se dio cuenta, pero, después de la fechoría, dejaron la puerta entreabierta. Una vecina que por allí pasaba, se percató de que algo pasaba, y dio parte a los agentes del orden. Éstos se personaron en el edificio, y entraron en el número 8 de la calle Flamenco. Al hacerlo, comprobaron que la casa estaba toda ella desordenada. Estaba claro que los amigos de lo ajeno se habían hecho con un botín. De modo que, sin dudarlo, llamaron por teléfono a Amelia.

—¿Amelia Garcés?

—Sí, dígame.

—Al habla la Policía, tenemos una mala noticia que darle.

Y le dijeron que le habían robado. Pero entonces esa no fue su preocupación, sino saber qué había sido de sus hijos.

—¡Pero mis hijos estaban en la casa! ¿Les ha ocurrido algo?

—Señora, en la casa no había nadie. Cuando hemos llegado nos la hemos encontrado totalmente vacía.

—¡No puede ser! Ay, mis hijos, ¡mis hijos!

—Tranquilícese. Los buscaremos y daremos con ellos.

—¿Los habrán raptado?

—No se alarme, por favor. A ver, denos una descripción de los menores.

Amelia, con la voz entrecortada, realmente asustada, les dijo que eran dos, que eran así y así, y que atendían al nom-

bre de Pedro y Juan González Garcés. Rápidamente se emitió una orden de búsqueda. Cuando la Policía los encontró, pasaron comunicado por radio, aliviando el pesar de Amelia, que aguardaba en casa hecha un manojito de nervios.

La puerta seguía abierta. Una mujer policía la estaba acompañando.

—Tómese una tila, le irá bien —trataba de calmarla.

Su coche había quedado mal aparcado a la puerta de la casa, pues no había tenido tiempo de estacionarlo debidamente. Un hombre, compañero de la anterior, iba y venía del interior a la entrada, y de la entrada al interior. Y, fuera, en la calle, otro vehículo policial esperaba con mejores noticias.

—No se preocupe, los hemos encontrado —le dijo el oficial.

—Bendito sea Dios —se alegró Amelia—. ¿Dónde están?

—Unos compañeros los traen de camino. Estaban dando un paseo.

Amelia se desmoronó. Por primera vez en toda la tarde, después de recibida la noticia del robo, se permitía mostrar debilidad. De haberles sucedido algo a sus dos hijos se habría muerto. El terror acumulado por esta posibilidad, y la sinrazón de la misma, sumado al alivio que sintió al conocer que estaban bien, camino a casa, hizo que su corazón estallase de emoción, y comenzó a llorar.

—No se preocupe —le dijo la agente—, es normal. Llore, llore.

Entretanto el oficial hacía su trabajo. Tomaba notas del estado en que se encontraba el hogar de Amelia, para rellenar el formulario de denuncia.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Juan nada más llegar.

—Nos han robado, hijo mío —le certificó su madre, la cual, al verlos llegar, se abalanzó sobre sus cuellos, abrazándolos con la furia de una esperada victoria.

—Ya está, madre, ya está —musitó Juan a su oído.

—Ay, hijos, es que pensé que os habían llevado. ¡Casi me muero!

—Pues ya ve que no es así —trató de sosegarla—. Relájese.

Clara observaba la escena a dos metros de distancia. Un policía la acompañaba.

—¿Está usted bien, doña Amelia? —la interrogó la joven, que tenía miedo de interrumpir aquel reencuentro familiar.

Amelia se separó de sus hijos, y, aferrándose a Clara, la abrazó, como si fuera de su propia sangre.

—Gracias por cuidarlos, Clarita, muchas gracias.

Ella se justificó.

—Pero si no he hecho nada, señora. Yo tan sólo los he acompañado al parque.

—Suficiente. De no habértelos llevado a dar un paseo, quién sabe lo que hubiera ocurrido.

Los agentes que estaban en la calle pasaron su informe al oficial.

—Mi sargento, en el barrio nadie ha visto nada.

—Entendido —respondió el oficial—. Es todo muy extraño.

Y éste, después de recoger la versión de los vecinos, volvió para interrogar a la afectada.

—¿Echa usted en falta algo? Necesitamos saber qué se han llevado esos desgraciados.

Era evidente que faltaba el televisor. Y el equipo de música. Más allá, todo estaba revuelto, pero, qué se iban a llevar, si en

casa de los Garcés no había nada de valor. Juan, lleno de madurez, se anticipó a su madre.

—Iré arriba, a ver si nos falta algo más.

—Muy bien, hijo, ve.

Subió las escaleras y miró en las habitaciones. En la de su madre no había nada importante. La ropa, eso sí, y los cajones, estaban todos de por medio. Pasó al cuarto de su hermano. Ahí no había gran cosa. Los libros permanecían desperdigados por el suelo, pero no creo que los ladrones se molestaran en leerlos. Entonces llegó a su dormitorio.

—¡Se han llevado mi ordenador! —gritó hacia la planta baja. La cama y el armario parecía que los hubieran usado. Miró más detenidamente, y, llevándose la mano derecha al hueco de la boca, emitió un grito sordo de horror. Su voz se ahogó con el silencio. Y así, sin que nadie le escuchara, le confesó al mundo—: ¡Me han robado a Tigre!

Amelia, al comprobar que su hijo se demoraba más de la cuenta en la observación de sus cosas, subió a la habitación, donde lo encontró, aún asustado y meditabundo.

—¿Te falta algo? —Juan estaba demasiado concentrado en su desgracia, como para oír a su madre—. ¡Hijo! —repitió ésta.

Entonces se percató de su presencia.

—¿Sí, madre? Perdona, estaba pensando en mis asuntos.

—Digo que si te falta algo.

—Bueno, se han llevado el ordenador —y, después de una pausa dramática, conteniendo el llanto, continuó—: Y el despertador, también me han quitado el despertador.

Amelia pensaba que la cosa sería más grave. No imaginaba cuán importante era la pérdida del reloj. Aunque lo pudo imaginar al ver a su hijo tan contrariado. Creyó, eso sí, que se trataba de su padre, porque Tigre había sido un regalo de éste, el cual nunca supo que se trataba de un despertador parlante, simplemente le gustó y se lo compró a su hijo.

—No te preocupes —trató de consolarlo su madre—, hablaré con tu padre para que te regale otro.

Pero Tigre era irremplazable. Sin él, Juan se hallaba perdido. Era como si le hubieran dado la noticia del fallecimiento de un amigo.

—No lo puedo creer —continuó con su misterio—, ¿para qué querrán un despertador?

Su madre le acarició la nuca, pasó una mano por encima del hombro de su hijo, y lo animó.

—Vamos, tenemos que bajar. El oficial nos espera. Hay que darle cumplida cuenta de lo que echamos en falta.

—Sí —respondió él, aún sobrecogido.

Descendieron a la planta baja, para darle noticia al policía.

—¿Y bien? —inquirió éste.

—Se han llevado un ordenador —respondió la madre de Juan por él—, y un despertador.

Clara rápidamente se dio cuenta de la tragedia.

—¿Se han llevado a Tigre?

Amelia, que no sabía que el despertador tenía nombre, se mostró confusa.

—¿Tigre? ¿Quién es Tigre?

Juan salió al paso.

—No, nadie, es una forma amistosa de llamar a mi reloj. Como tiene esas rayas naranjas por todo su cuerpo...

El policía, serio como le cabe a su profesión, no entendió el chascarrillo, ni intención mostró para comprenderlo. Simplemente se limitó a anotar en su libreta, mientras repetía en voz alta el curso de sus anotaciones.

—Un ordenador y un despertador. ¿Y tienen mucho valor?

Juan tragó saliva. El portátil era un Toshiba, ¡de los buenos! Pero su precio no podía competir con el valor que el chico le otorgaba a su reloj. Claro que eso no lo podía asegurar abier-

tamente. Cualquiera, en su sano juicio, entendería que una computadora era mucho más cara que un simple despertador. Lo que ocurre es que, Tigre, de simple no tenía nada. ¿Cómo confesar que lo que verdaderamente le dolía era haber perdido a su amigo? Imposible. Tenía que guardar el secreto. Un secreto que, en toda la casa, sólo era compartido con Clara. Ésta supo, desde el primer momento, lo que estaba en juego, y, disimuladamente, quiso compartirlo con su novio. Se acercó a él y lo abrazó.

—No te preocupes —le confió al oído—, lo encontraremos.

La propuesta de Clara parecía caer en saco roto. ¿Cómo demonios iban a encontrar a Tigre? Ahora mismo, en ese preciso momento, podía estar en cualquier parte de la ciudad. Tal vez incluso lo hubieran sacado de la misma. De hecho, Juan dudaba, si los ladrones sabían de la condición de su despertador, podían haberlo llevado al extranjero. Desde luego así sería si descubrían la importancia y unicidad de éste. Dificultades todas las cuales le bombardeaban el ánimo, arruinando por completo su buen juicio.

—No lo puedo creer —era lo único que Juan alcanzaba a repetir, llevándose las manos a la cabeza.

Y Amelia, que creía comprender a su hijo:

—¡Tranquilo! Ya te he dicho que hablaré con tu padre.

—Bien —los interrumpió el oficial de Policía—, pues parece que eso es todo.

Había escrito una lista con objetos robados. La tenía apoyada en una carpeta especial para estos asuntos. Miró a Amelia y le suplicó que la revisase. Ésta extendió el brazo y la tomó consigo, para después echarle un rápido vistazo. Contó, una a una, sus pertenencias sustraídas y las de su hijo. Al pequeño

Pedro no le habían quitado nada. Volvió a revisar el inventario, para cerciorarse, y, una vez cumplido este formalismo, le devolvió el portafolio a su dueño.

—Sí, está todo.

—No obstante —continuó el agente—, si más tarde descubren que les falta algo que no hemos anotado, pueden pasarse por comisaría y ampliar la denuncia. Nosotros haremos todo lo que esté en nuestra mano para recuperar lo robado. Quédense tranquilos.

Saludó, llevándose la mano a la visera, y, en tono marcial, giró ciento ochenta grados, para salir del hogar. En la puerta lo esperaba su compañera.

—Nos vamos —le ordenó.

Y lo mismo aconteció con la pareja que estaba en el coche, a la cual se acercó el oficial para comunicarles el resultado de las pesquisas. Algo habló durante un buen rato, Juan lo vio desde la puerta, a la que se había acercado para cerrarla, y después se alejó de ellos. Montó en su propio vehículo, y los cuatro se alejaron, tal vez para siempre y desgracia suya, pensaba Juan, que no sabía qué sería ahora de su querido amigo el despertador. Cerró la puerta y regresó al salón.

Clara se mantenía firme, con los brazos cruzados. Amelia por fin se tranquilizaba, sentándose sobre el sofá de dos cuerpos que tenían frente a la tele desaparecida. Y Pedro se preguntaba por qué estaban todos tan nerviosos. Él era muy pequeño para comprender qué había pasado. Y como tampoco le habían quitado nada de valor... Hubiera sido terrible que le desapareciera su *Daniel el Mago*, pero claro, estaba por ver todavía que los ladrones fueran grandes aficionados a la lectura. Nada de

todo lo cual había ocurrido. Así que el pequeño se sentó junto a su madre e, ingenuamente, le confesó.

—Pues Juan y Clara se van a casar.

Clara sonrió al escuchar el comentario de aquél. Amelia hizo lo propio, mientras acariciaba la cara de su confidente, demasiado preocupada todavía como para darle importancia a semejante dislate. Y Juan ni se percató, tal y como llegaba desde la entrada de la casa hacia el salón.

—Habrá que dar parte al seguro —dijo Amelia en voz alta—. Ellos nos repondrán todo lo robado.

—Todo no —se lamentó Juan—. Mi despertador no podrá volver a casa.

—Bueno, no seas dramático —lo regañó su madre—. ¡Te conseguiremos otro!

Tigre, su pobre Tigre, ¿lo abandonarían a una suerte incierta? Ni hablar. Juan, en ese momento, no podía pensar con claridad, ni imaginaba qué podía hacer para recuperarlo, pero, claro está, no se iba a quedar quieto. Algo pensaría para traerlo de vuelta a casa.

La tarde terminó sin mayor historia. Clara, pasado el primer sobresalto, decidió que tenía que volver a casa. Era tarde y allí la estarían esperando sus padres. Juan se ofreció para acompañarla hasta la parada del bus. Pero no quería dejar a su madre sola, después de tan ingrato disgusto, por lo que llegó a la marquesina, esperó a que llegara el número 8, que era el que Clara tenía que coger, y regresó.

Esa noche no cenaron. Amelia aún tenía el miedo en el cuerpo. Pensaba que algo grave les podía haber pasado a sus hijos, si es que éstos hubieran estado en casa a la hora del robo. Y aunque era evidente que nada de eso había sucedido, no se lo podía quitar de la cabeza. Juan, en cambio, lo que no se quitaba de la cabeza era a su querido Tigre. Pedro, por otro lado, estaba confuso, pues no entendía por qué diantres no se cenaba en esa casa, si bien hambre no tenía. Le preparó su madre un tazón de leche con galletas y se fueron a acostar.

Esa noche, para mejor pasar la angustia, Amelia le pidió al pequeño de sus vástagos que durmiera con ella.

—¡Bien! —fue la respuesta de aquél, que entendía era una fiesta cada vez que compartía cama y sueño con su madre.

Hacía tiempo que no lo hacían, lo de dormir juntos decimos, porque Pedro ya se estaba haciendo mayor, pero aún tenía apego por el calor materno, y esa noche era especial.

—Mañana vuelves a tu cama —le dijo su madre—. No te vayas a pensar.

—Tranquila, mamá —la interrumpió Pedrito—, con que durmamos hoy me basta.

Bien estaba lo que bien terminaba. El día había sido aciago, la noche incierta, más para Tigre que para el resto de la familia. Juan se fue a su cuarto temprano, como el resto, pero no pegó ojo en toda la madrugada. Las horas pasaban lentas en su cabeza, y no tenía con quién compartir la lentitud de las mismas. Miraba a su cabecera, donde tenía que estar su despertador, y no lo hallaba.

—Tranquilo, Tigre —se repetía—, no te voy a abandonar.

Así las cosas, atravesando su particular desierto nocturno, llegó a la orilla del alba. El oasis del amanecer había aparecido. Saltó de la cama y fue al baño. Era el momento oportuno para darse una ducha. Su madre y su hermano aún no se habían levantado. A éstos los despertó el ruido del agua cayendo en cascada sobre el cuerpo desnudo de Juan.

—Vamos, pequeño, tu hermano ya está despierto —le dijo al menor, sin mover un ápice su propio cuerpo para salir de entre las sábanas.

—Cinco minutos más... —suplicó Pedro.

El cansancio de Amelia ayudó a que encontrara una respuesta afirmativa.

—Está bien. Pero en cuanto Juan salga de la ducha nos desperezamos.

Ni a sonreír llegó el pequeño, tan profundamente dormido como estaba.

Entretanto Juan se acicalaba en el baño. Terminó de asearse y regresó a su habitación en busca de ropa que ponerse. Su madre no lo sabía, pero él estaba decidido a pasar mil y un peligros en socorro de su amigo desaparecido. Bajó a la cocina y preparó el desayuno, el suyo, el de su madre y el de su hermano. Leche con cereales para los dos mozuelos. A ella le gustaba tomarse un café de buena mañana, con un par de tostadas, de modo que el universitario abrió la cafetera italiana, que bien los ladrones pudieran habérsela llevado en lugar de a Tigre, pensaba, y la rellenó de un grano molido de Colombia que tenía Amelia en la despensa, vertió agua en el cazo inferior, y lo puso al fuego. En un periquete olía a Juan Valdés en toda la casa. Momento que aprovechó su madre para despertar definitivamente al menor, y salir de junto a él para acompañar al mayor en sus reencontrados menesteres.

—Vamos, Pedro, que tu hermano ya ha preparado el desayuno. —Salieron de la cama, con más pereza Pedro de lo normal, Amelia ahuyentada por la urgencia, y bajaron a desayunar—. Buenos días, cariño —le dijo a Juan, al entrar en la cocina y descubrirlo ajetreado, mientras se iba anudando el cordón de la bata de franela que lucía—. ¿Has dormido algo?

Era evidente que no. Las ojeras de éste llegaban hasta el suelo. Pero más valdría preguntar para asegurarse.

—Sí, no te preocupes —le respondió, pues no quería transmitirle mayor intranquilidad que la que ya había digerido.

Pedro, en cambio, hacía su aparición, saludando pesadamente, entre bostezo y bostezo, abriendo la boca sin ningún

reparo, al tiempo que estiraba ambos brazos como si éstos quisieran salir de su articulación.

—Buenos días.

—Buenos días, pequeñín. Ya tienes todo en la mesa, anda y siéntate.

Las tostadas de Amelia tardaron un poco más, pero enseguida estuvieron dispuestas. Ésta las puso sobre un plato y las acercó al café, con la complicidad de su hijo mayor, que fue quien llevó el resto, la mantequilla y el bote de mermelada. Esta semana tocaba de fresa. Los tres departieron amistosamente mientras ingerían el desayuno, como si nada hubiera pasado el día anterior.

—¿Llevas tú a tu hermano pequeño al cole? Yo tengo prisa. Ayer salí precipitadamente del trabajo y dejé cosas sin hacer. Seguro que a mi regreso me espera una pila entera de tareas.

—No te preocupes, mamá. Yo lo llevo.

Pedro ni negaba ni asentía, bastante tenía con comer a dos carrillos. Le encantaba el desayuno. Era, de todas las comidas del día, su favorita. Bebió la leche sobrante, después de haberse tragado los cereales, y obedeció a su madre, la cual le pidió que se cepillase los dientes y se vistiese rápidamente. No debía hacer esperar a su hermano, que también tenía asuntos que afrontar, los de todos los días: acudir a la universidad y estudiar como el niño adulto y responsable que era. Nadie podía imaginar que Juan tenía otro pensamiento en mente. Recogió su taza, guardó los cereales en la balda superior, donde solían estar, y le preguntó a su madre si necesitaba ayuda.

—¿Friego los cacharros?

—No te preocupes, ya me encargo.

Después de todo lo cual, se vistieron todos, Juan ya estaba, y salieron por la puerta. El destino de Amelia era la Avenida

Diagonal, donde estaba su oficina. El de Juan y Pedro la calle Emperador Carlos Quinto, a la altura del colegio Arcipreste de Hita, donde estudiaba el menor. Allí lo dejó y salió disparado hacia su Facultad. Lo esperaba un día de estudio, aunque él no tenía cabeza para ello. Su alma se hallaba inquieta, pensando y pensando qué podía hacer que fuera de provecho para encontrar a Tigre. No lo iba a tener fácil, pero algo haría. Llegó a la universidad y entró a su primera clase, puntual y distraído.

—Bien —dijo la profesora—, abran el libro por la página cincuenta.

Juan no hizo caso. Estaba pensando en los ladrones. Qué tipo de éstos serían, si unos cacos del tres al cuarto, o unos profesionales que sabían muy bien qué hacían, a quién robaban y qué era lo que se llevaban. De ser así, habían ido derechos a por su despertador. Tal vez conocían de las capacidades de éste. Pero ¿cómo lo habían averiguado? Tigre sólo hablaba con él. Y con Clara. Desde hacía unos días también intercambiaba opiniones con ella. Juan de pronto imaginó que su novia podía haberse ido de la lengua. Quizá lo había compartido con alguien, y este alguien a su vez con otro, así hasta llegar a oído de los rateros. No podía quedarse con la duda, tenía que preguntarle a ella, inmediatamente. Recogió precipitadamente las cosas, las metió en su mochila, y, lamentándose en voz alta por su urgencia, simulando una indisposición, salió de allí a toda prisa.

—Perdón, perdón. No me encuentro bien.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó la docente.

—Necesito ir al baño —se excusó, mientras zigzagueaba por entre sus compañeros, buscando la salida del aula.

Llegó a la puerta, apurado, sintiéndose observado por toda la clase, la cual no reanudaba su atención en tanto en cuanto

Juan seguía concentrando todas las miradas, la abrió, y huyó, tal que si le estuviera yendo la vida en ello.

Desde el pasillo escuchó a su catedrática retomar el hilo de la materia. No le importaba. Tenía que ir a la Facultad de Derecho, y cuanto antes. Allí estaba Clara. Ella debía aclararle ese punto, si había hablado con alguien o no de Tigre.

Llegó a los pocos minutos, y, con la respiración entrecortada, apenas distaba un kilómetro la Facultad de Derecho de la de Ingeniería, pero había recorrido el trayecto a la carrera, se dirigió a la Secretaría. Allí, pensaba él, le darían cumplida información de dónde podría encontrar a esa estudiante de primero.

—Clara Méndez Núñez —les dijo.

—Jovencito, esto no es un colegio —le informó la administrativa, para desconsuelo propio—. Aquí los estudiantes no tienen aulas ni horarios asignados. Si no eres más preciso y me dices en qué clase se encuentra...

—Pues es que no lo sé.

—En ese caso, no te podemos ayudar.

Se retiró de la ventanilla, sin perder el buen ánimo. Preguntaría a los propios estudiantes, ellos, o alguno al menos, tendrían que conocer a Clara.

La Facultad constaba de tres plantas. Una a una, las fue caminando sin perder la esperanza. En la planta baja había una capilla. Clara solía ir a misa los domingos, quizá se encontraba ahí. Miró, pero nada. En el resto de plantas, a través de los cristales de las puertas de las aulas, se podía ver a los estu-

diantes en plena clase. Fue asomándose, con cuidado de no llamar la atención, pero con el suficiente descaro como para hacerse notar, sin resultado aparente. A tres o cuatro con los que se topó en los pasillos les preguntó. Nadie supo dar cuenta de ella. Hasta que al fin la vio. En el aula B201, de la planta intermedia, estaba sentada en una de las filas de atrás. Juan se asomó y le hizo señas. Ésta se percató.

—¿Qué quieres? —le preguntó sin pronunciar palabra.

Juan movió los brazos, haciéndole ver que necesitaba su presencia.

—Ven, ven. Necesito que salgas.

¿En plena clase? Clara no se lo podía creer. ¿A qué se debía la insistencia de su novio? Fuera lo que fuese, parecía urgente. Sin recoger nada del escritorio, pues pensaba volver de inmediato, con la espalda doblada y el cuerpo encogido, se desplazó hacia la salida. Abrió la puerta, con sigilo, para no molestar más que lo justo y necesario al profesor y a sus compañeros, y salió al encuentro de Juan.

—¿Qué te pasa? —le preguntó, alarmada—. ¿No ves que estoy ocupada?

—Sí, ya lo veo, ya. Pero necesito preguntarte una cosa.

—¿Y no puedes esperar?

—No, no puedo —le advirtió, algo compungido—. El tiempo corre a nuestra contra, y cualquier hora que le ganemos al reloj será más que bienvenida.

Al hacer referencia al reloj, Juan tuvo que hacer una pausa. No se quitaba de la cabeza a Tigre, ni dónde estaría ahora ese pobre desgraciado.

—Está bien, dime.

—A ver —continuó Juan—, ¿tú has hablado con alguien acerca de Tigre? Necesito saberlo, es de vital importancia.

Clara dio un paso atrás, alarmada, y, por qué no decirlo, algo indignada.

—¿Yo? ¡Qué cosas dices! ¿Con quién voy a hablar? No, desde luego que no. Nadie sabe de la existencia de Tigre, al menos nadie por mi boca.

Juan se mesó los cabellos, bajó la cabeza, en actitud dubitativa, y, tras rascarse el mentón, pronunció:

—¿Estás segura? No me voy a enfadar, pero necesito la verdad.

Clara se agitó, molesta.

—¿No te he dicho que no? ¿Por quién me tomas? No soy una cobarde, ni menos una mentirosa. Si te digo que no he hablado con nadie es que no he hablado con nadie.

—Está bien, está bien. No te alteres.

Clara se cruzó de brazos.

—Cómo no me voy a alterar, si vienes aquí y me sacas de clase con estas insinuaciones.

—Tienes razón —le suplicó su novio—. Disculpa, no debí hacerte este interrogatorio.

Por primera vez los enamorados se miraron con ternura.

—Tranquilo, cariño —le justificó ella—. Sé por lo que estás pasando, y te entiendo. No tienes por qué disculparte.

De pronto Juan comenzó a llorar. Un par de lágrimas asomaron por debajo de sus pupilas, descargando su humedad por toda la cara.

—¡Eh! ¡Eh! —lo animó Clarita—. Vamos, no llores.

—Es que no sé qué hacer —le confesó éste—. Y mientras tanto, Tigre está en peligro.

Clara lo abrazó, como una madre más que como una novia, tratando de reconfortarlo.

—Ya se nos ocurrirá algo, ya se nos ocurrirá algo —decía, mientras frotaba sus manos, arriba y abajo, por los brazos de Juan—. Por de pronto —siguió—, hoy a la salida iremos a comisaría, a ver si hay novedades, ¿te parece?

Juan asintió con la cabeza, ahogada su palabra en llanto. La congoja no le dejaba articular palabra, pero estaba de acuerdo con la opinión de su chica. Era, de momento, cuanto podían hacer.

—¿Te espero en la cafetería? No tengo cuerpo para regresar a clase.

Pero tampoco lo tuvo para esperar más de dos horas alegremente. Su cuerpo se movía, nervioso, en la silla, frente al café que se había pedido. Y así estuvo treinta minutos, después de los cuales decidió salir al jardín. Para que Clara no lo buscara en vano por los salones, le puso un *whatsapp*. Ahora estaba en clase y no lo vería, pero, cuando saliera de la misma y llegara a la cafetería, al no encontrarlo allí, se fijaría en el teléfono, querría llamarlo y entonces descubriría el mensaje.

«Estoy fuera, dando un paseo», quedó escrito en la pantalla del móvil.

Pensaba que así se tranquilizaría. Sin embargo, no era tan sencillo abandonar ese baile de San Vito que lo acompañaba. En ninguna parte podía verse quieto. Sabía que le restaban dos horas de espera, algo menos después de haber pasado media en la cafetería. Así que caminó hasta la Facultad de Medicina, que estaba entre ambas, y regresó. Se sentó posteriormente sobre la hierba, y se relajó. Se tumbó, mejor dicho, que relajarse era imposible con Tigre en el corazón. Allí estuvo cerca de un cuarto de hora, tras del cual se volvió a levantar, para pasear

por espacio de otros veinte minutos, hasta que ya casi se le hizo la hora.

En efecto, tal y como preveía, Clara vio el mensaje, y salió a la calle, en busca de su angustiado amado. Donde lo encontró, sin demorarse en exceso.

—¿Qué tal estás? —le preguntó, después de darle un beso.

—Nervioso —respondió sin fuerzas.

—No te preocupes, todo saldrá bien —trató de apaciguarlo, sin mucho convencimiento, y, tras acariciarle el rostro, y mirarlo con ternura, se adelantó—. ¿Vamos a la comisaría?

—Vamos.

Echaron sus mochilas a la espalda y se perdieron por entre las calles del campus. No tardarían mucho en llegar a la delegación de la Policía, donde esperaban recibir buenas nuevas acerca del paradero de Tigre. ¿Sería así? Eso lo descubrirían pronto.

De camino a su destino iban conversando sobre el único tema posible a esas horas y en esos días, el estado de Tigre y su paradero, y qué hacer si en la comisaría no les daban buenas informaciones. Juan estaba preocupado. Clara también. Ambos dispuestos a hacer lo que fuera por recuperarlo. Sin ninguna duda, el ánimo del chico era mucho mayor que el de ella, algo lógico por otra parte. Juan había convivido casi veinte años con él, mientras que Clara recién lo había conocido. No podía decirse, sin embargo, que ella se arrojara ante la posibilidad de ir a buscarlo. Todo lo contrario, si Juan quería ir a China a por él, ella lo seguiría. Y, en cambio, su pensamiento se mantenía frío y distante, como conviene en estos casos, pues no es menester que el alma se deje llevar por arrebatos irracionales, sino por juicios meditados.

—Mejor será que esperemos —apuntó, llena de prudencia—. Quizá ya lo han encontrado y nuestras intenciones no son más que quimeras.

—Sí, tienes razón. Tenemos que esperar.

Llegaron a la oficina de aquéllos y pasaron al interior.

—¿Qué les dirás? —preguntó Clara, que quería cerciorarse de que los planes no respondían a una espontaneidad, tan poco recomendable.

—Que vengo a ver si hay noticias del robo.

—No puedes hablarles de Tigre. Te tomarían por loco si les comentas que temes por un despertador.

—Descuida. En todo caso, mostraré preocupación por el ordenador. Éste sí es importante.

—Está bien, pasemos pues.

Subieron las escaleras que daban acceso al recinto, y buscaron un puesto de información. Nada más pasar al interior, a la derecha, había un mostrador, con varios agentes tras él, trajinando entre papeles. Juan se acercó y carraspeó.

—¿Perdón?

Lo atendió una mujer, marcial a la par que atractiva.

—¿Sí?

—Verá usted, ayer robaron en mi casa, y quería saber si hay alguna novedad en el caso.

—¿Ayer? —preguntó la policía.

—Sí, ayer.

—Pero es muy pronto para que sepamos algo.

La respuesta incomodó a los enamorados. Era previsible, por otro lado, pero inesperada para ambos. Se miraron, con un instante de duda, y volvieron a insistir.

—Lo entiendo. Pero es que me sustrajeron algo muy importante. Es de vital importancia para mí recuperarlo.

Clara le dio un codazo en el costado, temiendo que se fuera a ir de la lengua en lo de Tigre. Todo lo contrario en el ánimo de Juan, que sabía muy bien lo que se hacía.

—Si no consigo de nuevo de regreso a casa el portátil, voy a perder el curso. Todos mis apuntes de la universidad están ahí. Y los trabajos. Suspenderé sin remisión. O me cargaré de trabajo para repetir todo, y no tengo tiempo. ¿Comprende?

La mujer se hizo cargo. Lo miró, con compasión, y se disculpó.

—Dame un segundo, voy a preguntar.

Se retiró de su puesto y salió de detrás del mostrador. Dando aviso a sus compañeros de que no tardaría en volver, se perdió hacia la sala donde otros agentes, algunos uniformados, otros en traje de calle, departían de sus asuntos. Clara y Juan la vieron acercarse a un grupo de tres o cuatro. Entendieron que les estaba hablando del caso, porque uno de ellos miró hacia la salida, donde los dos jóvenes esperaban. Se excusó ante los otros y, siguiendo a la primera, que volvía con compañía hacia el punto de información, llegó hasta el chico de la denuncia.

—Hola, soy Carlos, el agente encargado de investigar el robo de vuestro ordenador.

Juan lo reconoció. Ya lo había visto el día anterior merodeando por su casa, cuando junto al resto de policías allí se personaron.

—Buenos días, Carlos. Disculpe que le moleste.

—No es molestia —lo interrumpió el detective—. Estamos aquí para servir.

—Estupendo, gracias. Es que ando preocupado, por mi ordenador, ya sabe. Mi curso en la universidad depende de que lo recupere.

Clara atendía, en silencio. Carlos iba de su mirada a la de Juan, tratando de complacer a ambos.

—Lo entiendo —dijo, sin mediar pausa alguna—, pero debes comprender que toda investigación lleva su tiempo, y que aún es pronto para que tengamos resultados en ésta. ¡Apenas ha pasado un día!

Juan se desesperó, resignado pero resentido. Miró a Clara y, como si estuviera solo con ella en toda la estancia, le confesó en voz alta, para que todos lo oyeran:

—No hay remedio, suspenderé.

El agente entonces se mantuvo firme en su respuesta, consternado sin embargo por el destino del muchacho. Apenado por ello, trató de tranquilizarlo.

—Mira, haremos una cosa, tú me dejas un teléfono y, en cuanto sepa algo, te llamo.

No era lo que Juan esperaba, pero al menos era algo. Sonrió, de mala gana, y manifestó su convicción.

—Conforme. ¿Tiene dónde anotar?

—No, espera.

Y girándose hacia el mostrador citado llamó la atención de su compañera, ésa que los había atendido nada más llegar.

—Laura, apunta el teléfono de este chico por ahí. Luego me lo pasas, ¿de acuerdo?

Ella asintió.

—Descuida, así lo haré.

Tomó lápiz y papel y le pidió a Juan que le facilitara sus datos.

—Me llamo Juan —dijo, confiado, aunque algo nervioso—. Mi número de teléfono es el siguiente: 619541086. Pueden llamarme a cualquier hora, si bien por la mañana suelo estar ocupado, en la universidad. Pero, si sé que son ustedes, contesto, aunque esté en medio de clase.

—No te preocupes. Procuraremos llamarte por la tarde.

Decía esto mientras terminaba de anotar la información. Una vez recopilada, miró a sus dos jóvenes visitantes, y los despidió, segura como estaba de haber cumplido bien con su obligación. A lo que ambos respondieron con serena cordialidad.

—Gracias por todo —se despidió Clara.

—Espero que pronto sepamos algo —fue el lamento de Juan.

—Tranquilo, a este tipo de ladrones se los termina por atrapar. No son grandes profesionales que digamos.

Eso era, precisamente, lo que el chico temía, que no fueran simples rateros, y que su atraco respondiera a un plan perfectamente determinado para hacerse con el poder de Tigre. Sin embargo, aún albergaba la esperanza, sobre todo después de la opinión de la policía, de que aquello no fuera así.

Salieron de la comisaría y se convenció.

—Lo encontraremos.

Clara pasó su brazo por debajo del de su novio, apretándose contra él como a un radiador caliente en pleno invierno.

—Anda, volvamos a clases. Aún tenemos tiempo.

Juan se dejó hacer, y juntos buscaron el camino de regreso a la universidad. No tenía cuerpo para asistir a ninguna charla, pero era su obligación. Además, algo más calmado sí se hallaba. Ardía en deseos de recibir llamada del detective.

«Quizá mañana haya más suerte» —pensó, y se envolvió en el abrazo de Clara.

La mañana y la tarde pasaron sin mayores trascendencias. No bien salieron de clase, se volvieron a reunir a medio camino entre una Facultad y la otra. Clara no quería dejar solo un instante a su novio, el cual deambulaba como alma en pena por la calle. Sin duda, la pérdida de Tigre había colapsado su espíritu. No daba ni tomaba. Apenas comía, para desagrado de Amelia, que lo veía inapetente y pasivo, a pesar de prepararle sus espinacas gratinadas con atún y queso que tanto le gustaban. Nada de eso llamaba la atención del muchacho.

—Tendrás que hacer un esfuerzo —le había aconsejado su novia.

Y desde luego lo hacía, sin llegar a ser suficiente, eso sí. Tanto era de este modo que su madre se llegó a preocupar.

—Pero hijo, ¿qué te pasa?

—Nada, mamá, cosas mías.

En fin, que la tarde llevó a la noche, y ésta a la madrugada. La cama era el único lugar donde Juan se hallaba lejos de miradas indiscretas. Una tortura, por otro lado, ya que, a base de no pegar ojo, las horas pasaban tan lentas que su preocupación por Tigre crecía y crecía en idéntica proporción. Al alba des-

pertaban todos, Juan lo había estado toda la noche, y éste se levantaba con las mismas ojeras que el día anterior.

—Si sigues así vas a enfermar —le advirtió su querida Clara.

No podía evitarlo. Su sentimiento estaba oculto por una capa de dura tristeza. Volvió a llevar a su hermano al colegio, y repitió su rutina: la universidad, comer, estar con Clara... Esperando una llamada que no se producía. Cayeron los días, y éstos con sus noches, sin tener noticia de la Policía, aumentando su malestar y su nerviosismo. Así por espacio de quince jornadas, dos semanas tras las cuales, al fin, sucedió lo que con tanta ansia anhelaba. Camino de casa sonó su teléfono. Era un número larguísimo el que llamaba. No imaginaba de quién podía tratarse.

«Quizá sea un timo», pensó.

Aun así, contestó.

—¿Sí?

—¿Juan? Soy Carlos. Te llamo de la comisaría de Policía, porque tengo algo que puede interesarte.

A Juan le dio vuelco el corazón. ¿Habrían encontrado a su despertador? No era tanto. Se trataba de otra cosa, igual de esperanzadora que lo anterior, sin embargo. Por lo visto habían detenido a una banda de atracadores, todos los cuales mero-deaban las casas de sus vecinos, a la espera de verlas vacías, momento en el cual aprovechaban para colarse en su interior y arramplar con todo cuanto podían, principalmente artículos tecnológicos, televisores, computadoras, y demás enseres similares, tal y como a la familia de Juan le había sucedido.

—Creemos que son ellos los que han entrado en vuestra vivienda —le confesó.

—Pero ¿han conseguido recuperar algo de lo escamoteado?

—De momento no. Pero es cuestión de tiempo. Ahora mismo están interrogando a uno de ellos. Éste nos dirá dónde guardan el botín.

Calló, pensando que Juan le comentaría algo. No fue así. La cabeza del muchacho bullía como un cazo de agua puesto al fuego. Pensaba en los ladrones, en ése al que estaban investigando, y se decía que no esperaría parado a nuevos resultados, que algo tenía que hacer. Pero confesarle al policía nada de nada, éste no podía tener conocimiento de lo que había tramado para descubrir la verdad. Por lo que, después de una pequeña pausa en la que ninguno de los dos abrió la boca, al fin se dispuso a zanjar la conversación.

—En cuanto sepa algo más te comunico.

—Muy bien —fue su tímida respuesta—. Muchas gracias.

Nada más colgar la llamada, un latigazo, como de corriente eléctrica, recorrió todo el cuerpo de Juan, desde la punta del pie hasta el extremo de su coronilla. La voz de aquel policía retumbaba en su mente. Ahora sabía muy bien lo que tenía que hacer, aunque no imaginaba, por el momento, cómo lo llevaría a cabo. Tomó la decisión de armarse de valor, y, sin decir nada en casa, ni compartirlo con Clara, se fue a la comisaría. Allí nadie lo conocía, salvo Carlos y, si acaso, la agente que lo había atendido el otro día, si es que ésta lograba acordarse de la visita. Así las cosas, aprovechando su anonimato, nada más entrar buscó la puerta del vestuario, la cual se hallaba en la planta sótano. Bajó, con sigilo, simulando una aparente naturalidad que no tenía, y, sin que nadie se percatara del intruso, se coló donde aquéllos se cambiaban de ropa. Tal y como imaginó, a la vista había varios uniformes, perfectamente planchados y colocados en hileras, a lo largo de varias taquillas, todas

abiertas. Era normal, nadie esperaba que los ladrones llegaran a entrar ahí. En este caso no era un caco, aunque lo parecía. Juan entró con ánimo de suplantar la identidad de uno de ellos. Se vistió uno de esos trajes, y salió, rumbo a la sala de interrogatorios, aparentando una tranquilidad que le faltaba. En efecto, estaba hecho un manojito de nervios. Pero no podía echarse atrás; ahora que estaba tan cerca, no. Subió a la planta primera y llegó a su destino, deseando que Carlos no fuera el agente encargado de la inspección, pues, si era éste el que lo esperaba, lo reconocería. Cruzó los dedos y abrió la puerta. ¡Bingo! Allí estaba el ratero, esperando a ser cuestionado, sin ninguna otra vigilancia que un policía uniformado, completamente en firmes al frente de la entrada. Juan vio el cielo abierto. Era su oportunidad. Pasó y, como si él tuviera toda la autoridad del mundo, pidió a su falso compañero que lo dejara a solas con el reo.

—Puedes salir. Yo me encargo.

—¿Seguro?

—Seguro. Voy a hacerle unas preguntas y enseguida te llamo. Espera fuera.

Éste salió, y se cuadró a la puerta, como un celoso perro guardián. Juan aprovechó la ocasión. Miró a su presa, y la acometió.

—Hace dos semanas entrasteis en el número 8 de la calle Flamenco —dijo, aparentando marcialidad. El preso lo miró extrañado—. Sí, sí, no me mires así.

—Es que no sé qué decirle, no guardo recuerdo de los sitios a los que entro. ¿Quién cree que soy, un bibliotecario?

Juan no podía permitir que el delincuente ese lo bromeara de aquella manera.

—Lo recordarás bien, porque de allí os llevasteis muchas cosas. Un televisor, un ordenador...

El otro lo interrumpió.

—Vamos, como en todos los sitios a los que entro. ¿Qué tiene ése de especial?

El universitario, disfrazado de policía, perdía la paciencia.

—Allí había un reloj. —Y, acercándose al detenido, golpeando con fuerza la mesa que los separaba, apretando ambas palmas de las manos contra la misma, se intranquilizó, gritando—: ¿Qué habéis hecho con el despertador?

El otro no tenía idea de qué era lo que su inquisidor buscaba.

—Mira, ni recuerdo haber robado en la calle Flamenco, ni sé qué despertador buscas.

En ese momento se abrió la puerta. Era Carlos. Asombrado por lo que vio, algo enfadado e inquieto, preguntó al chico:

—¡Juan! ¿Qué haces tú aquí? ¡Y vestido de policía!

Éste no quería desaprovechar la ocasión de seguir con su interrogatorio, por más que hubiera sido descubierto. De modo que no hizo ademán de sentirse interpelado por la llamada de atención del verdadero detective, y siguió:

—¡Sabes muy bien de qué te hablo! Dime ahora mismo dónde tienes a Tigre.

El malhechor, acostumbrado a tratar con agentes de la ley, no se amilanó, muy al contrario, comenzó a reír abiertamente.

—¿Qué Tigre ni qué ocho cuartos? Mira, jovencito, no sé de qué me hablas.

Carlos intervino. Agarró a Juan por la espalda, y lo empujó hacia atrás.

—Vamos, Juan, sea lo que sea que estés haciendo, no me gusta nada tu actitud.

Juan sabía que era su última oportunidad. Un compañero de Carlos, aquél que montaba guardia en la entrada, pasó para llevarse al que creía había confundido con un oficial. Lo tomó del brazo y le ordenó:

—Salga conmigo.

Carlos lo ayudó, tirando de él por la cintura.

—Vamos, Juan, obedece.

Pero éste, viéndose arrastrado, aun así tuvo tiempo de gritar, mientras por la fuerza lo sacaban de la sala.

—¡Confiesa! ¿Dónde habéis puesto el despertador?

Nada que hacer. El detenido se mofaba de la escena porque, sinceramente, no recordaba haber entrado en la casa que le decían. Además, él también se dio cuenta entonces de que, el supuesto policía que lo interrogaba, no era tal, sino un pobre muchacho enfadado y molesto con la vida. La respuesta del verdadero detective le dio la clave. Éste acompañó a Juan a la salida, y lo apremió:

—¿De dónde has sacado ese disfraz?

Juan se revolvía. No había logrado arrancarle una confesión. Su propósito se había visto truncado por la llegada repentina de Carlos. En todo eso pensaba, sin prestar oídos a la demanda de su amigo. El cual, viendo que aquél no respondía, insistió.

—Te lo repito, ¿de dónde has sacado ese traje?

Juan regresó a la realidad. Miró al suelo, y al techo, resignado, y respondió:

—Entré en vuestro vestuario. Cogí uno prestado.

Carlos no podía creer cuánta desfachatez.

—¡Pero te has vuelto loco! ¿No sabes que podría detenerte por suplantación de identidad? Es un delito hacerse pasar por un agente del orden.

Juan lo sabía, y lamentaba profundamente la confusión.

—Lo único que quería era hablar con ese ladrón —dijo.

Pero, antes de que pudiera añadir nada, Carlos lo interrumpió.

—¡No puedes hacer eso! Ése es nuestro trabajo. ¡Debes confiar en la Policía!

Lo sabía, sabía que había cometido un error, y que estaba en un apuro. Pero tenía que intentarlo. No obstante, ante la firmeza del agente, Juan guardó silencio.

—Lo siento —masculló entre dientes.

—¿Qué dices? —le preguntó Carlos, que realmente no había escuchado lo que le decía.

—Que lo siento —pronunció, con algo más de seguridad.

El detective se apiadó del joven, lo llevó a un lugar apartado y le confesó:

—Por esta vez no te voy a denunciar. Pero ahora mismo te quitas el uniforme y lo devuelves a su percha, ¿entendido?

—Entendido —le agradeció Juan.

Carlos aún le echó una última mirada de reprobación, antes de volver a su trabajo.

—Te tengo que dejar. Voy a ver si consigo sacarle a ese ratero alguna confesión.

Levantó su dedo índice, y, antes de girarse y desaparecer, le advirtió:

—No quiero volver a verte por aquí.

Juan asintió. Esperó a que Carlos se alejara, y regresó al vestuario, donde se quitó la prenda de policía y la colgó en su sitio. Se puso su propia ropa, y abandonó la comisaría. Al salir echó un último vistazo a la entrada. Había perdido una ocasión de oro. ¿Realmente ese ladrón se había llevado a Tigre, o no? Si era el detenido que buscaba, o se hallaba en el error, eso sólo

lo podía descubrir la Policía. Ahora el destino de Juan estaba en sus manos, y el de su despertador. Había que confiar en el buen hacer de Carlos y de sus compañeros. No quedaba otra. Respiró profundamente y se alejó, rumbo a casa.

Era tarde, y el camino, largo. Distaba varias calles de su casa. Ésta se hallaba en la periferia, mientras que la delegación de la Policía estaba en el centro. Dinero para tomar un taxi no tenía. Y pudo coger un bus, dos trasbordos eran necesarios para llegar a su destino. Sin embargo, prefirió ir a pie.

«Será un paseo largo —pensaba de regreso—, pero así tendré tiempo para aclarar mis ideas».

Meditaba si había hecho bien suplantando a un policía. No había duda de que se había arriesgado, y quizá había traspasado todas las líneas. La salud de Tigre, en cambio, estaba en juego. Motivo suficiente como para saltarse todas las normas, si fuera necesario. Su reloj despertador merecía soportar todos los frentes, por él hubiera ido a todas las batallas. Si bien era prudente no ponerse a toda la comandancia en su contra. A toda la comandancia y al mundo entero. Su madre, sin ir más lejos, que era un pilar importante en su vida, tenía que estar de su lado, no podía permitirse el riesgo de enfadarse con ella. Ni que ella se enfadara con él. Lo cual sucedió sin que Juan pudiera preverlo. En efecto, cuando entró en aquellas oficinas y se hizo pasar por policía, no imaginaba que la noticia corriera

más que él. Ahora que llegaba a casa se daba cuenta de que así era, llenándose de lamentaciones por tan infausto error.

—Pero ¿tú te has vuelto loco? —le censuró Amelia, cuando éste entró por la puerta.

Juan quiso hacerse el despistado. Convenía que no supiera de qué le estaba hablando.

—Me han llamado de la comisaría —continuó con su diatriba—, ¡que te has hecho pasar por policía, me dicen! —Juan no decía nada—. Y no contento con eso, te encierras en una sala con un peligroso delincuente. ¿Se puede saber en qué estabas pensando?

—Lo siento —se atrevió a pronunciar.

—¡Ni lo siento ni nada! En menuda buena te has podido meter.

Su madre le recriminaba todo esto, visiblemente enfadada, con los brazos en jarra, como cuando de niño había hecho alguna travesura y corría a esconderse en su cuarto, huyendo de las voces de sus progenitores como de la peste. Ahora, en cambio, la travesura era mucho mayor. Juan lo sabía, y entendía que la reprimenda de su madre estaba más que justificada. No pensaba huir. Aguantó el chaparrón sin argumentar nada en contra. Podía haberle dicho que estaba preocupado por la falta de noticias. El reloj regalo de su padre tenía un gran valor sentimental. No podía permitirse perderlo para siempre. Pero todo eso ya lo sabía Amelia, y no era razón suficiente para hacer lo que había hecho. A ésta, en cambio, lo único que la preocupaba, no eran las cosas materiales, sino el bienestar de sus hijos. Se percató de que estaba siendo dura con uno de ellos, y, relajando la musculatura, se acercó a abrazarlo, al tiempo que lo tranquilizaba.

—Juan, hijo mío, si a ti te pasa algo yo me muero.

Juan se dejó abrazar.

—Tranquila, mamá, todo ha estado bajo control.

Amelia no tenía ganas de discutir por más tiempo. De haber sido más pequeño, lo hubiera encerrado en su habitación una semana. Pero Juan ya era mayor, no cabían ese tipo de castigos.

—No podía creer lo que me decían, y, preocupada, he llamado a Clara. Tenía la esperanza de que en realidad estuvieras con ella, y todo fuera una confusión de identidad, que hubiera sido otro el que se hubiera colado en aquellas dependencias. Pero Clara no sabía de ti. Y era cierto que estabas en comisaría. Ahora está viniendo para aquí.

—¿Quién, Clara?

—Sí, Clarita.

La noticia lo alegró. Clara era la única persona con la que podía sincerarse. Ella entendería perfectamente su inquietud. Pedro, el pobre, no sabía por qué motivo su madre estaba tan nerviosa. La vio ir y venir por toda la casa, del salón a la cocina y de la cocina a la sala, hablando sola.

—Este chico, este chico, me va a matar de un disgusto —decía. Clara llegó. Llamó a la puerta, y su novio le abrió.

—¿Se puede? —preguntó, dubitativa.

—Claro, claro, pasa.

Para entonces, Amelia ya se había calmado. Sus nervios los había sofocado con una tila, a la que añadió dos bolsitas y abundante agua.

—Menos mal que has venido, hija. A ver si tú le haces entrar en razón.

Clara sonrió a Amelia, a modo de disculpa, y tomó la mano de Juan, el cual, nada azorado, parecía el más tranquilo de todos.

—¿Estás bien?

—Sí —respondió él—. No ha sido nada, descuida.

—Tu madre se ha preocupado mucho.

—Lo sé. Pero ya te digo que sin motivo. No ha habido ningún riesgo en mis acciones.

Ambos sabían de lo que estaban hablando. Bastó una mirada de complicidad para zanjar el tema.

—Está bien, pero no vuelvas a hacer algo así. Si tenemos que hacer algo por Tigre, lo haremos juntos, entre los dos —le susurró, para que nadie, ni Amelia ni Pedro, lo oyeran—. ¿Me entiendes?

Éste asintió. No hizo falta nada más. Amelia ordenó a Pedro que recogiera los cachivaches de la Play, y se dispuso a preparar la mesa.

—¿Te quedas a cenar? —preguntó a su invitada.

—Por favor —parecía suplicar su enamorado.

—Si no es molestia —atendió ella.

—¿Cómo va a serlo? Si tú ya eres una más de esta familia.

La confesión gustó a Juan. Pedro también se alegró. Clara le quedaba mayor, pero era simpática con él, y siempre que podía jugaba con sus cosas. A lo único que no se atrevía era a echar una partida con la videoconsola, pero para todo lo demás estaba dispuesta. Le daba patadas a un balón cuando tocaba, y se escondía, o le mandaba esconder, si jugaban por el barrio. Era una chica muy agradable. Podría decirse que los dos hermanos le tenían cariño.

—¿Por qué no te quedas a dormir aquí? —se animó Amelia, como si tal cosa, mientras vestía la mesa y preparaba la comida.

La demanda sorprendió a todos. Era la primera vez que nadie le hacía esa propuesta. Nunca antes se había quedado a dormir en casa de su novio.

—No puedo, Amelia —se lamentó la joven—. Mañana tengo clases, y todos mis libros y cuadernos están en casa.

Se había quedado a pasar la noche muchas veces en casa de alguna amiga, pero en casa de su novio era otro cantar. Se moría de vergüenza. Si bien tenía más ilusión que pena. No obstante, debía declinar la oferta. Juan la miró, condescendiente, y la apoyó.

—Otro día, madre.

—Está bien —no insistió más—, como queráis.

Parecía que se le hubiera pasado todo el enfado por lo de la comisaría. Y es que la presencia de Clara tenía estas cosas. Ella apaciguaba la mayor de las tormentas con su sola presencia.

Cenaron y se despidieron.

—Mañana te acompaño a la Facultad.

—Perfecto. ¿Me recoges en la puerta de casa?

—Allí nos vemos.

—Allí nos vemos entonces.

Y se dieron un beso. Era la primera vez que se besaban delante de la madre de Juan, la cual los vio y se sintió dichosa. Su pequeño había crecido. Ahora era todo un hombrecito, pensaba ella al verlos tan acaramelados. Alzó la mano desde el fondo del pasillo y le dedicó unas sentidas palabras.

—Adiós, Clara. Ve con cuidado. Ya sabes que te queremos mucho.

Bajó los tres escalones de la entrada y se marchó.

La mañana siguiente, a una hora temprana, antes de que Juan se reencontrara con Clara, éste recibió una llamada. Era Carlos, el policía.

—Hola, Juan, soy Carlos.

Aquél pensó que le iba a reprender nuevamente. Pero no, la llamada respondía a otro motivo.

—¿Qué hay? Disculpa, ya sé que obré mal, no tienes que recordármelo.

—No te busco por eso. Por descontado que no lo hiciste bien. No obstante, ya pasó. Ahora lo importante es que recibas noticias de nuestras investigaciones, no vaya a ser que cometas otra locura por querer adelantarte.

Juan calló, esperando indicaciones.

—Verás —continuó el agente—, hemos interrogado a varios cacos, todos ellos miembros de la misma banda, entre los que se encuentra el detenido al cual viste tú en las dependencias policiales. —Volvió a emerger el silencio. Algo así como de ultratumba era la voz del detective—. No hay nada que hacer. Ellos no robaron en tu vivienda. Las personas que buscamos son otras.

La decepción se hizo patente en el rostro de Juan, aunque eso Carlos no lo vio. Lo que sí notó fue un cierto pesar, por el timbre y tono que salió de su garganta.

—Supongo que debo lamentarlo.

—Pues sí, creíamos estar cerca, pero no. Ya ves que todos nos equivocamos.

—No pasa nada. Sé que ustedes seguirán investigando.

—Así es, jovencito. —Carraspeó, antes de seguir—. ¿Le darás tú cumplida cuenta a tu madre? ¿O prefieres que la llame?

—No se preocupe, ya hablo yo con ella.

—Muy bien. Entonces, hasta otra.

—Adiós.

Terminaron de hablar cuando Juan llegaba, puntual, a su cita con su amada, la cual esperaba pacientemente en la puerta de su casa. Lo vio llegar y se adelantó. Justo cuando el otro se aproximaba a ella, pudo observar su gesto de preocupación.

—¿Qué te pasa, cariño? —le preguntó, antes de darle un beso. Éste le contó.

—Acabo de recibir una llamada, de la Policía.

Parecía apesadumbrado.

—¿Y? —inquirió su novia.

—Nada, que no tienen noticia de los ladrones. Detuvieron a una banda, y pensaban que eran ellos. Se equivocaron.

—Vaya.

Clara sabía que el momento por el que pasaba Juan era delicado. Motivo por el cual, aunque ella era una chica responsable y ordenada, le ofreció la posibilidad de saltarse las normas por un día.

—¿Qué tal si hoy no vamos a clase? —Juan la miró, con sonrisa burlona, como si aquélla le acabara de compartir un pe-

cado inconfesable—. Vamos, no me mires así. Nos sentamos en un parque y pensamos qué podemos hacer respecto a Tigre. ¿Qué te parece?

La idea no era descabellada. Juan tenía la mente puesta en la desaparición de su amigo. No podía asistir a clase como solía. Se despistaba con cada mínimo ruido, y la pasada de una mosca se convertía en un terrible sobresalto. ¿Qué hacer, cómo salir de ese bucle de pesimismo? Tenía que encontrar una salida.

—Está bien —apuntó—. Cerca de la Facultad de Arquitectura hay un jardín muy chulo, podíamos ir allí.

A Clara le pareció bien. En realidad cualquier sitio era bueno. La cuestión era charlar sobre el asunto. Se desviaron de su rumbo habitual, y dirigieron sus pasos hacia Arquitectura, adonde llegaron sin demasiada demora. Era una hora incipiente de la mañana, pero ya había muchos estudiantes instalados en las inmediaciones de los jardines. Buscaron un rincón apartado y, dejando las mochilas en el suelo, se sentaron sobre la hierba.

Tardaron un poco en abrir la conversación. Juan quería mimos, y Clara estaba dispuesta a dárselos. Se abrazaron por espacio de una hora, separándose tan solo para recordarse el uno al otro lo mucho que se querían. Tiempo después, transcurrido un intervalo de relax suficiente, Clara puso los pies en la tierra.

—¿Qué haremos?

—¿Qué haremos con qué? —se interesó él, algo confuso.

—¡Con qué va a ser! Con Tigre.

La penumbra volvió a aparecer en el rostro de Juan.

—No sé. Estoy en un callejón sin salida. Si al menos tuviéramos una pista. Pero la Policía no avanza. Y nosotros no somos quiénes para investigar por nuestra cuenta.

—¿Por qué no? —lo interrumpió la joven—. Quiero decir —continuó, ante la mirada inexpresiva de su novio—, que, si la Policía no da con los ladrones, tal vez podamos hacerlo nosotros.

Juan era mucho más impulsivo que su novia, como quedó claro el día anterior, cuando, haciéndose pasar por policía, decidió interrogar a un sospechoso. Pero la experiencia le había servido de aprendizaje. No podía ir por ahí haciendo como que fuera un tal Sherlock Holmes. Ni él lo era, ni Clara su inseparable Watson. Decididamente, ése era un camino que no debía recorrer. Además, ¿dónde buscarían? ¿Por dónde empezar una investigación tan desesperada? Clara tenía buena idea de por dónde seguir.

—Vamos a ver, Juan. Los ladrones se han llevado varios objetos de casa, ¡pero no los querrán para sí! Buscarán un comprador. Porque necesitan vender lo sustraído, si es que quieren obtener alguna recompensa.

Juan seguía sin entender.

—¿A dónde quieres llegar?

—Pues eso, que, si damos con un comprador de objetos robados, encontraremos, con algo de fortuna, a los asaltantes, y con ellos a Tigre.

—Eso si son ladrones del tres al cuarto. Pero ¿qué pasa si son profesionales y entraron en mi casa sabiendo que allí encontrarían al reloj parlante que buscaban? Si es así, no daremos con ellos tan fácilmente, pues no querrán deshacerse de su botín.

—Tenemos que arriesgarnos —lo tranquilizó ella—. ¿Aca-so tienes algún modo mejor en la cabeza de empezar nuestra búsqueda?

Claro que no lo tenía. La idea de Clara era la que más se acercaba a lo correcto. Podían iniciar una búsqueda y, si encontraban algo, comunicárselo a la Policía. Ellos tenían los medios y los recursos, económicos y materiales, para afrontar el caso. Su aportación tenía que ser testimonial. Si bien quizá no fuera tan incierta como él se imaginaba. ¿Qué pasaría si dieran con el comprador? Tal vez, sin mayor problema, encontrarían también a Tigre. Juan estaba dispuesto a pagar una fuerte suma de dinero por su despertador, lo que hiciera falta, a decir verdad. Se volvieron a abrazar para festejar la buena decisión que acababan de tomar, y abandonaron su mente y su cuerpo en el jardín. Tiempo había de volver a la dura realidad. Ahora se merecían un descanso. Juan besaba a Clara, y ésta besaba a Juan. Fundidos, confundidos, pasaron las horas. Cuando quisieron tomar conciencia del lapso tan largo transcurrido, ya era tiempo de comer. Decidieron que lo harían en la Facultad. En la de Ingeniería se comía mejor que en la de Derecho. Allí la cafetería ofrecía unos menús muy asequibles para el bolsillo menguado de los estudiantes. Cada uno llamó a su casa, y dio aviso de que no lo esperaran para comer. En el comedor de la universidad, dando cuenta de los platos, afinarían el plan que tenían que ejecutar en adelante.

¿El almuerzo? Delicioso. Media docena de corazones de alcachofa, dorados con virutas de jamón, y un bistec de ternera con patatas fritas, o ensalada, a elegir. Lo degustaron como si fuera el menú de un restaurante con tres estrellas Michelin, sin perder el tiempo, pues Juan tenía que regresar a casa antes de las quince treinta, hora en la que su madre regresaba a la oficina, y él debía quedarse con su hermano.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Clara, mientras se llevaba un trozo de alcachofa al paladar—. ¿Quién puede comprar a los ladrones?

La mercancía robada no circulaba abiertamente por el mercado. Juan pensó que, lo más probable, es que ésta fuera adquirida por otros rateros o maleantes, cuando no por algún drogadicto necesitado de artilugios tecnológicos baratos. Definitivamente, no podían infiltrarse en ese mundo. Era demasiado peligroso. Y, aunque Juan estaba dispuesto a asumir cualquier riesgo, no dejaría, por nada del mundo, que Clara se viera sometida al más mínimo indicio de peligro.

—Por ahí no podemos buscar —añadió Juan, que ya daba cuenta del segundo plato.

De beber pidieron un par de refrescos. El de Clara se acababa con mayor celeridad. Lo terminó y decidió levantarse a por otro.

—¿Quieres algo?

—No. Tengo suficiente —respondió el hijo de Amelia.

En lo que Clara fue a la barra y regresó, con el refrigerio de cola en las manos, Juan fue testigo de una conversación, en una mesa cercana, que le dio una pista del camino que debían seguir. En esa mesa, otros dos estudiantes, varones ambos, de los cursos superiores de Ingeniería, conversaban tranquilamente sobre un asunto. Éste versaba de la compra de un ordenador que uno de ellos había adquirido en una tienda de segunda mano.

—Mucho más económico. ¡Y está en perfecto estado! Te recomiendo este método de compra la próxima vez que vayas a hacerte con otro aparato.

¡Claro! Eso era. Si Juan quería preguntar en algún sitio seguro, era en los comercios de empeños y de segunda mano. Allí no había riesgo. Podían recorrer la ciudad, negocio tras negocio, buscando sus propios enseres, el ordenador, la tele, a Tigre... Si éste no se hallaba, pero al menos daban con el paradero de su ordenador, podrían tirar del hilo, averiguar quién lo había vendido al dependiente, y conseguir así una pista fiable que los condujera, al final del camino, al paradero de su despertador.

Cuando Clara regresó a la mesa, Juan tenía el rostro iluminado. Había dado con una solución.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Clarita—. ¿Por qué sonríes?

—Ya sé qué vamos a hacer —le confió—. Preguntaremos en las tiendas de empeño y segunda mano. Alguien tiene que

haber comprado nuestros aparatos. Y ése parece el lugar más seguro donde hacerlo.

La idea era brillante. Clara se felicitó por tan importante hallazgo. No habían conseguido nada aún, pero estaban en disposición de hacerlo. El solo hecho de ponerse en camino, la propia acción, ya les infundía esperanzas. Lo que no soportaban era mantenerse pasivos, esperando, sin poder hacer más nada, la llamada de la Policía.

—Mañana mismo empiezo —se entusiasmó.

—Empezamos —le corrigió su novia.

—De eso nada, Clarita, no puedo permitir que faltes a clases. Uno de los dos tiene que mantenerse cabal en sus obligaciones. Además —bromeó—, si me detiene la Policía necesitare un buen abogado que me defienda. Tienes que sacarte la carrera —sentenció burlonamente.

Ella, por supuesto, se negó. Quería formar parte del escuadrón de detectives que constituían ambos. No podía consentir que su novio se lanzara solo ante el peligro. No obstante, y tras la insistencia de aquél, ésta accedió.

—Está bien, yo acudiré a clase. ¡Pero si no encuentras nada, te ayudo a buscar! ¿De acuerdo?

—De acuerdo —convino Juan, que esperaba encontrar resultados más pronto que tarde.

Terminaron de comer, precipitadamente, por la urgencia que apremiaba al hermano de Pedro, y huyeron de la cafetería por la salida que ésta tenía al jardín. Era el camino más corto para llegar a la parada de bus. El cinco les dejaba en las puertas de la casa de Clara, y de ahí el nueve a casa de Juan. Cuando llegó al ocho de la calle Flamenco, Amelia esperaba inquieta.

—Pensé que no llegarías. Ya sabes que no me gusta dejar a tu hermano solo en casa. Más después de lo del robo.

—Tranquila, mamá, yo me hago cargo.

Entretanto, Pedro se entretenía leyendo su libro favorito, ajeno a la llegada de su consanguíneo. Amelia le daba las gracias, y se despedía.

—Portaos bien —les recomendó—. ¡Y nada de chuches!
—le advirtió al mayor.

Salió por la puerta y los dejó, tranquilos, al calor del hogar. Pedro leyendo en su habitación, y Juan meditando cómo actuar el día siguiente. Tenía que averiguar dónde estaban las tiendas de segunda mano de la ciudad. Y pensó que sería buena idea informarse previamente en las Páginas Amarillas. Allí, en esta guía de empresas y establecimientos varios, se hallaban las direcciones de todos los comercios de la ciudad. Sólo tenía que abrir por el apartado de negocios de segunda mano, y buscar en la sección. Haría una lista, empezando por las más cercanas a casa, y siguiendo por las que más distancia guardaban con la misma, hasta acabar con aquellas que estaban en los pueblos. Allí también debía mirar. Quizá, pensaba Juan, los ladrones se habían deshecho de su mercancía en alguna localidad de la provincia. No había que desterrar esta posibilidad. Buscó la guía en el cajón de debajo de la tele, una nueva que el seguro les había comprado, y, sentándose cómodamente en el sofá, la abrió por donde le interesaba.

—A ver... —Miraba en el índice, mientras leía en voz alta—. Restaurantes, Saunas, ¡aquí está! Segunda Mano y Ocasión, página cincuenta y dos.

Fue adonde el índice le indicaba, y, sacando una libreta de su mochila, comenzó a anotar. ¡Había más de veinte estable-

cimientos! Y eso sólo en el centro. La periferia estaba intercalada por otros tantos. Y en las poblaciones cercanas también había un buen número. Lo llevaría varios días ejecutar su cometido. Siempre y cuando la fortuna no estuviera de su lado. Porque, seguía pensando en voz alta, si encontraba a Tigre a las primeras de cambio, ¡qué inmensa alegría se llevaría! Tanto se emocionó al pensarlo, que no se percató de que estaba hablando solo, provocando un estruendo que llegó a oídos de su hermano, el cual descendió a la planta baja, alarmado por el eco despertado por Juan.

—¿Ocurre algo? —le preguntó.

—Nada, pequeñajo. Sigue con la lectura.

—Tú tramas algo —le confió sus sospechas.

—Anda y métete en tus asuntos, enano —le censuró.

Pedro dejó a su hermano dando brincos de alegría por el salón, como si fuera un vulgar saltimbanqui, y regresó a su habitación. Mientras Juan caía en la cuenta de lo inútil que había sido elaborar una lista en su cuaderno. ¿Acaso no le hubiera bastado con llevar las propias Páginas Amarillas en su mochila?

—No —se convenció a sí mismo—, en esta guía no aparecen ordenadas por la distancia a casa.

Estaba satisfecho, por tanto, con el resultado de sus recién iniciadas investigaciones. Ahora sí sentía que estaba haciendo algo útil por su amigo. Si todo iba bien, a no mucho tardar, lo tendría de vuelta a casa. Ya lo veía de nuevo sobre el cabecero de su cama.

—Te encontraré —musitó en voz baja—, aunque sea lo último que haga.

La tarde la pasó agitado, nervioso por empezar cuanto antes la tarea que él mismo a sí mismo se había encomendado. Clara llamó por teléfono. No podía ir a verlo, tenía mucho que estudiar, pero quería saber cómo estaba. A todo lo cual, Juan respondió que inquieto, a la par que entusiasmado. Tenía un plan. Nada podía salir mal. Respuesta por la que la propia Clara se mostró ilusionada.

—Qué bien. Mañana empieza todo.

Efectivamente, cualquier momento es bueno para empezar una encomienda. Lo peor es dejarse llevar por la frustración. Pero, cuando uno encuentra un motivo para seguir viviendo, éste late en sí con la misma fuerza que el corazón, suministrando alegría igual que el otro sangre, ambas dos necesarias para el transcurso de la existencia.

—Cuando sepa algo, te lo comunico —la tranquilizó.

Colgaron, tras despedirse, citándose para el día siguiente. Pudiera ser que la tarea de visitar establecimientos lo llevara todo el día, o, para mejor decirlo, toda la mañana. Por la tarde debía hacerse cargo de su hermano Pedro. Motivo por el que Juan, adelantándose a los problemas, le pidió el favor a Clara de encargarse del menor.

—¿Harías de canguro?

—Por supuesto. Cuenta con ello.

—Perfecto. Gracias.

Buena nueva que le confesó Juan a su madre al atardecer, cuando ésta llegó a casa, directa de la oficina en la que trabajaba.

—Mañana tengo mucho que hacer, mamá. Por la mañana debo ir a la Facultad, y por la tarde he quedado con unos compañeros para hacer un trabajo, por lo que comeré allí. Le he pedido —dijo, viendo el estado de sorpresa en que se hallaba su madre— a Clara que venga a quedarse con Pedrito, si a ti no te importa.

A Amelia nada le gustaba más que tener a Clara cerca. Le parecía una buena chica, y la quería para novia de su hijo. De modo que la noticia cayó en buena tierra y dio fruto.

—Está bien. Esa Clarita es un cielo. Prométeme que la cuidarás, y que siempre le mostrarás respeto.

—Por supuesto, madre, eso seguro.

Pedro también se puso muy contento. La novedad en su vida era con frecuencia una fuente de alegría. En esta ocasión, por descontado. Clara era muy querida en casa de Juan. Tanto Amelia como Pedro la adoraban. Juan no tenía por qué dudarlo. A todos caía en gracia, y por todos era apreciada. Así se lo dijo éste cuando confirmó la cita, a la noche, por teléfono.

—Definitivamente, mañana te quedas con mi hermano. Él está encantado, y, mi madre, tengo la impresión de que te quiere más que a mí.

Clara rio abiertamente. Su carcajada llamó la atención de sus padres.

—¿Pasa algo? —le preguntaron.

—Nada, nada, papá, cosas más. —Y siguió.

Juan le propuso que se trajera tarea para estar ocupada. Pedro, en realidad, daba poco que hacer. Se enfrascaba en su lectura, o jugaba a la Play durante horas, de modo que su cuidador o cuidadora podía estudiar, preparar merienda o sentarse al sol en la terraza.

—Me llevaré algún libro. Ahora estamos con el Derecho Penal y me está costando.

¿Derecho Penal? Eso sonaba superaburrido.

—Más vale que te traigas una novela. ¿Has leído *La Gran Carrera*, de Héctor Aón? Yo la tengo. Y es entretenida. Te la puedo dejar.

—No, gracias. Prefiero estudiar.

—Está bien.

Los dos callaron, un instante apenas, el suficiente para recordarse en silencio que se amaban.

—Te quiero —dijo Juan al fin.

—Yo también —añadió ella.

Y se apremiaron para irse a la cama.

—Mañana será un día duro.

—Sí. Anda, vete a dormir.

Colgaron y regresaron a sus realidades, Clara con sus padres, y Juan con su madre y su hermano, el cual, siendo tarde ya, se hallaba en trance de irse a la cama. Amelia lo estaba arropando, mientras le daba un beso en la frente y le confesaba lo mucho que lo quería. Apagó la luz y lo dejó a oscuras.

—Buenas noches, cariño.

—Buenas noches, mamá.

En la puerta del cuarto estaba Juan.

—Ya he hablado con Clara. Todo solucionado. Mañana, al salir de la Facultad, vendrá a quedarse con Pedro.

—Muy bien —dijo su madre, al tiempo que le acariciaba el rostro—. Pero qué mayor te has hecho —continuó, provocando la exasperación de Juan, que, debido a la edad en la que se encontraba, no toleraba los mimos maternos, sí los de su novia.

—¡Mamá! —protestó.

—Ya, hijo, ya. Pero es que te veo y me sorprendo tanto...

Éste, para contentarla, la abrazó, la besó en la cara, y se despidió.

—Hasta mañana.

—Sí, hasta mañana.

Eran las diez y media de la noche. Cada cual se encerraba en su cuarto. Clara lo estaría en el suyo. Tigre penaba entre desconocidos.

—¿Qué será de ti? —se interrogaba Juan sobre su cama.

Al fondo de la misma, en su cabecera, descansaba el sitio desierto donde tantas veces había sonado el despertador. Ahora no lo hacía. Juan suplía esta cuestión con la alarma de la radio. No era lo mismo, pero le daba servicio. La programó para que sonase a las siete, y cerró los ojos. Sus párpados pesaban como si fueran de hierro, por tanto sueño acumulado que arrastraba el chico, debido a las preocupaciones que éste tenía por su amigo. Tenía el presentimiento de que todo iba a cambiar a partir de ahora, y eso le daba calma, calma y reposo. Ésa sería la primera noche en dos semanas en la que dormiría a pierna suelta. La jornada que se avecinaba parecía interesante. Habrá que ver si no se tuerce.

Se levantó cuando aún las primeras luces del alba no habían aparecido, electrizado por la idea de comenzar la búsqueda de su amigo. Iría una por una recorriendo todas las tiendas de segunda mano. No habría de desfallecer, y sí tener paciencia. Se duchó, se vistió, hizo la cama con cierta urgencia, sin prestar mucha atención a los pliegues de las sábanas que quedaban sin extender, y bajó a desayunar. Normalmente hubiera preparado él el café y las tostadas, así como los cereales de su hermano, pero esta mañana era especial. No quería demorarse. Por lo que salió disparado.

A su madre, que lo notaba nervioso, le dijo que tenía un examen, y que no podía llegar tarde. Amelia tendría que acercar a Pedro al colegio, qué contrariedad. No obstante, se alegraba de ver a su hijo mayor algo distraído, ocupado en sus quehaceres, pues llevaba varios días, desde el robo en la casa, que no levantaba cabeza. Hoy, en cambio, se le veía jovial y despierto, seguro que después de haber pasado, por vez primera, una buena noche.

Salió de casa con la mochila, simulando que iría a la Facultad. Su destino, en cambio, era otro distinto: «Casa de empeño

Rockefeller», rezaba en el anuncio, avenida Juan XXIII. Hacia allí lo llevaron sus pasos. A la puerta del establecimiento, estaba nervioso, como una mujer ante la inminencia de su primer parto.

—Venga, Juan —se animó—, entras y preguntas, así de sencillo.

Abrió la puerta y pasó bajo el dintel, del cual colgaba una campanilla que hizo sonar con su llegada. Inmediatamente apareció un dependiente, mayor, arrugado, bien vestido, por el contrario, que lo saludó con amplia sonrisa y voz picarona.

—¿Y bien? Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle?

Juan no sabía cómo empezar. No podía decirle, sin más, que sí, últimamente, había comprado algún objeto robado. Con eso hubiera conseguido que se cerrara en banda. Además de que ese pobre hombre se limitaba a comprar objetos de los cuales la gente quería deshacerse, tanto daba si eran robados o no, en realidad él no preguntaba, sino que se limitaba a sacar buen precio por todo, y listo.

—Estoy buscando un ordenador, portátil, Toshiba a poder ser, ¿tiene alguno?

Le pareció inapropiado preguntar por un despertador. ¿Qué chico joven iba a ir buscando uno de esos trastos antiguos? Era más acertado descubrir si su viejo Toshiba estaba entre los artículos de la tienda. Si era así, podría tirar del hilo que esa pista le proporcionaba.

—Toshiba no tengo ninguno. Pero guardo un Asus en muy buen estado, ¿quieres verlo?

—No, gracias, sólo me interesan los de la marca japonesa.

El dependiente manifestó desilusión. Un ordenador suponía una muy buena venta. No podía desprenderse de ese cliente, así, tan sencillamente.

—¿Y un ordenador de escritorio?

Juan negó con la cabeza, un instante antes de insistir.

—Y, dígame, ¿no habrá dispuesto de algún Toshiba en las últimas semanas?

El comerciante, generoso con su tiempo, le pidió un segundo.

—Deja que vea en los archivos. Recordarlo no lo recuerdo, pero por aquí pasan muchos artilugios, no puedo tener todos en la mente.

Se apartó a un ordenador que tenía justo al lado de la máquina registradora, y tecleó. Al cabo de un rato, después de mirar varias pantallas, leyendo, ora en voz alta, ora en silencio, los nombres de los artículos mostrados, dijo:

—Nada, jovencito, Toshiba no ha pasado por aquí ninguno. ¿Quieres que te lo reserve si llega alguno?

Juan estuvo a punto de negar con evasivas, pero de pronto pensó que tal vez su ordenador, junto con todas las demás cosas sustraídas, llegaran en los próximos días. Sería bueno entonces contar con una ventaja, la que le otorgaba el usurero al ofrecerle una reserva.

—Pues sí —respondió al fin—. Si llega un Toshiba, por favor, llámeme a este número: 619541086. Gracias.

El anciano tomó nota.

—¿Y pregunto por?

—Juan, mi nombre es Juan.

—Estupendo, Juan, pues así hacemos, si recibo un portátil que te cuadre, te llamo.

—Muchas gracias —volvió a decir.

Y sin mayor dilación, se despidió de aquel señor.

—No ha habido suerte —se dijo, ya en la calle—. Habrá que seguir probando fortuna.

La segunda tienda interesante estaba a tres calles de donde se encontraba. No precisaba coger el bus. Iría caminando. Recorrió el trayecto sin demasiada prisa, no quería llegar con la respiración entrecortada, y se presentó ante la puerta. «Artículos de Ocasión», decía el cartel sobre la misma. Abrió de nuevo, y pasó al interior. Allí, una señora se estaba interesando por un viejo molinillo de café que el dependiente tenía.

—Pero ¿funciona? —le decía, algo dubitativa.

—Perfectamente, señora —respondía el mozo, con la seguridad propia de una raposa justo antes de asaltar un gallinero.

—¿Y cuánto cuesta?

—Déjeme ver... —Miró en su ordenador—. Diez euros con cincuenta. —Y en actitud zalamera, certificó su conquista—: Está regalado.

—Muy bien —añadió la mujer—. Me lo llevo.

Sacó un monedero de una bolsa de rafia que colgaba de su hombro derecho, y buscó en su interior con qué pagar lo acordado. Al instante encontró un billete, y algunas monedas. Extendió todo, y el otro lo cobró como es debido.

—No se arrepentirá. —Quería asegurar la venta.

—Bueno, bueno, habrá que ver cuánto me dura.

—Uy, señora, toda la vida, ya verá.

La insistencia del joven provocó un espasmo de risa en la dama, la cual agitó la cabeza a un lado y a otro, simulando una disconformidad que en realidad no sentía. Después de todo lo cual, tomó su molinillo y se marchó.

—¿Quiere una bolsa?

—No hace falta, traigo la mía.

Pasó junto a Juan, y, cortésmente, se despidió también de él.

—Hasta luego.

—Hasta luego —respondió el hijo de Amelia.

—¡Adiós! —gritó tras el mostrador el dependiente—. ¡Vuelva cuando quiera!

Por fin se habían quedado a solas. Ahora era el momento de seguir con sus pesquisas.

—Buenos días —repitió, muy cordial—, vengo buscando un ordenador, si lo tuvieran.

—¿Un ordenador? —preguntó el otro—. ¿Y cómo lo quieres?

—Pues busco un portátil, Toshiba específicamente. ¿Tienen alguno?

—Deja que pregunte.

En la parte de atrás había un almacén, separado de la tienda por una cortina de tela. Éste llegó hasta la misma, la corrió hacia un lado, y gritó:

—¡Padre! ¿Puede salir un momento?

Al poco se oyeron unos pasos. El que era hijo se mantuvo junto a la cortina hasta que el padre llegó.

—¿Sí?

—Aquí tenemos un joven que pregunta por un ordenador.

—Toshiba tiene que ser —le advirtió Juan desde la distancia.

—Eso, un Toshiba —le certificó el zagal—. ¿Tenemos alguno? El padre se manifestó aliviado.

—Pues sí, precisamente ayer nos llegó uno.

Juan no sabía dónde meterse. De pronto todo su cuerpo se erizó. ¿Sería ése su portátil? Contuvo la respiración y esperó a que se lo mostrasen. Para lo que tuvo que pasar menos de un minuto. El padre del dependiente se retiró a la trastienda y regresó con un aparato en las manos.

—¿Te sirve éste?

Qué decepción. No era el suyo. Ni siquiera se trataba del mismo modelo. Juan se rascó la barbilla, simulando estar pensándoselo, y al fin confirmó.

—Me temo que éste no me sirve. Yo busco un modelo más moderno.

—¿Más moderno que éste? —se extrañaba el comerciante, pues apenas era de una temporada anterior.

—Sí, un último modelo.

—En ese caso —le aconsejó—, buscas en los lugares equivocados. En estas tiendas abundan los aparatos antiguos. Si quieres uno nuevo deberías ir a los Grandes Almacenes, allí lo encontrarás sin ningún problema.

—Ya —se excusó el novio de Clara—, pero es que no tengo mucho dinero, y estoy probando fortuna por si encuentro una ganga.

—Ya veo. —Se retiró el dependiente, desencantado—. Pues esto es lo que hay.

—Será en otra ocasión.

—En otra ocasión será.

—Gracias de todas formas.

—No hay de qué.

Y se despidieron, con más cordialidad Juan que el tendero, molesto éste por no haber facturado la venta.

Ya en la calle, se aseguró de seguir bien el rumbo. La siguiente distaba como unos diez minutos andando hacia el centro.

—«Empeños Martínez», allá voy.

El señor Martínez era un pobre anciano que regentaba su propio negocio de cosas viejas y de segunda mano. De vez en cuando llegaba algún interesado en cambiar una joya por dinero, pero él rara vez aceptaba tal mercancía. Por eso fue extraño que Juan descubriera un buen montón de aparatos electrónicos junto al mostrador. Sin embargo, no se fijó en ellos. Simplemente, pasó y esperó, pues nadie aparecía para atenderlo. Sólo después de una espera prolongada, de por lo menos cinco minutos, alzó la voz para llamar a quienquiera que hubiera en el interior de la trastienda. Nadie respondió. De modo que pensó en marcharse, y volver a una hora más apropiada. Claro que eso suponía que tenía que desviarse del rumbo que se había fijado en la mañana, y la noche anterior, cuando elaboró aquella lista con establecimientos a los que visitar, perfectamente ordenada para aprovechar el camino. No, pensó, mejor esperar. Volvió a gritar, esta vez con mayor insistencia, obteniendo el mismo resultado.

—¿Hola? ¡Buenos días! ¿Hay alguien ahí?

Nada. No consiguió ningún mensaje de vuelta.

Con cierto pudor, pues no sabía lo que encontraría del otro lado, si tal vez habría una persona trabajando en qué sabe Dios

qué cosas, se asomó al almacén, para descubrir, con horror, ¡que un hombre yacía en el suelo bañado en un charco de sangre! Rápidamente se acercó al cadáver. Tenía un puñal de por lo menos veinte centímetros de hoja insertado en el pecho. Seguramente le había perforado el corazón. Aun así, Juan quiso hacer algo por salvarle la vida. Imposible. No había nada que hacer. No obstante, se arrodilló, le sacó el cuchillo del cuerpo, y presionó con ambas manos el tórax del interfecto.

—Vamos, buen hombre, ¡respire! —le decía, en un intento inútil por reanimarlo.

Tan concentrado estaba, que no se percató de que otro cliente hacía acto de presencia. Éste debía tener cierta confianza con el tendero, porque, de una, se presentó en el almacén, como si de hecho lo estuviera buscando. Y lo encontró, de la guisa que antes mencionamos, a saber, tumbado bajo el peso de Juan, que mostraba sus manos ensangrentadas al visitante.

—¡Oh, no! —se alarmó—. ¿Lo has matado? —Y tras comprobar que no se movía—. ¡Lo has matado!

Juan se dio cuenta de que lo estaban confundiendo con el asesino. Pero no reaccionó. Aún tenía esperanzas de devolverlo a la vida, y se afanaba, con todas sus energías, en presionar el pecho de la víctima.

El otro, en cambio, rápidamente salió del almacén y llamó a la Policía.

—Vengan, por favor, es urgente, ¡un joven ha matado a mi amigo!

La Policía se presentó allí inmediatamente. Al principio llegaron dos coches de patrulla, con cuatro agentes locales, que detuvieron a Juan, convencidos de que éste había sido el ejecutor del homicidio. Sus manos estaban llenas de sangre, sus

huellas dactilares, esto lo descubrirían más tarde, estaban en la empuñadura del machete con el cual habían asesinado al señor Martínez, y su estado de nervios le hacía parecer un joven desesperado.

—¡Se están equivocando! —suplicaba—. ¡Yo no he matado a nadie!

—Ya, ya —se mofaban de él, si es que no fuera porque el asunto revestía profunda gravedad—. Eso lo determinará un juez. De momento te vienes con nosotros a comisaría.

En ese momento llegó Carlos, el detective encargado del caso del robo en su vivienda. Por lo visto, también fue él el oficial más cercano al lugar de los hechos, porque le dieron aviso por radio, y rápidamente se presentó. No podía dar crédito. ¡Allí estaba Juan! Ese joven se andaba metiendo en todos los problemas.

—¡Pero Juan! ¿Qué has hecho? —le interrogó.

Éste vio un hilo de esperanza al reconocer a Carlos entre los miembros del cuerpo.

—¡Carlos! ¡Carlos! Menos mal que has venido. ¡Tienes que creerme! Yo no he hecho nada. Cuando vine, este hombre ya estaba muerto.

En ese instante, Juan ya lucía sendas esposas, que mantenían sus manos amarradas a la espalda.

—¿Y se puede saber qué hacías tú aquí, en el lugar del crimen?

—Vine buscando mis cosas. Ya sabes, estoy desesperado por encontrarlas, y pensé que sería buena idea preguntar en este tipo de establecimientos.

El lamento de Juan era sincero. Pero todas las pruebas estaban en su contra. Carlos lo reprendió.

—¿Sigues jugando a detectives? Ya te he dicho que ese trabajo es cosa nuestra.

—¡Pero tienes que creerme! Tan solo venía a informarme...

Un agente lo interrumpió, tirando de sus brazos hacia atrás.

—¡Calla ya, muchacho! Y habla sólo cuando te pregunten.

El joven se sentía preso de la confusión, más que de la Policía. Quería advertir a todos de su inocencia, pero éstos no querían escucharlo. Ni siquiera Carlos estaba seguro de que Juan dijera la verdad. Quizá había venido buscando algo, cierto, pero, tal vez, al no encontrarlo, había discutido con el dueño, se habían peleado y, en la disputa, le había clavado ese puñal.

—No puedo creerte, Juan. De momento vendrás con nosotros a comisaría. Allí te interrogaremos como es debido, mientras que buscaremos en este almacén pruebas que te incriminen. O que te absuelvan —rectificó.

Nada que hacer. Su culpabilidad parecía manifiesta.

—Llévenselo —ordenó a los dos guardias que lo custodiaban, los cuales tiraron de él con fuerza, hiriéndolo en las muñecas.

—¡No! ¡Están en un grave error! —gritaba, mientras lo llevaban a la salida.

Pero justo en ese trance, ocurrió algo que lo cambió todo. No su detención y posterior traslado a dependencias, sino en el ánimo del muchacho. Éste, arrastrado por la fuerza de aquéllos, se resistía a caminar, cuando pasó por junto al mostrador. Allí se amontonaban los aparatos. Radios viejas, tostadoras de segunda mano, y algún que otro ordenador. Encima de los cuales, sobresaliendo por sobre el resto, Juan reconoció ¡su viejo portátil Toshiba! La visión de aquel objeto lo transformó de inmediato. De pronto ya no era un detenido, sino un investigador afortunado.

—¡Eh, deténganse! Se lo ruego, ¡paren! ¡He visto algo!
¡Tengo que hablar con Carlos!

Sus captores no hacían caso.

—Ya hablarás con él en comisaría.

—No, ¡pero es importante!

No le volvieron a responder. Antes de que tuviera ocasión de añadir más nada, los agentes ya lo habían sacado de la tienda, y lo introducían, poniendo una mano sobre su cabeza, en el coche policial.

—¡Adentro! —le espetó el que lo ejecutaba.

Lo llevaron a la comandancia, donde le comunicaron su arresto, junto con una retahíla de normas y derechos que tenía y que, a su vez, debía cumplir.

—Pero ¿no puedo hacer una llamada? ¡Sé que tengo derecho a una! Lo he visto en infinidad de películas.

—Por supuesto. Ahora mismo podrás hacerla. Escoge bien a quién llamas porque sólo tendrás una oportunidad.

Juan pensó en llamar a Clara. Sin embargo, ésta estaría en la universidad. No podría atenderlo. Su madre, por el contrario, estaba en el trabajo. Quizá tampoco le respondería. Así que decidió llamar a su padre. Descolgó el teléfono, y marcó. Después de una tensa espera de apenas dos segundos, tras cuatro largos tonos de llamada, alguien contestó al otro lado.

—¿Sí?

—¡Papá! —Se alegró de escuchar una voz amiga.

—¿Hijo? —Se extrañó Emilio—. ¿Desde dónde me llamas? Mi teléfono no reconoce este número.

Juan no sabía cómo empezar.

—Estoy detenido.

—¿Qué? ¡Cómo! Explicate, Juan, ¿qué quieres decir con eso de que estás detenido?

—Pues eso, que me tienen en el calabozo. La Policía me acusa de asesinato. ¡Pero están equivocados! —se apresuró a justificar.

Emilio se detuvo en seco. Había oído asesinato, y eso era motivo suficiente para que se le helara la sangre.

—¿Cómo que asesinato?

—Sí, padre, asesinato. Me han visto junto a un cadáver y piensan que yo lo he hecho.

Emilio estaba mudo. Juan también calló, esperando una reacción cómplice de su padre, que no daba ni tomaba. Viendo que aquél guardaba silencio, el chico continuó.

—Todo se aclarará, es cuestión de tiempo. Pero ahora necesito que vengas a sacarme de aquí. Iba a llamar a mamá, pero me temo que no contestará al teléfono. Nunca lo hace cuando está en el trabajo.

Emilio por fin reaccionó.

—Está bien, dime dónde estás exactamente y voy para allá.

El trayecto de una ciudad a otra era largo. Tardaría al menos tres o cuatro horas en llegar. Tiempo suficiente para que Amelia finalizara su jornada de trabajo. A ésta, Emilio la llamó repetidas veces, mientras se desplazaba de su localidad a la de su familia. Pero Amelia, que reconocía en su celular el número de su exmarido, no teniendo gana de atenderlo, pensando que se trataría de alguna chiquillada. No le contestó. Así las cosas, Emilio se presentó en comisaría.

—Vengo a ver a mi hijo —exigió sin presentarse siquiera—. Está detenido.

El policía que lo recibió, en funciones administrativas, lo miró de reojo, sin prestarle mucha atención, lo cual enfadó sobremanera al padre de Juan, y le preguntó:

—¿Cómo se llama su hijo?

—Juan González Garcés.

Miró en su ordenador.

—¡Ah, sí! El del homicidio. Ahora mismo no puede verlo. Está incomunicado.

¿Cómo que incomunicado? ¡Si su hijo era inocente! Estaba convencido de ello. Pero la Policía no lo tenía tan claro.

—Mire —le reconvinó el agente—, puede hablar con ese oficial —dijo, señalando a Carlos—, está al cargo de la investigación.

Emilio se giró como el rayo, llamando la atención del policía.

—Buenos días.

—Buenos días —respondió amablemente el aspirante a comisario.

—He venido a ver a mi hijo, pero no me dejan verlo. Se trata de Juan González Garcés.

Carlos rápidamente se hizo cargo del nerviosismo del padre.

—Sí, de momento no puede verlo. Pasará dos o tres días en el calabozo. Después, si un juez lo determina, quedará en libertad con cargos o internará en un reclusorio.

¿Había oído bien? ¿Una cárcel? ¡Qué tipo de disparate era ése!

—¿A prisión? Debe de haber un error. ¡Mi hijo no ha hecho nada!

Carlos se miró las manos un segundo, para después volver la mirada a los ojos de su interlocutor. Apenado por el trans-

curso de los acontecimientos, a él también le dolía que Juan fuera culpable, le confió.

—Las pruebas no dicen eso. Mis compañeros lo encontraron en el lugar del crimen, con las manos ensangrentadas y el cuchillo homicida a sus pies. Ahora mismo lo están analizando, veremos si sus huellas dactilares están en la empuñadura. De ser así, Juan está en un verdadero problema.

Emilio se derrumbó. Quería suplicar a su oficial. Tenía los ojos llamativamente rojos, a punto de llorar.

—¿Y no puedo verlo?

—Ya le digo que está incomunicado. Tendrá que esperar a mañana, como pronto.

No había nada que hacer. La espera de su hijo sería dura y pesada. ¡Dos días encerrado en ese infecto lugar! Rodeado de rateros y maleantes. No, tenía que hacer algo. Su Juan no lo aguantaría. Llamó a su exmujer, y ahora sí le respondió.

—¿Qué quieres? Estoy ocupada.

Parecía enfadada. Y es que a Amelia no le gustaba nada hablar con Emilio. Lo hacía sólo cuando era obligado. En contadas ocasiones. Su humor en cambio cambiaría al instante, disponiéndose a escuchar a su exmarido con inusitada atención.

—Nuestro hijo está en problemas —soltó sin previo aviso, sofocando el llanto y la desesperación.

Amelia no añadió nada. Estaba tan sorprendida por la confesión como molesta por la llamada.

—¿Nuestro hijo? ¿Qué quieres decir? Explícate.

Emilio continuó con el relato de los hechos.

—Juan está en comisaría, detenido. Lo acusan de asesinato y no nos dejan verlo.

A Amelia casi se le cae el teléfono al suelo. ¡Asesinato había dicho! ¡Pero si Juan había salido esa mañana hacia la universidad, como el resto de días! ¿Qué había pasado? No daba crédito.

—¿Asesinato? ¿Qué estás diciendo?

Emilio se hizo el fuerte.

—Lo que oyes. Esta mañana ha habido un crimen en una tienda de empeños, y Juan estaba allí. Por lo visto creen que él ha sido el ejecutor del homicidio.

—¿En una tienda de empeños? Imposible. ¡Si él estaba estudiando!

—Por lo visto no es así —la heló su antiguo esposo—. No sé qué es lo que hacía nuestro hijo en el lugar del crimen, pero allí estaba.

Amelia por fin entró en razón. Comprendió la urgencia de los acontecimientos, y se citó con Emilio.

—Ahora mismo voy.

Llamó a Clara, para ver si ésta podía hacerse cargo del pequeño Pedro, y, tras la confirmación y el disgusto de su futura nuera, que tampoco entendía lo que pasaba, se marchó a comisaría. Clara recogería a Pedro del colegio, y lo llevaría a casa.

—Hay comida en la nevera —le advirtió Amelia—. No tienes que hacer nada, sólo esperar.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Ahora no puedo hablar, Clarita. En cuanto sepa algo más te vuelvo a llamar.

La intranquilidad y el miedo hicieron presa de la joven. Ella sabía que Juan no iría a clase esa mañana, que se disponía a investigar el paradero de Tigre. Pero de ahí a verlo acusado de asesinato había un trecho. Temblando como una niña muerta de frío, avisó en casa y recogió a Pedrito del colegio. El cual, ajeno a la tragedia, nadie le quiso anunciar nada por el momento, viendo que era Clara quien lo llevaba, suponiendo eso toda una novedad, se alegró de que así fuera.

—¿Vamos a pasar la tarde juntos?

—Sí, Pedrito, la pasaremos en casa.

El muchacho se ensombreció al ver que su madre no estaba en la misma. Pero la alegría por la compañía de Clara era mayor que ningún otro infortunio. De modo que pronto se olvidó del resto de circunstancias.

Entretanto, Clara no hacía otra cosa que mirar el celular. Esperaba llamada de Amelia como agua de mayo. Para entonces, ésta ya había llegado a las dependencias policiales, encontrándose allí con Emilio, su ex.

—¿Qué tal está nuestro hijo? ¿Dónde se encuentra? Quiero verlo.

—Ahora no podemos. Lo tienen incomunicado. Mañana, o pasado, quizá dentro de tres días, con suerte, lo dejarán en libertad.

—¿Tres días? ¡Pero eso es muchísimo! Nuestro hijo no puede permanecer ahí encerrado, debe de haber alguna equivocación.

—Ya he hablado con el detective que lleva el caso. Está todo claro. De momento hay que esperar.

Sus padres se mantenían desesperados, mientras que Juan no lo estaba menos. Aguardaba noticias de sus padres. Pero éstas no llegaban, sin saber muy bien por qué.

—Lo mejor que pueden hacer —les advirtió Carlos— es buscar un abogado.

Para éstos y otros asuntos, la empresa en la que trabajaba Amelia tenía contratado a un despacho de juristas. Eran buenos, o por lo menos cobraban como si lo fueran. Amelia llamó a su jefe y le pidió el favor.

—Descuide, Amelia —le respondió—, ahora mismo le mando un encargado.

Luis era el abogado citado. En lo que éste recibió noticia y se presentó en comisaría, Carlos decidió bajar a hablar con el muchacho.

—En buen lío te has metido —le confió.

Juan ya estaba más tranquilo. Se sabía presa de un error, y estaba seguro de que, tarde o temprano, éste se subsanaría. Lo que ahora lo preocupaba era saber qué hacía su ordenador en aquella tienda de mala muerte. Preocupado por el destino de Tigre, que no por el suyo, le advirtió al policía.

—¿Sabes? Mi Toshiba estaba entre las cosas de aquel hombre. Alguien se lo ha tenido que vender.

Carlos miró a su amigo, apesadumbrado.

—Ahora no debes preocuparte por tu ordenador. Tienes cosas mejores en las que pensar. Por ejemplo, en cómo saldrás de aquí.

—¡Pero tienes que investigarlo! —se alarmaba, sin prestar oídos al consejo de Carlos.

—Escucha bien, jovencito, entre un robo y un asesinato, lo que prima es esto segundo. No hay duda de que averiguaremos qué hacía tu portátil en la tienda, pero antes debemos esclarecer el crimen. ¿Qué hacías tú allí?

—Ya se lo he dicho. Quería informarme sobre el paradero de mis cosas.

La explicación no le parecía suficiente. Había habido un homicidio, algo muy grave, y todo eso no casaba muy bien con la idea de una simple petición de información.

—Vamos, no me mientas, ¿discutiste con el tendero?

—No. Ya le dije que, cuando yo llegué, él ya estaba muerto.

—Bueno, bueno, eso lo determinará la investigación. Pero, hasta en tanto en cuanto ésta no se resuelva, me temo que tienes que permanecer aquí.

En ésas llegó el abogado.

—Buenos días —saludó a ambos progenitores.

A Amelia la conocía, del trabajo. A Emilio era la primera vez que lo veía.

—No se preocupen, haré todo lo que esté en mi mano.

Amelia aún lloraba. Emilio se mantenía más entero.

—Ahora voy a hablar con Juan. Cuando lo haga vuelvo aquí y les informo.

Los dos asintieron, sin ánimo de entretenerlo más de lo escrupulosamente necesario. Ahora lo importante era que Luis atendiera a su hijo.

—¿Puedo ver al detenido? —le pidió a Carlos.

—Por supuesto. Sígame.

Lo llevó al sótano, donde estaban las dependencias habilitadas para los presos menores. Allí aguardaba Juan, encarcelado junto a otras seis o siete personas. Un policía lo sacó de allí, y lo llevó a una sala contigua, donde esperaba el abogado de la familia.

—Hola, Juan —lo recibió.

Juan no conocía a ese señor. Esperaba ver a su padre, a su madre, o a ambos, y la visita de aquel extraño lo intranquilizó.

—Tus padres no pueden verte, por ahora. Yo soy el abogado de tu madre. Llevaré tu caso.

La respuesta le devolvió algo de sangre al cuerpo.

—Bueno, ¿y qué podemos hacer? —se interesó, a modo de respuesta.

—De momento nada. Los agentes tienen tres días para llevarte ante el juez, entretanto se determina la investigación. Si la conclusión de la misma es positiva, pronto estarás en casa.

—Lo será —lo interrumpió.

—Ya —continuó el legalista—, pero mi trabajo consiste en ponerme en lo peor. Debo saber qué ha pasado para así defenderte con más criterio.

—No ha pasado nada —le confesó, algo cansado de tener que dar siempre la misma respuesta—. Cuando llegué a aquella tienda, aquel hombre ya estaba muerto.

—Lo entiendo —dijo Luis—. Pero debo saber más detalles. ¿Por qué fuiste a ese negocio? ¿Qué hacías ahí? Se supone que debías estar en la universidad.

Juan dudó si contarle que estaba preocupado por el paradero de Tigre. Finalmente desistió. ¿Qué le iba a decir? ¿Que tenía un despertador parlante al que lo habían llevado nadie sabe a dónde? No podía confesarle eso. De modo que optó por la explicación clásica.

—Fui en busca de mi ordenador.

—Cómo en busca de tu ordenador.

—Sí. Hace dos semanas entraron a robar en nuestra casa. Se llevaron varias cosas, entre ellas mi viejo Toshiba, en el que tenía todas mis cosas de la Facultad. Como pasaban los días, en vista de que la Policía no tenía ningún avance, me decidí a investigar. Por eso fui esta mañana a ver en distintos establecimientos de segunda mano, en lugar de acudir a clases, como era mi obligación, para ver si encontraba alguna pista acerca de su paradero.

—Está bien —apuntó el abogado—, ésa puede ser una buena motivación. Pero dime, ¿alguien más sabía de tus intenciones? ¿O puedes atestiguar si te vieron entrar en la tienda?

—Mi novia sabía que hoy me iba a dedicar a esta tarea. En cuanto a si alguien me vio entrar en la tienda, me temo que estaba solo. No encontré ningún cliente a la vista, salvo el

que me delató al poco de ocurrir lo ya conocido. —Luis tomaba nota de todo, en una grabadora que puso sobre la mesa—. ¿Cuándo podré salir de aquí?

—Ya te digo —respondió el otro—, si hay suerte y las investigaciones nos son favorables, en dos o tres días. Pero debes armarte de paciencia. Tendrán que hacerle la autopsia al cadáver.

—¡Qué autopsia ni qué ocho cuartos! ¿Acaso no está clara la causa de la muerte? Fue apuñalado, pero no por mí.

—Eso es lo que determinará la investigación. Ahora no debemos precipitarnos. Tú pórtate bien ahí dentro, y deja todo lo demás de mi cuenta.

Por lo visto, su estancia en el calabozo era obligada. Debía afrontar aquello con entereza. Seguro que se vería forzado a convivir con delincuentes. No podía hacer nada por evitarlo. Pensó en su madre, y en Clara. Ambas estarían preocupadas. Tenía que ser fuerte, por ellas, y por su padre. Se lo debía a todos. Él se había metido en ese laberinto, y solo tenía que salir de él. Se despidió de Luis, al que pidió un último favor, para después marchar de nuevo a presidio.

—Dícales a mis padres que estoy bien. Y, por favor, transmítale también esta información a mi novia. Ella estará confundida.

—Descuida, así lo haré.

Asumiendo su situación, se instaló en un rincón de la celda. Otros muchos presos le rondaban.

—¿Qué hace un chico tan joven como tú en este sitio? —le pedían explicaciones.

—Me acusan de asesinato.

—¡Caray! —se sorprendieron—. ¿Has matado a alguien? ¡Qué huevos tienes!

Juan no sabía qué hacer, si confesarles la verdad, o hacerse pasar por asesino. Tal vez esto segundo convenía, pues lo respetarían más si lo consideraban un igual. No obstante, su alma cándida no le permitía mentir.

—Yo no he matado a nadie. Están en un error. Y pronto se aclarará todo.

—¡Ya! —se burlaban de él sus compañeros—. Aquí todos somos inocentes. —Y reían.

—Yo sí soy culpable —se atrevió a afirmar uno malencarado—, he pegado a mi mujer y no me arrepiento de ello —se ufano el malnacido.

Pero Juan no hizo caso. Ése no era su ambiente. Pensaba pronto salir de allí, de modo que no iba a intimar con ninguno.

Además, la mayoría eran mayores que él, mucho más. Los había entrados en la cuarentena, y aun por encima. Uno incluso parecía rondar los setenta. Se trataba de un ladrón de guante blanco. Había atracado siete sucursales bancarias antes de ser detenido, todas ellas sin sacar un triste cuchillo ni llevar una pistola. Se acercaba al despacho del director, le mostraba un billete de quinientos, y decía:

—Tengo muchos como éste, necesito un banco que me los guarde.

El director, entonces, presa de la emoción, se avenía a mostrarle las dependencias de la entidad. Momento que el otro aprovechaba para acercarse a la caja fuerte y, amarrando en su interior al ejecutivo, llevarse cuanto le venía en gana.

—¡Qué emoción! —se decía, en medio del aplauso del resto de reclusos—. Lástima que me hayan pillado.

Pues sí, era una lástima. A sus setenta años probablemente pasaría el resto de su vida entre rejas, alejado de la luz del día. Lo que le hizo pensar a Juan que tal vez ése era el destino de Tigre. ¿Dónde estaría? ¿Encerrado en una fría caja de cartón, como embalado para recién estrenar? Quién sabe. Lo importante es que ahora Juan tenía una pista. En la tienda del hombre asesinado había visto su Toshiba. No sabía, por el momento, qué podía significar todo ello, pero era un hilo del que tirar cuando saliera de prisión. Porque saldría, de ello estaba convencido. No lo podían acusar de nada. Su inocencia quedaría probada.

En eso insistía ante el resto de cacos, maltratadores y maleantes, tanto que uno de ellos terminó por interesarse por su caso. Éste le contó lo que había pasado, cómo había llegado a ese comercio de segunda mano en busca de unas pertenencias sustraídas en su casa, semanas antes, y cómo se había encon-

trado al dueño en el suelo, malherido, o ya muerto, con un puñal en el centro del tórax.

No sabía por qué motivo estaba teniendo tantas confianzas con ese reo. Lo cierto fue que dicha confianza se convirtió en fortuna. Porque resulta que el mencionado ratero había sido detenido por quitar unas carteras en el centro, era del barrio, y sabía cómo podía ayudar a su interlocutor.

—Yo sé cómo puedes salir de ésta.

—¿De la cárcel te refieres?

—De todo el embrollo en el que andas metido.

—Del calabozo saldré, sin ayuda, no me cabe ninguna duda —se atrevió a presumir de inocencia Juan.

—No sólo eso. Si alguien ha vendido esos cacharros a ese tendero, Jony te puede decir quién fue. Y si me apuras también sabrá quién lo mató. La Policía debe saberlo.

Pero Juan ya no escuchaba. Su mente se había quedado en la primera propuesta. Si alguien ha vendido esos trastos, Jony lo sabrá, había dicho. Y esa frase ahora resonaba en lo más profundo de su angustiada cabeza.

—¿Jony? —preguntó.

—Sí, Jonathan García. Pero todos le decimos Jony. Es un drogadicto del barrio, y está enterado de todo cuanto pasa en los submundos de éste. Si alguien pasa costo, quiénes roban carteras, los que se dedican a timar por Internet, nada se le escapa al bueno de Jony.

—¿Y cómo puedo encontrarlo?

—Bueno —continuó el otro, que no confiaba del todo en la buena suerte de Juan—, primero tienes que salir de aquí.

—Ya, pero, una vez que salga, ¿cómo lo encuentro?

—Suele parar por la Plaza Mayor, cuando está sereno. Para pincharse va al descampado. En uno de estos dos sitios lo pue-

des encontrar. Pero no te saldrá barato —le advirtió, antes de alejarse hacia otra esquina de la celda, cansado ya de esa conversación.

—¿Qué quieres decir? —le interpeló por última vez.

—Que te pedirá sus buenas monedas. No se anda con chiquitas ese rufián.

Y, justificándolo, sentenció, para despedirse por completo de aquel incauto muchacho:

—De alguna manera tiene que costearse la droga.

Se alejó, dejándolo solo, y pensativo. ¿Qué hacer? ¿Debía contárselo a la Policía? Carlos parecía de fiar. Pero ahora él era un sospechoso de asesinato. Ningún agente movería un solo dedo por él. Además, si Jony era tan conversador como parecía, quizá ya era un informante de los agentes del orden. De ser así, ellos darían con la verdad antes que él, si es que, como decimos, tenían voluntad de hacerlo. Lo cual era mucho decir. No ponía la mano en el fuego por la Policía, pues ésta se conformaría con detener a los culpables del robo, y tal vez del asesinato, pero no le garantizaría que recuperaran su preciado reloj. No, decididamente no le diría nada a Carlos, ni a ningún otro dentro de esa comisaría. Cuando saliera de allí ya buscaría a ese tal Jony, y le preguntaría por los ladrones que habían comerciado con sus cosas. Eso y regresar a «Empeños Martínez» eran sus dos cometidos. Quién sabe si su búsqueda no estaba próxima al final, y Tigre se hallaba entre los objetos comprados por aquel comerciante sin escrúpulos. Se armó de valor y pensó.

—Me haré pasar por drogadicto si es preciso. —Estaba dispuesto a meterse en el centro de los bajos fondos, todo por encontrar a su amigo—. Dos días pasan pronto —se dijo—. La justicia no puede retenerme aquí eternamente.

La noche fue más dura de lo previsto. En el catre de la celda no se podía uno estirar como es debido. Además, hacía frío, debido a la humedad que se colaba por una de las ventanas del sitio. Todo lo cual hizo que Juan apenas durmiera. No como el resto de presos, todos acostumbrados a pasar noches en el calabozo, lo que se notaba en su naturalidad para caer rendidos y dormir a pierna suelta.

Clara, en casa, se moría por verlo.

—No aceptan visitas —le informó Amelia—. Hasta que el juez no dicte sentencia no hay nada que hacer.

—Pero saldrá, ¿no es verdad?

—En eso confiamos todos.

Emilio había pedido licencia en su trabajo para quedarse los tres días preceptivos que les había indicado el oficial.

—Tres días puede estar detenido —les había dicho.

Y los tres días se cumplieron a rajatabla. El caso era muy grave como para dejarlo en libertad sin pruebas. Y el muchacho era muy joven como para encerrarlo definitivamente sin ellas. Motivo por el cual el juez esperó hasta tener las cartas sobre la mesa. Efectivamente, las huellas del muchacho es-

taban en la empuñadura del cuchillo. Pero eso podía deberse a que él lo había sacado del pecho de la víctima intentando devolverle a la vida. Cosa que parecía verificarse con la autopsia del cadáver, según la cual, el crimen se ejecutó la noche antes. Quizá el asesino estuvo allí antes del cierre, y se marchó sin causar ruido. Cuando Juan llegó a la tienda, el hombre llevaba más de doce o catorce horas fallecido. ¿Y por qué saben que Juan era inocente y no lo había matado él la noche anterior? Pues porque Amelia y Pedro confirmaron su coartada. Juan se hallaba con ellos en casa cuando sucedió todo. De hecho, Amelia lo vio salir a la mañana, dando pábulo a la versión de Juan, que había ido temprano a otras tiendas, y que, llegado a «Empeños Martínez», se había encontrado todo el pastel. Así las cosas, Carlos bajó a darle la noticia.

—Parece que eres inocente.

—Ya se lo dije —se mostró molesto.

Tres días en el calabozo hacen callo en el alma de cualquiera. Juan, sin ir más lejos, había madurado veinte años de golpe. De pronto parecía un anciano decepcionado con la vida. Ánimo que recuperó al instante que vio a Clara, la cual lo esperaba en la salida, con Amelia, y el propio Emilio.

—El juez te deja libre. No hay cargos contra ti.

Juan recibió la noticia con alivio, pero sin aspasientos. Hasta el momento Carlos le había parecido un hombre de recio carácter, en el que confiar a pesar de todo. Pero tras su detención se le había agriado la confianza. Ya no simpatizaba con el cuerpo, ni con el detective encargado de su caso ni con ningún otro. Salió de la celda, pasando junto a su libertador, Luis el abogado estaba con ellos, y se dirigió a la entrada. Amelia lo

abrazó primero. Después Clara. Y por fin su padre. Pedro se había quedado en casa de una vecina.

—Muchas gracias —le dijo Emilio al abogado—. No sé qué hubiéramos hecho sin usted.

—No hay de qué —se justificó el letrado—. El caso estaba claro. Cualquiera en mi lugar hubiera conseguido su liberación.

—No obstante, se lo agradezco —insistió aquél.

Amelia también le reconoció el esfuerzo. Mientras que Clara no prestaba atención a nada que no fuera abrazar a su novio.

—¡Qué miedo he pasado! —le confesó, interrogándole en voz baja—. ¿Qué pasó? Tienes que contármelo todo.

Juan le tapó la boca con un beso, y la abrazó.

—Luego te cuento —fue su lacónica proposición.

El abogado se ofreció para seguir en contacto, por si acaso el asunto daba un giro inesperado, y Amelia le aceptó la tarjeta de visita. Tras de lo cual se separaron. Luis regresó a su despacho, y la familia se reunió en la calle Flamenco, en el número 8, donde Amelia vivía con sus dos hijos. Emilio no era un intruso, ni mucho menos, pero se sentía incómodo. Llevaba mucho tiempo sin tener un acercamiento tan importante con su exesposa, y no sabía cómo actuar. Si bien, lo cierto era que se alegraba de estar de nuevo con sus hijos. Desde que se había mudado a otra ciudad no los veía demasiado, era la verdad. Aunque los quería, su vida transcurría por otros derroteros. Se había echado novia, vivía con ella, y a ésta no le gustaban los pequeños. Ahora, sin ir más lejos, pensaba en ella, y deseaba volver a su lado. Amén de que no podía ausentarse más por motivos de trabajo. Vio que su hijo estaba en buen estado, y creyó el momento oportuno de ausentarse.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Bien —respondió éste—. Todo lo bien que se puede estar después de haber pasado tres días encerrado con presidiarios.

—Entiendo. —E hizo una pausa—. Escucha —dijo al fin de un prolongado e incómodo silencio—, yo ahora me tengo que ir, pero te llamaré esta noche. Y mañana. Hablaremos todos los días. No quiero que pienses que me olvidé de ti. Estamos muy lejos el uno del otro, pero te tengo presente, a ti y a tu hermano.

—Lo sé, papá, lo sé.

Se abrazaron durante un confortable y apasionante minuto, y después se separaron. Amelia le dio las gracias. Ciertamente que no había hecho otra cosa sino actuar como padre, pero hacía tanto tiempo que eso no ocurría, que la publicista no las tenía todas consigo. Su rápida reacción, sin embargo, era prueba evidente de que aún los quería. Se estrecharon la mano, y lo mismo hizo con la de Clara, y se fue. Juan lo vio salir de casa, y pensó en cuándo sería la próxima vez que lo vería. Ya no se encontraban en los cumpleaños, ni las celebraciones familiares eran motivo de visita.

—Vendrá cuando nos casemos —bromeó en voz baja Clarita, que sabía exactamente lo que estaba pensando su novio.

Comentario este que dibujó una sonrisa en el rostro de Juan.

—Sí, cuando nos casemos —añadió antes de pasarle un brazo por encima.

Amelia los miraba complacida. Había pasado un mal trago con la detención de su hijo. Y pensaba coserlo a preguntas, que cómo es que no había ido a clases, que qué diablos pintaba él en aquel establecimiento, o cómo era que se había topado con el cadáver. Pero no era éste momento de interrogatorios. Juan se abrazaba a Clara y Clara se abrazaba a Juan. Los dos parecían felices, a pesar de las tribulaciones, y eso era lo importante. Sólo faltaba Pedro para que la postal estuviera completa.

—Voy a por tu hermano —le apuntó—, lleva toda la mañana en casa de una vecina y pensará que nos hemos olvidado de él. —Ambos sonrieron, al tiempo que se separaban mínimamente—. No hagáis nada en mi ausencia —bromeó.

Y salió.

La casa de la vecina era contigua a la suya. No tardaría mucho en ir y volver, por tanto. Acaso cinco minutos. Tiempo para grandes confidencias no había, pues. Pero Juan vio la ocasión para asegurarle a su novia:

—Sé dónde buscar a Tigre.

La sorpresa de aquélla fue mayúscula, por muchos motivos. Primero de todo, porque no se esperaba que el otro le hiciera ahora esta confesión. ¿Cómo había descubierto él dónde seguir la pista de su despertador? Y segundo porque, después del trance que había pasado, no creía que fuera oportuno que Juan pensara en otra cosa.

—Ahora no es momento de hablar de esto —le censuró.

—¿Por qué no? —se alarmó Juan—. ¿No te habrás olvidado de nuestro amigo?

—No, claro que no —lo corrigió—. Pero acabas de salir de prisión. Date un respiro.

—No hay respiros que darse. Mi ordenador estaba en esa tienda. Quizá también esté Tigre empacado en alguna absurda caja, como un vulgar reloj del tres al cuarto.

Clara vio en la mirada de su novio la determinación obsesiva de un enfermo.

—Tienes que descansar.

—Ya habrá tiempo. Mañana sin falta me presento allí.

No tuvieron ocasión de realizarse ninguna confesión más. En el momento que Juan terminaba la frase, Amelia y Pedro regresaban de la calle.

—¡Juan! —Lo abrazó su hermano.

No le habían dicho nada al pequeño, para no preocuparlo, pero no se le escapaba a éste que su hermano mayor había estado tres noches fuera. ¿Dónde? No lo sabía. Y a decir verdad tampoco le importaba. Lo trascendente ahora es que se hallaba de vuelta. Hoy volverían a cenar en familia, como siempre, lo cual era un motivo reencontrado de alegría. Cuántas cosas pasaban por alto día tras día sin darle la importancia que merecían. Por ejemplo, comer rodeado de los tuyos. Ahora lo veían como un lujo.

—Clara se queda a comer —dijo Amelia, contenta con ella como con una hija, sin admitir un no por respuesta.

—Encantada —respondió—, pero tengo que avisar en casa.

—Muy bien —continuó con su disertación la dueña de su amistad—, pues llama. Yo voy poniendo la mesa.

Los padres de ésta se mostraron preocupados, no en vano el novio de su hija había pasado por prisión. Pero entendieron, quizá precisamente por este motivo, que Clara quisiera quedarse a almorzar con su familia.

—Está bien —le respondieron al teléfono—. Te esperamos a la tarde. No te demores.

—Descuida, papá, en cuanto coma regreso.

—Te quiero, hija —se escuchó a través del auricular, y sonó preocupado.

—Te quiero, papá.

Juan recibió el permiso de los padres de ella como el de la liberación de su cautiverio. Pasaron la tarde juntos, y la acompañó a casa, donde fue aclamado con alivio. Los padres de ella también habían estado pendientes del chico. La preocupación

de su hija era fundada, y la de ellos motivada por la de su hija. ¿Qué diablos lo había llevado a ese desdichado muchacho a verse envuelto en semejante berenjenal? Le preguntaron pero él no dio demasiadas explicaciones.

—Fue todo un accidente. Pude haberme ido de allí sin hacer nada, pero no podía dejar a aquel hombre sin auxilio, envuelto en un charco de sangre.

Los padres de Clara lo creían un valiente.

—Hiciste lo correcto, Dios sabe que sí.

Siempre habían aprobado la relación de su hija con ese joven. Sin embargo, ahora que había manifestado su nobleza, lo querían más si cabe. Si Amelia veía a Clara como a una hija, ellos tenían a Juan por un vástago de sus entrañas.

—¿Tienes cómo volver a casa? —le preguntó, a modo de cortesía.

—Regresaré en el bus. Son sólo dos trasbordos.

—Muy bien, jovencito, pues hasta mañana.

—Vuelve cuando quieras —lo animó su madre—. Ésta es tu casa.

Clara salió a despedirlo. A la puerta, en el porche, se dieron el último beso.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? —le preguntó antes de verlo marchar.

—Sí, estoy seguro. Mañana iré a ver si Tigre está en esa dichosa tienda.

—Te acompaño. Después de lo que ha pasado, no pienso dejar que afrontes solo este peligro.

—Puede ser arriesgado.

—Lo sé, por eso iré contigo.

Juan no las tenía todas consigo. Una cosa era encaminarse a solas hacia un precipicio, y otra muy distinta arrastrar a su querida Clara consigo. Protestó. En vano. La decisión de aquélla era firme. No iba a dejar a Juan en ese tren que sólo Dios sabía a dónde conducía. Mañana, pues, sería un día importante para ambos.

El día siguiente era sábado. No había que ir a la universidad, ni tenían que fingir estúpidas excusas para salir a pasear. Amelia se levantó con ganas de importunarlo. Quería saber cómo era posible que su hijo se viera inmerso en tan grave acertijo. Pero Juan no tenía cuerpo para preguntas indiscretas. Había quedado con Clara y, si se demoraba, llegaría tarde a su cita.

—Ahora no, mamá. He quedado con Clara.

—¿Y a dónde iréis?

—A dar una vuelta —le mintió.

O por lo menos no le dijo la verdad. Pensaba acudir nuevamente a la tienda en la que había sido detenido, y, de haberlo confesado, su madre lo habría impedido.

—¿Es que no has tenido suficiente? —le habría dicho.

No, no podía mantener informada a su madre hasta ese punto. Era mejor desviar la atención, asegurarse de que ésta permanecía en un pequeño plano de la inconsciencia.

—Para comer estaré de vuelta —la tranquilizó.

Salió de casa y fue hacia la de Clara. Cuando llegó, ésta ya esperaba en la puerta.

—Estoy nerviosa —le confesó.

—Y yo también —le respondió Juan—. Ya sabes que no tienes por qué venir —añadió, para restarle responsabilidad a la intención de su novia.

—Lo sé, pero, si Tigre está en esa tienda, también yo quiero descubrirlo.

Se apoyaron el uno en el otro, sobre todo emocionalmente, y partieron hacia su destino. El rumbo de la mañana era un misterio. Ni siquiera sabían si estaría abierta la dichosa tienda. El dueño estaba muerto, pero tal vez tenía un hijo, o un empleado, que ocupaba su lugar en el establecimiento. Llegaron a la calle y avanzaron por la misma. A media altura estaba el cartel de «Empeños Martínez», bajo el cual se encontraba la puerta. Ésta estaba abierta, pero una cinta de la Policía advertía de que estaba prohibido el paso. Tenían que haberlo imaginado. Era el lugar de un crimen, las investigaciones seguirían abiertas. Y en efecto así era. Varios agentes del orden estaban merodeando el comercio. Dos estaban en la entrada, otro vigilaba desde el interior, y al menos cuatro estaban tomando huellas y sacando fotos de todo cuanto había dentro. No podían entrar. Ni siquiera era prudente acercarse a preguntar. El juez lo acababa de dejar en libertad, pero, para muchos miembros del cuerpo, él era aún un sospechoso.

—¿Qué hacemos? —preguntó Clara.

Juan meditó un segundo su respuesta. Sin saber aquella muy bien por qué lo hacía, éste sacó la cartera y miró en su interior. Tenía veinte euros.

—¿Tienes dinero? —quiso averiguar el otro.

—Sí, hoy mismo mi padre me ha dado cincuenta euros. Los llevo encima.

—Perfecto —sentenció—. Vamos.

—Pero ¿a dónde vamos?

—Sé de un sitio donde nos pueden dar respuesta.

Su opinión parecía encriptada, y muy misteriosa. ¿En qué desconocido lugar les iban a hablar de Tigre? Pronto lo descubrió. De camino a la Plaza Mayor, Juan le comentó:

—Hay un hombre, tal y como me aseguraron en el calabozo, que conoce todos los movimientos del mercado negro.

Y ahora sí se giró hacia ella y le suplicó:

—Pero me tienes que dejar a mí solo acercarme a él.

—¿Por qué? —se interesó la joven.

—Puede ser peligroso. Se trata de un drogadicto. No sé cómo reaccionará.

—Si es peligroso para mí, también lo es para ti. Ni pienses que te voy a dejar ahora. Estamos juntos en esto.

La terquedad de su novia era reconfortante. Sabía que ella iría hasta el final, así tuvieran que atravesar un camino de brasas encendidas. Y eso le daba confianza, a la par que lo ponía nervioso. Estaba en juego el destino de su despertador, lo que lo impulsaba a hacer caso a su cerebro, no a su corazón. Éste le pedía que diera marcha atrás, que regresara en otro momento, sin Clara. Aquél lo advertía de que no había mejor momento. Mañana sería domingo, Clara acudiría a misa, pero no le perdonaría haberla engañado de aquella manera. Y a partir del lunes comenzaban las clases. A su madre ya le había dado muchos disgustos. No podía abandonar la universidad una vez más. Tenía que ser ahora.

—Está bien, vamos los dos.

Al acceder al recinto de la plaza, echaron un vistazo a los transeúntes. Ninguno de ellos parecía ser un drogadicto. Estuvieron dando una vuelta por las inmediaciones, entrando y

saliendo de los bares, por ver si lo encontraban. Nada, no había rastro. Incluso preguntaron a varias personas si conocían a Jonathan García. Nadie le dio respuesta.

—Estará en el descampado —se alarmó Juan, que sabía allí habría más riesgo si cabe que en la ciudad.

Caminaron por espacio de veinte minutos, hasta que llegaron al final del camino. El descampado era un solar, donde se abandonaban los drogadictos y los borrachos, en busca de una compañía que no los sometiera a juicio. Había varios medios bidones, donde los mendigos hacían fuego. Y un coche abandonado, en cuyo interior se pinchaban la heroína. Juan se dijo que no había sido buena idea llevar a Clara hasta aquel lodazal de incertidumbre. Pero ya no había vuelta atrás. Ésta se mantenía más firme y decidida si cabe que su novio.

—Vamos —lo animó—. Preguntemos.

Se acercaron a un primer grupo. Uno de ellos los miró con cierta sospecha. Tenía un ojo bizco, y le faltaban por lo menos tres piezas dentales en la mandíbula superior.

—Hola, estamos buscando a Jony, ¿sabes dónde podemos encontrarlo?

—¿Quién le busca?

Juan tragó saliva. No quería parecer un jovencito asustado. Tenía que aparentar autoridad.

—Me dijeron que aquí podía encontrarlo. Nuestros asuntos son cosa nuestra.

El otro sonrió malhumorado.

—Tranquilo, tranquilo, que no quiero meterme en tus cosas. —Y, señalando a uno que andaba calentándose junto a una hoguera, dijo—: Es ése de ahí.

Ni Clara ni Juan se dignaron a dar las gracias. Hubiera sido de débiles hacerlo. Allí las cosas eran bien distintas de las que se dan en un ambiente de cierta urbanidad. Ni se pedía permiso, ni se excusaba uno. Se acercaron al drogadicto por la espalda, llamando su atención cuando apenas estaban a medio metro.

—¿Jony?

Éste se giró.

—¿Sí?

—Te estaba buscando.

Sin mayores preámbulos, Juan le contó de su paso por comisaría, y de cómo allí le habían hablado de él. Necesitaba información sobre un asunto, y estaba convencido de que él era la persona indicada para dársela.

—Te han dicho bien —le certificó el vagabundo—. Pero la información te va a costar cincuenta euros.

—Los tenemos —dijo el muchacho, sabedor de que las cosas se iban a dar por esos derroteros.

Le pidió a Clara su cartera, y ésta sacó el billete. Se lo dio a Juan, y éste lo extendió a su socio.

—Ten, los cincuenta.

Jony los cogió, con cierta avidez. Desconfiado, rápidamente los guardó en un bolsillo de su pantalón.

—¿Qué queréis saber?

—Hace días —empezó Juan con su relato—, alguien vendió a «Empeños Martínez» una mercancía robada. Había un televisor, un viejo portátil Toshiba, y un despertador. ¿Sabes quién hizo esa entrega? ¿Están todos estos aparatos aún en la tienda?

Claro que lo sabía. De hecho, su respuesta fue aún más sorprendente de lo que esperaban, pues les dio cuenta del robo, ¡y del asesinato!

—La mercancía la entregó un grupo de rateros, colombianos creo que eran. Pero no sabían de la misa la mitad. Querían deshacerse de todo rápidamente. Pensaban que la Policía les pisaba los talones, y no querían ser cogidos con la mercancía en su poder. Así que malvendieron lo que tenían. Cuál no fue su sorpresa cuando, para sobresalto de todos, el reloj despertador habló.

Juan se revolvió en su propio cuerpo. A Clara se le erizó la piel. Pero ambos se mantuvieron callados. Sabían que no podían interrumpir el relato de aquél, pues hubiera sospechado que tenían más interés del que demostraban en saber cosas acerca de ese reloj, y, cuando menos, les hubiera sacado otros cincuenta, dinero que no tenían.

—Continúa —le pidió Juan de manera inexpresiva.

—Ese trasto les censuró a todos lo que estaban haciendo. «¡Sois unos delincuentes!», les dijo. Dejando al tendero y a los ladrones con un palmo de narices. «¿Qué has dicho?», le preguntó el comerciante. «Que no está bien lo que estáis haciendo», respondió el despertador. Entonces los ladrones cayeron en la cuenta de que ese trasto del demonio valía mucho más de lo que habían pedido por él, y quisieron retractarse. Demasiado tarde. El tendero no quiso devolverles lo entregado. Se frotaba las manos pensando en cuánto sacaría por ese cacharro. A buen seguro le pagarían una fortuna.

Llegados a ese punto, estornudó. Tenía la nariz roja, por el frío, y la voz tomada por el catarro. Aun así se le entendía perfectamente. Respiró hondo y siguió con la narración.

—Total, que los ladrones tuvieron que irse por donde habían venido, sin atreverse a meterle mano a aquel anciano. El cual se las prometía muy felices con su recién encontrado in-

vento. Pero claro, aquellos rateros eran unos cobardes, no tontos, y buscaron quién le metiera un buen susto que lo hiciera recapacitar. Contactaron con Dimitri, un exmilitar de la Europa del Este que se gana el sueldo como matón y mercenario. «Ese viejo cascarrabias nos ha timado, le contaron, tiene en su posesión un reloj que es nuestro». «¿Y qué tiene de especial ese reloj?», les interrogó. Los otros dudaron si contarle la verdad. Al final lo hicieron. «Es un despertador parlante». «¿Cómo que parlante?», quiso saber Dimitri. «Sí, que habla y entiende, ¡y tiene alma!», le advirtieron. Los ojos de éste se iluminaron de pura codicia. Si aquéllos decían la verdad, esa era la ocasión para hacerse millonario. Se presentó la otra noche, antes de que el anciano cerrara el negocio, y lo obligó a confesarle dónde guardaba aquel prodigio de la tecnología. A lo que el tendero, con un par, se negó. No imaginaba cuál iba a ser su negra suerte. El ruso sacó un cuchillo y se lo asestó en medio del pecho, dejándolo muerto en el acto. Después buscó el cacharro entre el resto de aparatos, y se lo llevó.

Jony miraba a la pareja, satisfecho, seguro de haber cumplido con su palabra. Los otros lo miraban a él con el corazón en vilo, incrédulos ante lo que acababan de escuchar. ¿Tigre en poder de un excombatiente del este? La cosa pintaba fea, muy negra a decir verdad. Ambos estaban blancos, más pálidos que el drogadicto. Pero sacaron valor de donde no había y volvieron a preguntar:

—¿Y sabes dónde podemos encontrar a ese Dimitri?

—¿Por qué lo queréis saber? —Dudó si responder—. ¿Acaso deseáis morir?

Clara estaba asustada.

—No queremos que eso ocurra. Pero necesitamos hablar con él.

Jony sintió lástima de aquellos jóvenes, pues parecían niños de bien, y estaba claro que se hallaban fuera de su hábitat.

—Si queréis ver a Dimitri, más vale que os agenciéis una pistola. O mejor, yo en vuestro caso iría a la Policía. Ese hombre está por encima de vuestras posibilidades.

—No te hemos preguntado eso —afirmó Juan, lleno de resentimiento—, sino dónde podemos encontrarlo.

—Está bien, jovencito, si quieres morir, allá tú. Pero tendrás que viajar a Rusia. Tengo entendido que el soldado marchó de regreso a su país nada más dar el golpe.

Rusia, Tigre estaba en Rusia. Había que hacer algo, ¡y pronto! Lo mejor, tal y como luego de un rato, cuando estuvieron de nuevo a solas, le aconsejó Clara, era acudir a la Policía. Juan se lo pensó.

—Muy bien, gracias —le dijeron a Jony—. Has sido de gran ayuda.

El drogadicto escupió en el suelo, para sacudirse un esputo que tenía adherido a la garganta, y sonrió.

—No hay de qué, muchacho. Un placer hacer negocios contigo.

Se retiraron y, todavía temblando por la noticia, salieron de aquel descampado.

—Tenemos que acudir a la Policía —dijo ella.

—¿Y qué les decimos, que un tal Dimitri se ha llevado mi despertador? Ningún agente moverá un solo dedo por recuperar un reloj antiguo.

—No seas bruto —le reconvino su novia—. Les diremos que fue él quien asesinó al dependiente. Con esa acusación sí lo buscarán.

La idea parecía apropiada. Además, no les quedaba otro remedio. Lo mejor era acudir a comisaría, sin duda. Si los guardias daban con Dimitri, Juan recuperaría a Tigre.

—Iremos ahora mismo —sentenció el muchacho, ahora sí convencido de lo que afirmaba.

Pasaron por dependencias policiales sin demorarse en exceso. Lo que tardaron en pedir un taxi que los acercara hasta las mismas, pagado con los veinte euros que le quedaban a Juan en el bolsillo. Era un dinero bien gastado, pensaban ambos, pues se trataba de vida o muerte el asunto que los llevaba hasta allí. Entraron a las oficinas y preguntaron desesperadamente por Carlos. Éste no se hallaba, pero los atendería un compañero suyo.

—¿Qué se os ofrece?

—Verá usted —comenzó a balbucir Juan, algo nervioso—, sabemos quién mató al señor Martínez.

—¿El de la tienda de empeños?

—El mismo.

—¿Y cómo es que vosotros lo sabéis? —preguntó el policía, que reconoció a Juan como el sospechoso del crimen.

—Eso ahora no viene al caso. La cuestión es que sabemos que fue un ruso, Dimitri se llama.

—Bueno —echó un jarro de agua fría sobre la pareja—, eso de que no viene al caso tendré que decidirlo yo. No podéis llegar aquí y acusar a un ciudadano de asesinato, así, sin más. A ver, ¿cuáles son vuestras fuentes?

Juan dudó un instante. Su fuente no era muy de fiar, pensó en ese momento. Pero Clara tenía el ánimo templado, aquel drogodependiente les había dicho la verdad. Tomó la palabra y habló.

—Nos lo ha dicho un hombre, que sabe a ciencia cierta que Dimitri le asestó la puñalada.

—¿Un hombre? Ya.

La desidia del agente desanimaba a los muchachos, los cuales comenzaban a arrepentirse de haber acudido a la Policía.

—¿Y puede saberse de qué conocéis a ese hombre?

—Es un drogodependiente, que se mueve como pez en el agua en las aguas turbias de nuestra ciudad. Él nos informó de todo.

El oficial tomó nota, pero guardó el cuaderno en un cajón. Miró a los chicos, y les advirtió:

—¿Eso es todo?

Juan se derrumbó.

—¡Cómo que todo! ¿Acaso no le parece suficiente?

—¿No van a detenerlo? —insistió Clarita.

—¿Cómo vamos a detener a un hombre tan solo por la opinión de un drogodependiente, seguramente que delincuente como aquél? Las cosas no funcionan así. Primero tendríamos que dar con ese hombre del que me habláis. Luego interrogarlo. Y, en todo caso, interrogar también a ese tal Dimitri. Pero no podemos acusar a nadie sin pruebas. ¡Pruebas! Eso es lo que necesitamos.

En ese momento se personó Carlos. Venía de la tienda de empeños. Había estado inspeccionando las inmediaciones, contenedores de basura, papeleras..., por ver si encontraba alguna pista más que aclarara el caso. Sin resultado aparente.

—¡Carlos! —se alarmó Juan al verlo—. Contigo queríamos hablar.

Éste se acercó a la mesa donde departían con su compañero.

—¿Otra vez aquí? —inquirió, algo molesto.

—Vienen a denunciar a una persona —se adelantó su pareja de trabajo—. Pero ya les he dicho que necesitamos pruebas.

—¿Y qué persona es ésa, si se puede saber?

—Un tal Dimitri —respondió Juan, lleno de convencimiento.

—Dimitri.

—Sí —añadió Clara—. Es ciudadano ruso. Pero ya no está en el país. Creemos que se ha marchado de aquí.

Carlos siguió el mismo camino que lo había llevado a su compañero a desistir de los rumores.

—¿De dónde habéis sacado toda esa información?

—Nos la dijo un hombre que vive en la calle.

—Un drogodependiente —aclaró el otro policía.

—¿Un drogodependiente?

—Sí, pero su opinión merece todo el crédito. Nadie mejor que él conoce los submundos del barrio.

Carlos parecía cansado, abatido por tanta insistencia.

—¿Es que no van a hacer nada? —suplicó el muchacho.

—Mira, haremos una cosa. Buscaremos a ese drogadicto. ¿Cómo decís que se llama? ¿Y dónde podemos encontrarlo?

—Atiende al nombre de Jony, Jonathan García. Y suele pasear por la Plaza Mayor o por el descampado.

—Está bien. Lo buscaremos, y le haremos alguna pregunta. En cuanto a ese tal Dimitri, preguntaremos en Control de Fronteras, a ver si saben algo. —Juan se dio por satisfecho—. ¡Pero no te prometo nada!

—Suficiente —exclamó la chica—. ¿No te parece? —le preguntó a su novio.

Éste asintió con la cabeza, y se despidió de los agentes.

—Muy amables —sentenció—. Espero que den con el culpable.

La pareja abandonó el recinto, llena de dudas, pero lógicamente agradecidos por el trato recibido. Ahora sólo quedaba esperar.

Entretanto, la Policía ejerció como tal, y retomó las investigaciones. Fueron al descampado, una patrulla de proximidad a la que Carlos mandó en su representación. Allí encontraron al susodicho, el cual, muy a su pesar, creyendo que venían a detenerlo, por unos hurtos menores que habría cometido, corrió de la Policía como de la peste. Sin embargo, su salud no era muy buena, ni menos su estado físico. Motivo por el que los agentes lo alcanzaron con facilidad.

—Vamos, Jony, que no queremos nada de ti. Tan solo hacerte unas preguntas.

Jonathan era un maleante. Trapicheaba con objetos robados, y él mismo los robaba, para costearse la droga. Pero de un chivato no se trataba. Una cosa era contarle a una pareja de enamorados los detalles del robo en su vivienda, y otra muy distinta delatar a un compañero de profesión. No señor, él no pasaría por eso. Estuvo más de dos horas en comisaría, sin soltar prenda. Que no conocía a ese tal Dimitri, y que no sabía nada del robo en la casa del muchacho. Declaraciones tras las cuales fue puesto en libertad.

También preguntaron en Control de Fronteras. Allí les informaron que un tal Dimitri Petrov había viajado el jueves pasado a San Petersburgo. Nada extraño, tratándose de un ciudadano

ruso. Las pesquisas, por tanto, tampoco arrojaron demasiada luz al contencioso, para desesperación de Juan, que acudió al día siguiente a buscar información.

—¿Saben algo de Dimitri? —le preguntó a Carlos airadamente.

—Sabemos que un tal Dimitri ha marchado a San Petersburgo. Nada más.

—¿Y Jony? ¿Acaso Jony no les ha dicho nada?

—Ese drogadicto no sabe nada. O al menos no nos lo ha querido contar.

—¿Entonces? —se impacientó el joven.

—Entonces nada, porque nada tenemos.

—Pero, y lo de Control de Fronteras, ¿saben que ese malnacido se ha ido a su país!

—Sí, y eso no significa nada. Quién sabe por qué lo ha hecho. Quizá pasaba unas vacaciones en España y ya se han terminado.

—No me lo puedo creer —se lamentó Juan—. ¿No van a mover un dedo?

Carlos se mostró comprensivo, algo paternalista con el muchacho, y le explicó lo que, el día anterior, ya le había comentado su compañero. A saber, que no se podía detener a nadie sin fundamento. Y que la opinión no era asunto relevante para un caso. Necesitaban pruebas, pruebas que no tenían. Dejarían a ese ciudadano ruso tranquilo en su país, y volverían a investigar entre los clientes y conocidos del señor Martínez. A Juan se le vino el mundo abajo. Su esperanza por encontrar sano y salvo a Tigre se difuminaba. Agachó la cabeza y se marchó, resignado.

Directamente se fue a ver a Clara.

—No van a hacer nada.

—¿Qué quieres decir? —le interrogó ella.

—Que no tienen pruebas contra Dimitri. Jony no ha confesado. Y lo único que saben es que un tal Dimitri partió el jueves pasado hacia San Petersburgo.

Entonces recobró el ánimo. De pronto se le había ocurrido una idea, que parecía a todas luces descabellada, pero que respondía a su desesperación. Alzó la cabeza sobre sus hombros, y añadió.

—Me voy a Rusia.

—¿Cómo? Pero ¿qué dices?

—Sí, me voy a Rusia. Y esta vez me voy solo. Tú no puedes acompañarme.

Clara protestó.

—Es peligroso. ¡Dimitri es un asesino! ¿Qué harás cuando estés delante de él?

—Aún no lo sé, pero ya se me ocurrirá algo.

La chica se mostró decidida.

—Entonces me voy contigo.

De eso nada. Juan no lo iba a permitir. Ése era un viaje verdaderamente arriesgado. Además, Clara no tenía coartada para desaparecer una semana de la ciudad. Juan en cambio diría en casa que iba a ver a su padre, que lo echaba de menos y que pasaría con él diez o quince días. Ésa sería su excusa.

—Pero, ¿y la universidad? —le pediría explicaciones su madre.

—Me llevo libros para estudiar. Y hablaré por correo todos los días con mis profesores.

Todo lo demás era inútil. Amelia sabía que Juan amaba a su padre tanto como éste lo amaba a él. La distancia entre ambos

había sido pesada y triste por momentos. De modo que entendía que su hijo quisiera pasar tiempo con Emilio. No le puso mayores objeciones.

A la mañana del martes, Juan estaba en el aeropuerto, buscando vuelos a San Petersburgo.

El viaje directo a la ciudad rusa no salía hasta dentro de tres días. Demasiado tarde. El tiempo corría en su contra. No podía esperar. De modo que montó en un avión a Moscú. Casi cinco horas. De ahí se las ingeniaría para trasladarse a la ciudad del norte. Otras prácticamente cuatro horas en tren. No bien hubo llegado a la estación, se preguntó:

—Bueno, ¿y ahora qué?

Dimitri era un mercenario a sueldo convertido en asesino, debía de moverse por un ambiente poco recomendable para un joven como él. Aunque, por otra parte, si quería vender a Tigre tenía que frecuentar otros círculos más selectos, no cualquier bolsillo podía pagar la cifra que seguro pediría por el despertador. De modo que se debatía entre visitar los bares más escondidos y oscuros, o los hoteles de lujo de la ciudad. Optó primero por esto segundo, principalmente porque le generaba menos dudas acerca de su propio coraje. Los bajos fondos, en una ciudad extranjera, no eran la mejor manera de comenzar un *tour*. Se animó como buenamente pudo, y comenzó su particular odisea por establecimientos de cuatro y cinco estrellas. Con el traductor de Google se apañaba. Iba preguntando, re-

cepción por recepción, si estaba allí alojado el señor Petrov, Dimitri Petrov. Los gerentes salían al paso, indicándole que no era política de la empresa ofrecer datos de los clientes. A lo que Juan respondía que se trataba de un amigo.

—Lo conozco de España. Pero él no sabe que he venido. Quiero darle una sorpresa.

El atuendo no ayudaba a inspirar confianza. Las ropas de Juan no eran de Louis Vuitton que digamos, como se le suponía a un joven adinerado que rondase dichos hoteles. Motivo por el cual le respondían con evasivas.

—Vuelva usted mañana.

—Le daremos recado a la persona que busca, si es que ella se aloja aquí.

—Déjenos un número de teléfono, nuestro cliente le llamará encantado.

Nada de todo lo cual convencía al muchacho, que buscaba sin descanso por entre los hospedajes más selectos.

Pasaron los días, sin encontrar fortuna. Hasta que, un viernes de la primera semana tras su llegada a San Petersburgo, encontró un golpe de suerte que lo cambió todo. Había entrado en la recepción de uno de tantos hoteles de la zona, y tenía que esperar, pues el recepcionista estaba atendiendo a otro cliente, cuando aquél se refirió a éste como mister Petrov. Juan contuvo la respiración y se acercó al huésped, para observar que en el remite de una carta que quería enviar decía Dimitri Petrov. ¡No lo podía creer! Por fin una buena noticia. Al cabo de tantos días se hallaba junto a la persona que buscaba. Tenía que ser ágil, un paso en falso lo ahuyentaría sin remedio. Esperó a que terminase de realizar sus gestiones en admisión, y lo abordó.

—¿Dimitri Petrov? —le preguntó por la espalda.

El otro se dio media vuelta. Hablaba perfectamente el español. Pero se extrañó de encontrarse con un joven de apariencia tan frágil en ese destino del mundo.

—¿Sí? —se interesó.

Juan resolvió el asunto con soltura.

—Tengo entendido que obra en su poder un objeto de gran valor, y quiero hacerle una propuesta.

El ruso se rio en la cara del universitario.

—No creo que tengas dinero para pagarlo. —Lo ofendió—. Pero, además, llegas tarde. Ya me he deshecho de él. —Volvió a reír, seguro después de haber conseguido una importante suma de dinero.

La respuesta descolocó un poco al hijo de Amelia. Pero se recompuso enseguida.

—¿Y se puede saber quién lo ha comprado? Estoy interesado en hacerme con él, no importa quién lo tenga.

—Vamos, mocoso. —Le hundió la palabra como un dardo mortal en la herida—. No pintas nada aquí, regresa a España.

Juan sabía que el soldado, curtido en mil batallas, estaba en lo cierto. Pero la vida de su amigo corría peligro. No iba a abandonar. Se despidió de Dimitri, con aires destemplados, y juró venganza. No se iba a quedar con los brazos cruzados. Tuvo que esperar hasta el día siguiente para ejecutarla.

A la mañana del sábado, se apostó en un rincón del *hall* de entrada donde estaba alojado el ruso. Con su cámara del móvil bien dispuesta, aguardó a que el otro bajara de su habitación. Cuando lo tuvo a tiro, disimuladamente, le sacó varias fotos. Tuvo que ser rápido, porque Dimitri abandonó el vestíbulo con cierta urgencia.

Entonces se puso en contacto con España. Tenía el teléfono de Carlos, el oficial de Policía, y a él le mandó un *whatsapp*: «Estoy en San Petersburgo, con Dimitri. Te mando foto del sujeto». Junto con varios archivos en los que se veía claramente al asesino del señor Martínez. Carlos vio los mensajes, y no daba crédito. Aquel endiablado muchacho no se daba nunca por vencido. No obstante, y aunque fuera tan solo por satisfacer sus denodadas demandas, cotejó la imagen del sospechoso con las de sus informes policiales. Efectivamente, aquel personaje estaba buscado por varios delitos, homicidios, alguno de ellos involuntario, y robo con violencia. No podían acusarlo de matar al dependiente de la tienda de segunda mano, pero podían solicitar su extradición por todos estos otros casos. Pidió una orden de detención a la INTERPOL, y advirtió al joven: «No hagas nada, es peligroso. Deja que nosotros actuemos». Al día siguiente, un comando de las fuerzas especiales de la Policía rusa lo detuvo. Fin del asunto. Una preocupación menos. Ahora lo único que restaba, y lo más importante, era encontrar a Tigre.

Tras la detención de Dimitri, Juan se halló ante un nuevo problema: dónde buscar a la persona que se había hecho con los servicios de Tigre. Pensó en acudir a la Policía, para decirles que, justo el hombre que acababan de capturar, le había robado algo muy valioso, y les pedía ayuda para recuperarlo. Pero tenía la duda de si éstos le procurarían auxilio. Al fin y al cabo, el objeto robado era un despertador. ¿Qué les iba a decir, que le habían sustraído un reloj? Por tan pequeña cosa no moverían un dedo. Y la verdad no podía confiársela. A saber, que se trataba de un despertador parlante. Lo hubieran tomado por loco.

En éstas estaba, deambulando por la antigua Leningrado, cuando, no lo podía creer, en el cristal de una marquesina ¡vio la foto de Tigre! Un circo se anunciaba, el Circo Imperial, y entre sus espectáculos destacaba el de un despertador parlanchín. Juan no podía creer que tanta casualidad se diera en aquel momento. Se fijó en la noticia y vio que la próxima representación era esa misma noche. Tenía que aprovechar la ocasión. Ya llevaba diez días en tierras rusas. Se le acababa el dinero y la excusa. Había dicho en casa que pasaría diez o quince días

en casa de su padre. Las dos semanas estaban al caer. Así que era providencial la información de la marquesina.

Resulta que, jornadas atrás, Dimitri se presentó con Tigre bajo el brazo. Buscaba un comprador, y éste apareció en el mundo del espectáculo. Víctor Karpov era un potentado empresario que contaba con varios espectáculos a lo largo y ancho del mundo. Su fama de déspota lo precedía. Pero eso a Dimitri no le interesaba sino su buena disposición, y gran cuenta corriente, para hacer negocios. Concertó una cita con él, y, advirtiéndolo de que le llevaría algo nunca visto, le pidió una fuerte suma de dinero. El otro accedió a ver de qué se trataba, sin prometer nada.

—Está bien, venga a mis oficinas. Allí veremos qué es eso que vale tanto.

Dimitri cogió a Tigre y marchó a ver a Víctor.

—Aquí le presento algo que le va a hacer de oro.

—Ya estoy bañado en oro —se mofó el empresario.

—Más aún —le aseguró un convencido Petrov.

La certidumbre que éste mostraba llenaba de curiosidad al empresario. Sacó a Tigre de una bolsa en la que lo llevaba envuelto, y le dijo:

—Aquí tiene, el primer reloj inteligente de la historia.

Víctor había visto muchos aparatos modernos, con sistemas sofisticados que simulaban inteligencia humana, pero este caso era distinto. El despertador parecía antiguo. Si tenía inteligencia o no, aún estaba por demostrar.

—Habla —le ordenó Dimitri.

Pero Tigre callaba. Estaba convencido de que debía guardar silencio, si quería conservar la vida, así que no abrió la boca. El mercenario cogió un destornillador y lo amenazó.

—Habla o te desarmo.

—No, no —suplicó Tigre—. Está bien, ya hablo, pero aleje ese destornillador de mi lado.

Al empresario circense casi le da algo. ¡Aquel aparato estaba manteniendo una conversación!

—¿Lo ve? —le aseguró Dimitri—. ¡Este despertador tiene alma!

La demostración captó la codicia de Víctor, que ya se imaginaba de gira por todo el mundo, luciendo a su nueva adquisición.

—¿Cuánto pide? —se precipitó.

—La cuestión es cuánto está dispuesto a dar.

Acordaron que la cifra debía rondar los siete ceros.

—Está bien. —Sonrió el potentado—. Mañana mismo le hago la transferencia.

—Entonces mañana mismo tendrá lo que quiere.

Volvió a meter a Tigre en aquella fría y oscura bolsa de tela, y se lo llevó. Una jornada después ya estaban los carteles del nuevo espectáculo en circulación. Tigre se vería obligado a buscarse un estrellato no deseado. Si es que Juan no lo impedía antes. Se fijó de nuevo en el anuncio, y anotó la dirección.

—La actuación empieza a las veinte horas —se dijo—. Acudiré un poco antes para ver qué se me ocurre.

A las seis de la tarde ya estaba Juan a las puertas del circo. Tenía claro que debía rescatar a Tigre antes de que éste saltara a realizar su función. Si el despertador aparecía en el espectáculo, se haría famoso, todo el mundo por la calle lo reconocería, y sería imposible sacarlo del país sin que nadie se diese cuenta. Supuso que no le dejarían verlo, pero lo intentó. Al guardián que estaba en la puerta le preguntó por ese maravilloso reloj que estaba anunciado en los carteles.

—Hola, buenas tardes.

—Buenas tardes —respondió el otro.

—Quisiera ver al despertador parlante.

—Lo siento, no se puede —manifestó sin mover un solo músculo de su cara—. Está prohibido.

Entonces Juan tuvo una idea brillante.

—Soy periodista —mintió—. Me envía un diario muy importante de España. Hasta allí ha llegado la noticia y nuestros lectores quieren saber.

El miembro de la seguridad dudó.

—Ande, sea bueno —continuó el universitario—, ¡seguro que a tu jefe le gusta la idea de salir en todos los noticiarios!

La propuesta no cayó en saco roto. Dejar pasar a la prensa podía ser una buena idea. Toda la fama que pudiera granjearse el circo redundaría en beneficios para su dueño, que era, a buen seguro, lo que éste buscaba.

—Deja que haga una llamada.

Se retiró un par de pasos hacia una esquina, y, desde allí, por medio de un interfono que tenía, preguntó al secretario de su jefe.

—Hay aquí un periodista español. Dice que quiere entrevistar al reloj.

Juan no supo muy bien qué es lo que hablaron entre el secretario y el guardia, pero estuvieron un buen rato deliberando qué hacer. El uno dijo que iba a preguntar al señor Karpov, y el otro esperó buenas nuevas. Cuando éstas se produjeron, regresó al lado de Juan.

—Puedes pasar —le notificó—. Pregunta por Víctor Karpov, no tiene pérdida.

—Gracias —simuló cordialidad el hijo de Amelia.

En realidad estaba nervioso, muy nervioso. Preso de un estado de ansiedad por ver de nuevo a su amigo ni siquiera saludó a los payasos, que por allí merodeaban, ni a los domadores, ni a ningún otro miembro de la corte del circo. Su mente estaba concentrada en encontrar a Víctor Karpov. Y un jovencito, hijo de una trapecista, le había indicado cómo llegar. No tenía otro interés por conocer al elenco. Pasó por medio de un montón de jaulas, donde descansaban, encerrados, los tigres y los leones amaestrados para la función, y llegó frente a una *roulotte*, en cuya puerta rezaba, en ruso: «Gerente». Y debajo de esta palabra: «Víctor Karpov». La caravana era enorme, casi del tamaño de un tráiler. Tocó en la puerta y esperó a ser atendido.

Un hombre de mediana estatura le abrió.

—Buenas tardes. El periodista, supongo.

—Efectivamente —respondió Juan, metiéndose en su papel como si fuera un actor de Hollywood.

—Pase, pase. Enseguida aviso al señor Karpov.

Se introdujo en aquella vivienda rodante, como quien se adentra en la cueva del lobo, sospechando que el peligro pudiera estar en cualquier rincón. La casa ambulante de Víctor Karpov tenía varias estancias. Parecía un apartamento de lujo, perfectamente amueblado. En la sala principal, donde ahora estaba, había un gran televisor, en el que emitían un programa del que Juan no supo dar cuenta, pues hablaban en ruso, como era lógico, y su traductor de Google no daba para tanto. Afortunadamente, tanto el señor Karpov como su secretario, ambos, y por supuesto Juan, todos hablaban inglés. Podían mantener una conversación sin necesidad de tener que usar el dichoso teléfono móvil. En éstas apareció el gerente y dueño del circo.

—¡Buenas tardes!

Lucía una amplia sonrisa, seguramente motivada por la idea de llevar su espectáculo a todas las ciudades españolas. Su nuevo artista, apoyado en una buena campaña de prensa, le abriría todas las puertas. Y ése sería sólo el principio. Después de España vendrían otros países. Tenía pensado realizar una gira mundial. Para lo cual le venía de perlas entablar contacto con los diarios de todo el planeta.

—Buenas tardes —añadió Juan. El dueño del circo esperó a que éste abriera la boca primero—. Tengo entendido que cuentan con un nuevo miembro en el elenco de artistas.

—¿Se refiere a mi reloj despertador? —dijo Víctor, ufano—. Lo he llamado Torbellino, porque habla sin parar —bromeó.

«¿Torbellino? —pensó Juan—. ¡Qué nombre tan cutre! Sin duda alguna le pegaba más Tigre. ¿Es que no resultaba evidente?».

No manifestó, en cambio, su pensamiento. Por el contrario, aduló el buen gusto del captor.

—¡Qué buen nombre! Les gustará a nuestros lectores.

Víctor Karpov se mostraba satisfecho. Estaba contento por cómo se estaban dando los acontecimientos. La llamada al público había dado resultado, y se esperaba un lleno hasta la bandera. ¡Hasta una televisión del país había confirmado su asistencia!

—El éxito está asegurado con Torbellino —expresó su convicción.

—Y, dígame, ¿cómo lo conoció?

—Por casualidad —mintió también el director del circo, que sabía interpretar su papel igual o mejor que el propio universitario—. Lo rescaté de una cárcel de mala muerte en Tailandia. Allí estaba encerrado por un asunto de espionaje, injustamente, claro. Yo me personé en el recinto y pagué su rescate.

No podía confesar que había sido comprado en el mercado negro. ¡Qué tipo de publicidad hubiera sido ésa! Convenía mejor inventarse una historia, cuanto más dramática y misteriosa mejor.

—Entiendo —disimuló Juan, que conocía al dedillo cuál era la verdad de todo. Tragó saliva, y cambió el curso de la conversación—. Me gustaría verlo, si no es mucha molestia.

—¡Por supuesto! Ahora mismo.

Hizo un gesto a su secretario, y éste se retiró a un despacho contiguo. Al instante apareció con Tigre entre las manos. Lo llevaba sujeto con unos guantes blancos, impolutos, como si se tratase de una joya de gran valor.

—Aquí está, señor Karpov —anunció su presencia, dejándolo apoyado sobre una mesa que se levantaba delante de ambos, y que servía de frontera entre Víctor y Juan.

El reloj parecía abatido. No le gustaba su nuevo destino. Echaba de menos a su antiguo dueño. Por eso, cuando lo vio, allí, en medio del frío exsoviético, se sorprendió grandemente, dando un salto de alegría, si saltos hubiera podido dar.

—¡Juan! —exclamó.

Víctor Karpov se alarmó.

—¿Cómo, se conocen?

Juan le guiñó un ojo a su amigo, pidiéndole serenidad, intentando que su comportamiento no lo delatara.

—Bueno, yo soy un periodista muy famoso en mi país —se justificó.

Tigre rápidamente se dio cuenta de lo que pasaba, e igualmente disimuló.

—Sí, he leído todos sus artículos.

La tranquilidad llegó de nuevo a los huesos del ruso, el cual aún no se acostumbraba a escuchar hablar al despertador.

—¿Ha visto? ¡Es increíble! Como este reloj no hay dos en el mundo.

—Tiene usted razón, señor Karpov.

Al dueño del circo se le dilataron las pupilas. Aquel joven debía de ser un periodista importante, si es que hasta Torbellino lo conocía. Quiso que se sintiera cómodo, y le ofreció algo de beber.

—Disculpe mis modales, ¿no le he brindado nada! ¿Quiere usted tomar un café? ¿Té, quizás?

Juan sospechó que ésa sería una buena excusa para quedarse a solas con Tigre, y aceptó la invitación.

—Si no es molestia, me tomaría un cortado.

Víctor Karpov se levantó y marchó a la cocina. Su secretario había salido a hacer unas gestiones. Juan se había quedado solo con Tigre.

—¡Nos vamos! —lo animó, al tiempo que lo cogía en volandas.

—¿Quiere azúcar? —gritaba Karpov desde la cocina.

Inútilmente. Para cuando éste regresó con el café a la sala, repitiendo si deseaba un par de terrones con el brebaje, Juan ya no estaba. Y lo que era peor aún, ¡se había llevado a Torbellino! Víctor Karpov dejó caer la taza al suelo, derramando todo el líquido por la *roulotte*. Se asomó a toda prisa por la puerta de la misma, y pidió auxilio.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Se han llevado a Torbellino!

Todos los miembros del circo se pusieron en guardia. Los magos, los malabaristas, todos, absolutamente todos, trataron de dar alcance al ladrón. Demasiado tarde. Juan corría como un atleta en la final de unos Juegos Olímpicos, con Tigre escondido bajo su chaqueta. Salió del recinto y paró a un taxi.

—Al aeropuerto —exigió.

No pensaba pasar ni por el hotel donde se había alojado esas casi dos semanas. La ropa no le servía de ayuda en ese trance. Llevaba consigo el pasaporte, y la cartera, suficiente para huir del país a toda prisa. Tigre se felicitaba por el reencontro. Pero Juan le tapaba la boca, pues no quería llamar la atención. Más ahora que estaba dándose a la fuga, y que era tenido por un delincuente.

Llegaron al aeropuerto y cogieron el primer vuelo. A las tres de la mañana del día posterior estaban aterrizando en España.

Era una hora intempestiva cuando Juan llegó a la casa. Amelia lo escuchó entrar, pero no supo que se trataba de su hijo. Al contrario, pensó que nuevamente los ladrones entraban a robar. Armándose de valor, temiendo por la seguridad de su hijo Pedro, cogió un paraguas y, con sigilo, se asomó a la puerta de su cuarto. Eran unos cacos muy raros, habían dado la luz del descansillo, y pasaban a la segunda planta conversando entre ellos. En realidad hablaban Juan con Tigre, y Tigre con Juan. Eso Amelia no lo sospechaba. Salió a su encuentro, con el endeble artefacto en sus manos, y, presa del pánico, le asestó un buen número de paraguazos a su hijo.

—¡Fuera de aquí, malandrín! —gritaba mientras lanzaba al aire su arma mortífera.

Juan, doliéndose en la cabeza por los golpes, rápidamente reaccionó.

—¡Que soy yo, mamá!

Su madre se alarmó. No esperaba a Juan tan pronto. Lo hacía en casa de su padre, en otra ciudad. Y, por supuesto, aunque lo hubiera esperado, no imaginaba que llegaría tan de madru-

gada. Detuvo su ataque, encendió la luz del pasillo superior, y, aliviada, lo abrazó.

—Ay, hijo, ¡qué susto me has dado! Pensaba que eras un ladrón. Pero ¿cómo te presentas a estas horas? ¿Y con quién hablabas? He oído el rumor de una conversación mientras subías.

Juan miró a Tigre, y Tigre miró a Juan. No podían mantener oculto por más tiempo ese secreto.

—Está bien, mamá, te lo diré. Pero antes te tienes que sentar. No es fácil lo que te voy a contar.

Pasaron al cuarto de Amelia, y allí se sentaron en la cama. Cómodamente instalados, Juan comenzó su relato. Le habló de Tigre, y de su facilidad para el discurso.

—Este reloj tiene alma. —Tigre asentía.

Después le contó por qué, precisamente debido a la importancia que tenía para él su despertador, había estado tan raro en el último mes, justo el tiempo que había transcurrido desde el robo en casa de los Garcés. Le explicó el porqué de sus investigaciones, y cómo éstas lo habían llevado a la cárcel, confundido con un vulgar asesino, que por supuesto no era. Y lo que fue más difícil de aclarar, cómo le había mentido.

—No he estado con papá estas dos semanas. Marché a Rusia.

—¿A Rusia? —se alarmó Amelia, no tanto ya, al verlo tranquilamente sentado sobre su cama, fuera de peligro—. Pero ¿qué demonios has ido tú a hacer en Rusia?

—Fui persiguiendo al asesino del señor Martínez. Él fue quien capturó a Tigre.

—He pasado tanto miedo, señora —le aclaró el despertador.

—Pero ya está todo solucionado —continuó Juan—. Lo encontré, lo salvé, y ahora está nuevamente conmigo. —Sonrió por su victoria.

Amelia no sabía si felicitar a su hijo o regañarlo. ¡Había corrido un gran peligro! Y todo sin saberlo ella.

—¿Por qué no me lo contaste? Te habría ayudado. Todos te habríamos ayudado. ¡Incluso tu padre! Y habría sido más fácil tu camino.

Juan, en ese momento, se dio cuenta de que así era, mostrándose arrepentido.

—Lo sé, mamá. Nunca más te voy a volver a mentir.

—Se lo juramos, Amelia —lo apoyó su amigo—. Se acabaron los secretos.

Amelia miraba al reloj con cara de incredulidad. No se acostumbraba a oírlo hablar como a una persona. Y lo que era más difícil de asumir, no se explicaba cómo era posible que ese reloj llevase veinte años en casa y ella no hubiera descubierto su mentira. No importaba. Lo urgente ahora era volver a abrazar a su hijo.

—Te quiero. Menos mal que estás a salvo.

Juan le devolvió el abrazo. Sueño no tenía, debido a la adrenalina que tenía en el cuerpo, por tantas peripecias vividas en las últimas horas, y en los últimos días y semanas. Pero no quería despertar a Pedro.

—Quizá es prudente que nos vayamos a la cama. Pedro puede escucharnos, ya sabes que es de sueño ligero.

—Sí, durmamos algo —certificó Amelia.

—¿A qué hora les despierto? —preguntó Tigre, contento por recuperar sus antiguas tradiciones.

Juan se alegró de escuchar de nuevo a su amigo. Su voz era un regalo.

—¿A las siete te va bien, mamá?

—Me parece una hora perfecta. Mañana habrá que llevar a Pedro al colegio. Y tú deberías retomar tus clases en la universidad. Por lo que cuentas, llevas un mes prácticamente ausente.

—Sí, mamá, mañana voy a clases. Pero antes tengo que ver a Clara. Ella también estará preocupada. Debería contarle que todo ha ido bien.

Amelia se mostró conforme.

—Tráela a comer. Organizaremos un almuerzo para festejar tu regreso, ¿te parece?

Y tanto que le parecía. Todos juntos de nuevo, Clara, Amelia, Pedro... y Tigre, de Tigre no había que olvidarse, la fiesta no sería completa sin él.

—Tranquilo, Juan, que no me olvido de tu amigo. A él le proporcionaremos un tranquilo baño en aceite, limpiaremos sus engranajes y lo pondremos en hora. Seguro que con las emociones del último mes se ha confundido.

Tigre se ofendió. Él nunca perdía la compostura, ni aun en los peores trances. Pero sí, un repaso a sus engranajes sí que agradecía.

—Está bien —dijo al fin—. Todos a dormir, que mañana os levantaré temprano.

Y cada cual se fue a su cuarto.

A las pocas horas, Juan apenas había dormido en toda la noche, no bien llegaron las siete, Tigre comenzó a gritar como un loco.

—¡Arriba todo el mundo! ¡Son las siete de la mañana!

Pedro se despertó asustado. ¿Qué eran esas voces? Se frotó los ojos y salió corriendo de su habitación, buscando la fuente de aquel repentino jaleo. Llegó al dormitorio de su hermano, y allí lo descubrió, ¡hablando con un despertador! Se trataba de su viejo reloj, eso sí lo había reconocido. Pero no imaginaba que dicho artefacto pudiera entablar una conversación.

—Buenos días, Pedrito —le dijo Tigre nada más verlo aparecer por la puerta.

—Bu, bu, buenos días —balbució el otro.

Juan se estaba desperezando.

—No grites tanto, Tigre, que ya te hemos oído.

Ansiaba tener de nuevo esos coloquios con su amigo. Lo había echado tanto de menos. Por fin estaba en casa.

—Pero, ¡Juan! ¡Tu despertador habla!

Juan rio a mandíbula batiente.

—Claro que habla —le confesó—. Y, a partir de ahora, si tú quieres, Tigre te ayudará con las tareas del cole. Es muy inteligente, ¿sabes?

—¿Tigre?

—Sí. Así se llama. ¿Quieres saludarlo?

Pedro se agitó, como un zumo recién abierto para consumir.

—¿Puedo?

—Claro que puedes. ¡Prueba!

Tigre, viendo el estado de nervios en el que el chico se hallaba, se le adelantó.

—Creo —dijo—, Pedrito, que, a partir de ahora, seremos muy buenos amigos.

—¡Uy! ¡Me ha hablado!

El despertador, curioso, dibujó una amplia sonrisa, al tiempo que su hermano reía abiertamente.

—Vamos, vamos —le recomendó a Pedro—, ya tendréis tiempo de hablar todos estos días. Ahora, a desayunar.

Se calzó unas babuchas que tenía por zapatillas, y arrastró a su hermano hacia la planta baja, no sin cierta resistencia, porque Pedro se negaba a abandonar la conversación que tan ricamente había iniciado con ese trasto.

—Ah, y no lo llames trasto, que se ofende.

—Mamá, mamá —entró gritando Pedro a la cocina—, ¡Juan tiene un despertador que habla!

Amelia ya lo sabía, se lo habían confesado ambos esa misma noche. Recibió a su hijo con un beso en la frente, y lo serenó.

—Ya sé, hijo, ya sé. Anda, siéntate que te ponga los cereales.

Pero ¿qué cereales ni qué niño muerto? El descubrimiento de semejante artilugio le había quitado las ganas de comer nada. Sólo quería una cosa, subir y seguir hablando con él.

—¿Y Clara lo sabe? —se interesó.

—Claro que sí —le respondió Juan.

Éste le anunció que hoy vendría a comer. Tenían mucho que celebrar. Lo cual fue doble motivo de alegría para el pequeño. A Pedro le encantaba Clara. Ya le había preguntado a su hermano, en múltiples ocasiones, que cuándo le iba a pedir matrimonio. Ardía en deseos de tenerla como cuñada.

—¡Bien, bien! —se felicitó—. ¡Comeremos juntos!

La emoción del momento no podía ocultarle sus obligaciones. Era hora de ir al colegio.

—Yo te llevaré.

—A las dos, en casa —les pidió amablemente su madre.

—Descuida, mamá, a esa hora estaremos listos para la comida.

Juan dejó a Pedro dentro del recinto escolar, y marchó a la universidad, previo paso por la casa de su novia, que no lo esperaba.

—¡Amor! —se sorprendió al verlo llegar—. ¡Ya has vuelto!

—Sí, y todo ha ido bien.

Le contó de Dimitri, y de cómo lo había delatado a la Policía.

—¡Qué peligroso!

—Sí, pero ya pasó —la tranquilizó él.

Luego le dijo cómo había descubierto que Tigre se hallaba preso en un espectáculo de circo, y cómo lo había rescatado de las manos impetuosas de ese tal Víctor Karpov.

—Un millonario sin escrúpulos —le certificó.

Clara no podía creerlo. Al fin tenía a su novio delante. Lo besó, y lo abrazó, llena de ternura.

—Bueno, no se hable más —cambió Juan el rumbo de la conversación—, que tenemos que ir a clases. Y, por cierto, mi madre quiere que vengas a comer a casa, para celebrarlo. Ella ya conoce a Tigre. Anoche estuvimos hablando.

La joven se alegró. Ya no tenían que andar con secretitos.

—Estaré encantada de comer con vosotros.

—Muy bien —añadió, aliviado, su prometido—. Entonces nos vemos al salir de clase.

—Allí estaré.

Durante la comida departieron de mil y una cosas, todas muy entretenidas para el parecer de Pedro, que escuchaba los relatos de su hermano como si de un héroe se trataran. Éste les narró, una a una, todas las peripecias que había vivido para recuperar a Tigre. Tigre estaba presente, y se felicitaba por tener un amigo tan valeroso.

—Los dos habéis sido muy valientes —se animó Pedrito, que no quería dejar fuera de la ecuación a Clara.

En efecto, ésta había sido cómplice en todas las aventuras. Ciertamente no había ido a Rusia, ella no lo había liberado, pero sin su colaboración nada de todo eso hubiera sido posible. Ella era quien tenía las ideas más luminosas. Y ahora no iba a ser menos.

—Tenemos que hacer algo —dijo de improviso.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Juan, algo sorprendido—. Tigre ya está aquí, no hay nada más que hacer.

Tigre asintió. Lo cual no bastaba para que Clara se quedase tranquila.

—Eso no es suficiente. Mira lo que ha pasado. ¡Por poco lo perdemos para siempre! Tenemos que mover ficha, inventarnos algo para que nunca más nadie pueda robarlo.

La propuesta gustó al despertador. Pero ¿qué podían hacer? Amelia se ofreció para instalar una alarma en la casa.

—Podemos poner veinte cámaras de seguridad en la habitación de Juan —se aventuró.

—No me quedo tranquila —volvió a intervenir la chica.

—¿Y qué propones? —la interrogó su novio, que intuía ésta tenía algo en mente.

—Tú mismo lo dijiste —le apuntó—. En Rusia, cuando estaba a punto de salir a ese espectáculo de circo, lo rescataste, porque si hubieras esperado a que se hiciera famoso, en ningún sitio hubiera estado a salvo de las manos de la mafia que lo había capturado. Todos lo reconocerían y sabrían que lo habías robado.

Hizo una pausa dramática. Pedro y Amelia la miraban. Juan hacía lo mismo.

—No te sigo —la interrumpió éste.

—Sencillo —siguió ella—. Haremos que Tigre se haga famoso, para que nadie pueda robarlo impunemente. Todo el mundo sabrá que es tuyo, y nadie querrá aventurarse a llevárselo.

Clara sonreía, satisfecha por su discurso. Amelia la felicitaba. Juan tenía sus dudas.

—No sé —dijo, y mirando a Tigre le preguntó—: ¿Tú qué opinas, Tigre?

Tigre estaba abrumado. Una cosa era ser amigo de Juan y de su familia, y otra ser reconocido por todo el mundo. Le daba vergüenza.

—Pero si no hay otro remedio... —apuntó.

—Está bien, no se hable más —sentenció su amigo—. Te daremos a conocer a todo el mundo.

Clara lo ayudó a emitir notas de prensa. Al día siguiente, Tigre abrió las portadas de todos los informativos, las radios se peleaban por entrevistarle, y los diarios sacaban noticias de aquel portentoso tecnológico a doble página. Todos se maravillaban con el despertador. No tardó mucho en protagonizar una película: *La huida de Tigre*, se titulaba. Y narraba las aventuras del reloj en las frías manos de la mafia, de cuyo seno escapaba, arriesgando su vida. También fue llamado a cada tertulia informativa que se emitía en las mañanas. No había un programa de televisión que no quisiera tenerlo en su plantilla. Se escribieron libros, decenas de ellos, algunos de ficción y otros de supuesta ciencia, los primeros alabando la vida y milagros del despertador, y los segundos tratando de explicar a qué se debía que un simple reloj tuviera alma. Su fama llegó a cada rincón del planeta.

Pero entonces sucedió algo que no esperaban. Nadie de toda la familia vaticinó su fatal destino. Esto es, la noticia de que Tigre había sido descubierto llegó a San Petersburgo. Víctor Karpov leyó en un periódico local que en España había un reloj despertador que tenía vida.

—Ése tiene que ser Torbellino —se lamentó.

No se iba a quedar de brazos cruzados. Sin pensárselo un instante, dio orden a sus secuaces de que lo trajeran de vuelta. Le había costado mucho dinero como para renunciar a él tan fácilmente.

—Usad toda la violencia que estiméis oportuna —les ordenó—. Quiero a ese despertador de nuevo en mis manos.

